EL NARRADOR GAUCHO

NOVELA EN CUENTOS

SELECCION DE CUENTOS



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 153

VALENTÍN GARCÍA SÁIZ

EL NARRADOR GAUCHO - SELECCION DE CUENTOS

Cuidado del texto a cargo de las Profesoras ELISA SILVA CAZET y MARÍA ANGÉLICA LISSARDY DE MONSERRAT.

VALENTIN GARCIA SAIZ

EL NARRADOR GAUCHO

(NOVELA EN CUENTOS)

SELECCION DE CUENTOS

Prólogo de

DOMINGO LUIS BORDOLI

MONTEVIDEO
1978



PROLOGO

No ha logrado la fama y difusión de un Morosoli, un Espínola o, incluso, de un Montiel Ballesteros. Y, sin embargo, se han ocupado de él don Alberto Zum Felde, Juana de Ibarbouru, Raúl Montero Bustamante, Juan M. Filartigas, Elías Regules, Fernán Silva Valdés, Pedro L. Ipuche, Vicente A. Salaverry, Emilio Oribe, Eduardo Ferreyra, Orestes Baroffio, Gervasio y Alvaro Guillot Muñoz, E. Rodríguez Fabregat, el chileno Eduardo Barrios, el mexicano Jaime Torres Bodet y, desde París, Jules Supervielle. Y algunas carátulas de sus libros pertenecen a su amigo escultor José Luis Zorrilla de San Martín.

No son esos juicios críticos, de compromiso o meros acuses de recibo. Se trata de comentarios ponderados, criteriosos, en los que, a veces, hay que dejar al margen un estilo de época, perfectamente separable.

¿Por qué, entonces, se ha dado el caso raro de una alta crítica favorable que produce sólo un prestigio menor? ¿Se trata de un escritor difícil? Todo lo contrario. No puede darse un escritor más accesible. Y, detrás del escritor, al parecer, un hombre más al alcance de todo el mundo. Tres rasgos como los siguientes: el estilo que no busca ser original; la fidelidad a sentimientos tradicionales; la "bonhomía" del corazón que ansía, sobre todo, dichas sanas, simples y calmas; estos tres rasgos, seguramente, le han restado lectores entre los públicos que habitualmente llamamos literarios. Porque chocan con otro tipo de convenciones,

presididas por técnicas de choque: la necesidad furiosa de ser "nuevo" en el estilo ("En arte, o se es original, o no se es nadie"); la de imponerse ser rebelde, revolucionario, extravagante, absurdo; y, finalmente, la que se resume en la cínica frase de Andrés Gide: "Con buenos sentimientos se hace mala literatura".

Considerando ahora la psicología del narrador gauchesco, nos parece que se le impone, como primera condición a demostrar, un sentimiento de simpatía. Simpatía no sólo por las personas sino por las cosas y los lugares. Un hombre de campo tiene tan viva imagen de las cosas como de las gentes. La segunda condición es la memoria. Lo que se escucha debe grabarse discográficamente, diríamos. La selección de las frases vendrá después. Pero las que se eligen deben tener la fuerza y nitidez de un dibujo. Frases palpables, frases medallones, frases-gestos: "¿Es muy hondo este paso? —Asigún pa quien... A los patos le da po'el pecho". Y con el gesto, el adagio popular, a veces; la socarronería, en otras. Es que hay una comezón que los recorre. Todos ellos quieren mostrarse ante el lector como "conocedores". Si han de elegir entre dos palabras, elegirán aquélla que es del pago, aunque no tenga más circulación que la que conduce del fogón al boliche. Si se habla de caballos es obligado señalar no sólo su pelaje sino alguna rareza del animal. Lo mismo en cuanto caminos y panoramas. Y de análogo modo se procede con los retratos. En tercer lugar, esta memoria es tan visual que los narradores gauchos han llegado a ser de los más memorables paisajistas.

Con lo que se concluye que la cualidad más sobresaliente de un narrador campero es la observación. Memoria y observación: por ahí corre siempre la gran

vertiente. Ahora, ¿cuál es la primera sorpresa que recibe un narrador de este tipo cuando es leído por gente exclusivamente urbana? Que todo aquello que, dentro de la vida real, ha sido lentamente adquirido y electo, morosamente comprobado en vivo trato para acuñarse en el refrán y en el "hallazgo", no sorprende ni poco ni mucho al "standarizado" lector ciudadano. Este ve todo igual allí donde nada es igual. Un ojo desaprensivo de turista mira aquello que se ha hecho, a veces, con la conciencia de un naturalista del campo. Escribir en "conocedores" y para "conocedores", he aquí la fuerza pero también el riesgo que deben sobrellevar los escritores vernáculos. En el caso de García Sáiz no advertimos tal peligro, desde que su estilo mantiene en todo instante la corrección del idioma, y sólo cede al dialecto cuando personajes y situaciones lo requieren.

Este narrador es delicado. Basta verlo cuando compone los escenarios de sus relatos. Allí su estilo es moroso — puede esto no gustar — y aplícase al encuentro del detalle poético. No puede negarse su deliberado esfuerzo, y sí discutirse su eficacia.

Este narrador tiene fuerza. Los cuentos: "¡Y se jué nomás!" (Tacuarí), "Tarde o temprano" y "Como los güeyes" (Salvaje) lo atestiguan. Estos dos últimos relatos son inolvidables. Y hasta diríamos que lo son por una interrogante que tantas veces puede deteriorar el prestigio de un cuento. Es el problema de la verosimilitud. En ambos últimos casos y, como temas, hallamos dos tremendas realidades escondidas, tanto tiempo escondidas que, por eso mismo, parecen increíbles. Sin embargo, el lector es ganado por otra sensación: verosímil o no la acción de estos cuentos no podía ser desarrollada de distinta manera. Lo que

se nos impone es un alma así posible; no un hecho así posible. Si el autor invencionó, su embuste nos ha convencido a todos. "Hay mentiras que son historias. Hay historias que son mentiras. La vida es asina..." — dirá después su viejo Tucú, en el más estimado de sus libros.

Este narrador es un buen corazón sensible, que no teme a sus desbordes. Basta leer las dedicatorias de sus libros. "A mi esposa Orfilia Carlevaro; que es buena como el agua, sencilla y dulce como una canción de cuna, y amorosa como un rayito de sol" (Tacuarí). "A mis hijos Juan José y Dafnis muy cariñosamente" (Pilchas). "A don Valentín García, comerciante español de Cerro Largo, orador y periodista, que amó y reverenció al gaucho. Homenaje filial". (El Narrador Gaucho). "Dedico esta obra a la señora Josefa Sáiz de García, mi querida madre" (Salvaje). "Dedico esta obra a dos amigos que admiro y quiero: al escultor José Luis Zorrilla de San Martín y al penalista Dr. Carlos Salvagno Campos" (Las Bóvedas). "A mi esposa Eloísa Portas Ravera, la noble compañera de mi vida". (Leyendas y Supersticiones del Uruguay).

En consecuencia, el mundo familiar más cercano y el mundo de los amigos más queridos parecen haber custodiado la voluntad y destinación de sus obras.

Es casi seguro, entonces, que la aventura literaria sólo le interesara en tercer lugar. Fue amigo y seguidor de Javier de Viana, publicando sus primeros cuentos en "Mundo Argentino" (1923). En 1953 le consagró a Viana una conferencia, recogida luego en "La Revista Nacional" (Nº 176). Además de historiarlo, preocupóse de entresacar de aquél algunos dichos criollos. Ahí va uno de ellos: "Desconfíale a los hombres

que hablan mucho y a las mujeres que hablan poco". Sabemos que Viana — tan grande por otras razones — no fue nunca un maestro de estilo. Se movía en la hinchazón, en las frases comunes y en las ideas, también comunes. Por allí nada nuevo. El cuento crecía no tanto cuando pintaba sus personajes — por implacable acumulación —, sino cuando los hacía actuar y los precipitaba hacia culminantes desenlaces. Mucho de esto hay en García Sáiz. Si, como suele frecuentemente juzgarse, lo mejor de García Sáiz está en el manejo del diálogo, es casi indudable que lo aprendió en quien sabía tan bien manejarlo, como Javier de Viana. No es diálogo abundante, sino esencial. Muchas veces un cuento no tiene más de dos diálogos. Alcanza. ¡Qué cabalmente plenarios! Los personajes irrumpen enteros. Muy a menudo se reserva el diálogo para el desenlace; y ¡cómo vibra esta frase paisana! Pasaba a circular en los fogones, de boca en boca, y se hacía un refrán. Pero no podemos olvidar en García Sáiz la trama de sus cuentos, tan sólida siempre. Y algo más: el ritmo. Con ese estilo que por "correcto", hasta nos molesta, García Sáiz es un verdadero maestro del ritmo demorado. (Un ejemplo: "Como los güeyes"). Aunque nos moleste, y hasta disguste, nos atrapa.

En apuntes biográficos que hemos leído de su hermana Azucena, se recuerda que el autor fue cronista social. ¿Puede tener algún valor ese detalle? No lo sabemos. Pero hay un aire de urbanidad tan cuidadoso en su manera de escribir, un estar siempre como ante familias respetables, una timidez encorsetada con convicción tan al uso, que su estilo nos hace a veces pensar en el de una vieja maestra rural. Viana fue siempre más fuerte y brusco. Más lector, más culto, más al tanto del mundo de las letras. García Sáiz na-

ció y creció en campaña. Sólo sabemos que completó Primaria.

Sin embargo, este estilo desconcertante — que le ha privado de tanto lector autoconsagrado "culto", autodefinido "exigente" — está con todo, muy lejos de haber echado a perder lo mejor de su obra. Dicho estilo es engañoso porque disimula la profundidad de la trama y, a veces, la crudeza de los desenlaces. Distrae al lector que, abanicado por sensaciones familiares y movimientos previsibles de la acción, se encuentra en el peor de los estados para recibir sorpresas crueles y verdades tremendas. Esta dualidad casi increíble nos parece uno de los más grandes méritos de García Sáiz. Con todo, es posible que viera claro en su obra literaria, pero no la época literaria en la que escribió. Porque, aun dentro de la misma, su estilo aparece como pasado de moda.

He aquí algo que nos sorprende como una verdadera rareza: si bien muy jovencito fue empleado en la Administración Nacional de Puertos, iniciando bachillerato, con transferencia luego a la Facultad de Comercio en donde truncó su carrera de contador, sabemos que no le faltaron altas amistades intelectuales entre pintores, escultores y escritores: Zorrilla, Michelena, Moller de Berg (gran amigo), Manuel Rosé, Figari, Arzadum, Montiel Ballesteros, Emilio Oribe, Zavala Muniz, Monegal (José y Cacho), Serafín García, y la muy fraterna amistad de Juana de Ibarbourn. Nuestra pregunta es la siguiente: ¿Ninguno de estos artistas encontró nada que censurar acerca de este estilo narrativo de García Sáiz? ¿O es que lo hicieron, pero sin resultado positivo a la vista? Nuestra respuesta es: si se lo advirtieron, el escritor no les

hizo caso o, sencillamente, no quería o no podía dar más.

Un real escritor tanto sigue como precede al idioma, que desentraña, enriquece, intensifica, crea o recrea. Pero — propia o recibida — la tendencia de García Sáiz hacia un estilo correccional lo lleva hasta "pasarse de fino" y, paradógicamente, cometer incorrecciones. No es posible, por ejemplo, hablar de "narinas" vocablo no registrado por el Diccionario, galicismo y cultismo cuando hay que presentar a un indio crudo octogenario que está echando bocanadas de humo por las ventanas de su nariz.

Otras veces, lo convencional lo lleva hasta lo cursi. El mismo personaje con "voz de flauta" y pucho en la oreja, está obligado a decir: "No me hablen di'amores, mi novia es la soledá".

Todo esto es felizmente olvidable frente a la puntería, gracia y fuerza que ha puesto en la recepción del habla criolla. "Güeno, gurises, no me acorralen ni me arrempujen; miren que yo no soy oveja". Y el tal personaje se verá a sí mismo más adelante, como: "Un viejo achacoso, que apenitas si tiene fuerza pa llevar un cigarro a la boca". He aquí, ahora, una rápida presentación de un hombre pobre del campo: "No tenía ni con qué hacer cantar a un ciego".

El cuento "¡Y se jué nomás!" tiene un final tan inesperado como conmovedor. Es el primero que aparece en "Tacuarí" y, aunque breve, ya muestra una veta descollante del autor. Es posible que esta técnica la haya aprendido de Viana. Nos referimos otra vez al ritmo narrativo. Cada momento del relato — preparación, desarrollo, desenlace — posee el tiempo justo, bien medido, necesario. En este ritmo incluso supera a su maestro; porque lo que hoy nos aburre

en Viana son sus peroratas cerradas donde quiere hacer el sociólogo. García Sáiz es mucho más sobrio, y sus reflexiones, de no ser profundas, tampoco son molestas.

En otro cuento "La estancia de los tres ombúes" (Pilchas) puede el lector sentir una influencia de Florencio Sánchez. El hijo "dotorcito", flamante ingeniero agrónomo, llega a la residencia campera paternal con múltiples proyectos, entre los que se cuenta el de echar abajo tres ombúes, a cuya sombra comió un asado y bailó el General Rivera. Y creemos estar escuchando la misma voz del viejo Olegario ("M'hijo el dotor") cuando el también viejo estanciero retruca al joven y hermanas que le admiran: —"¡Juera todos de acá! ¡Estos ombuses ya no dan sombra, canejo!, ¡Juera de acá! ...Los ombuses pa ustedes desde hoy... se han cortao!" La frase es efectista, teatral, pero para ella estaba hecho el relato. (García Sáiz fue aficionado a las tablas. Su viuda nos ha mostrado una foto en que aparece representando, dentro de un grupo, a un joven gaucho). Ya hemos dicho que su prosa tan cordial y social no se negaba, sin embargo, a la escena violenta, brutal o patética. Así, por ejemplo, encontrará el lector a un negro, a un negro que murió de puro miedo, pero que se mantiene todavía "con el chala en la boca", echando humo" (El estaquiao). En el cuento titulado "¡Lindo!", esta exclamación, repetida por un coronel " a dedo", después de cada suceso que comprueba en el campo de batalla, tiene tantos efectos y tonos diferentes que la sensación de absurdo — proclive a lo cómico — acompaña a lo heroico, a lo trágico, y a un temple moral extraordinario.

García Sáiz había elaborado una antología de sus cuentos que hoy en poder de su hijo, por intermedio

de Juan E. Pivel Devoto, ha llegado hasta nosotros. La lista es la siguiente: ¡Y se jué nomás!; Los horcones; El cochero; El sueldo; Tarde o temprano; Como los güeyes; El estaquiao; Canción de cuna; José Pedro; El empachao; La torda; Está bien, tata; La venganza. (En la lectura de "El cochero" podrá el lector advertir la influencia de aquel hermosísimo y breve cuento de Chejov titulado "La tristeza". Vale la pena confrontar ambos relatos para comprobar la asimilación delicada que García Sáiz ha hecho de la atmósfera y del protagonista rusos, para separarse luego de esa reminiscencia mediante una anécdota cruel basificada en el engaño). Esta antología, salvo algún caso, está muy bien realizada, y es la que sigue nuestra edición.

El libro generalmente más estimado de García Sáiz es "El Narrador Gaucho" (novela en cuentos). No es que se destaque cimeramente pero aparece más homogéneo, con menor número de altibajos. Ya nos hemos pronunciado sobre su final. Los relatos que, a nuestro ver, más se destacan, son: El tío Tucú y el zorro; El negrito del pastoreo; El lobizón; Monte, Río; Guampas criollas; Como "Tatú" ganó su última carrera; Funeral de las vacas; el cuento del tigre... y el zorro viejo; El último cuento del tío Tucú (La narración titulada "Funeral de las vacas" tiene un efecto superior al viejo "Velorio vacuno" del español uruguayo Manuel Bernárdez. Sobre todo, por esta frase: "Y muchas veces vide, a una vaca o a un ternero, como se le cáian las lágrimas al suelo". Hemos consultado a hombres experientes del campo en cuanto a la verosimilitud de este hecho, y, si algunos respondieron no haberlo visto, otros aseguraron su veracidad).

A través de estos relatos se va contorneando poco a poco la vida del viejo narrador. Breves referencias a sí mismo, aquí y allá, ante un público infantil en el que se destaca Pablo el "patroncito", de unos 14 años, bueno y grandote. "Monte, Río" es una estampa tan minuciosa que el lector puede contar los minutos uno por uno; así cada detalle se va deslizando como novedad en la mente de uno de sus personajes que es un pescador jovencito.

Costumbres patriarcales: peones viejos que son como de la familia, y se sientan como tales a la mesa del patrón; e hijos de éste que, sobre todo, respetan la experiencia del campo y de la vida en las gentes, e ignoran por completo su situación de privilegio.

Zum Felde ha señalado con justeza la autenticidad de sabor, ingenio, fantasía y gracia, en "estos relatos autóctonos — mitad crónica pictórica realista, mitad fabulación imaginativa de un prístino y mágico primitivismo — independientes entre sí y entre sí unidos, como las cuentas de un collar que podría irse siempre enriqueciendo con nuevos relatos" (...). Sin duda, como él mismo lo dice, se trata de un escritor "esencialmente popular". Lo que importa aquí es la imaginación en su primitivismo, cuanto más desorbitada y loca, mejor aún para un auditorio de niños y de gauchos viejos analfabetos. Lo mismo ocurre en algunas páginas del último libro de Da Rosa "Mundo Chico" donde asistimos, en un boliche de campaña, a verdaderos "concursos de mentiras". La ley consiste en desatinar la imaginación al máximo. Aquí, en García Sáiz, el venerable tío Tucú no tiene dificultad ninguna en reajustarse una de sus manos que, a poco, le había arrebatado un tigre, y que encontró, luego, envuelta en su poncho. En Da Rosa, un paisano viejo llega a

su casa sin darse cuenta que ha perdido uno de sus ojos. Al ser advertido de tal pérdida por su compañera, se ve obligado a regresar al monte: "saltó en el tostado, volvió al talar y allí se encontró con el "individuo" colgando de una ramita en parejo pestañeo; se lo colocó y. . . aquí lo ven, tirando en yunta con el otro, sin deberle una nada en vista".

"El Narrador Gaucho" ha sido traducido al inglés y al portugués.

Las referencias literarias de García Sáiz eran — según su hermana Azucena — Florencio Sánchez y aquellos novelistas rusos que, desde Gogol a Gorki, fueron la borrachera de nuestra juventud. Sí; se nota influencia, pero muy bien asimilada. Y ahora nos parece que su estilo desconcertante responde a un hombre también desconcertante. Se vino del campo ¿para qué? Pues, para seguir pensando en el campo y para sentirlo, desde la ciudad, cada día mejor. Simpatizó con los internacionales, con anarquistas ventrílocuos, con santones rusos y vagabundos de novela. Pero ¿para qué? Para sentirse más que nunca aferrado a lo suyo: a su Cerro Largo natal, a su familia con diez hermanos, a su padre nacido en Mondoñedo de Galicia, recuerdo idolatrado que de algún modo reaparece en el patrón gallego barista de "Las Bóvedas"; y a su madre uruguaya. De sus modelos admiró el arte y el riesgo, pero fue para confirmarse en su tradicionalismo puro; en sus costumbres cristianas, mejor dicho, católicas; y en su casi nativo ideal de blanco Saravista. Su hermana Azucena recuerda el obsequio del sombrero blanco del General que la viuda de éste hiciera al escritor. García Sáiz lo donó al Museo del Partido.

Para su bien y para su mal tenía Valentín García

Sáiz necesidad de convicciones impenetrables; es decir, de aquéllas que no pueden ser desmoronadas.

Enarboló como ideales supremos la fidelidad y la familiar sencillez. No tanto por sí mismas sino porque las necesitaba en exceso. Hombres, a primera vista, claro; pero en el fondo raro, muy raro. Necesitaba disimularse, y esto se le había hecho un hábito, una segunda naturaleza. Se dejaba llevar aquí y allá por torrentes sentimentales. Por ejemplo, el final folletinesco de "El Narrador Gaucho". Pero todo este ser o parecer ingenuo, todo este ser o parecer buen hombre; es para sugerirnos al final, muy de sorpresa, todo es abismo. Esta mezcla rara de bondad externa e instinto trágico nos llevó a requerir datos sobre su vida, preocupados por su posible sombrío aspecto.

En efecto, no fueron fáciles muchos de sus días. A los 15 años fue trasladado enfermo a Montevideo, siendo fraternalmente asistido por los hijos de Juan Zorrilla de San Martín. Sobre éste hay una linda anécdota en "Pilchas": "narra cómo él ayudó al poeta a trasladar desde la rambla, un arbustito traído por el mar durante la noche, después de una gran tormenta, que ambos plantaron en la quinta de Punta Carretas, hoy Museo, y que no es otro que el ombú que está al frente". Así recuerda este hecho la Dra. Azucena D'Auria, hermana menor del narrador.

Desde los 16 años, durante 30, fue empleado de la Administración Nacional de Puertos. Se jubiló con doscientos pesos. Más tarde, por mediación del profesor Pivel Devoto, a quien apoyó el legislador Hierro Gambardella, le fue otorgada una pensión graciable en mérito a su obra literaria.

Casóse a los 27 años con Orfilia Carlevaro, prima política de Zum Felde y tía del hoy famoso guitarrista

Abel Carlevaro. Esta hermosa mujer pintaba con tímida pero muy fina sensibilidad. Hemos visto dos de sus cuadros: la reproducción de un Figari y un paisaje del Prado. El matrimonio tuvo dos hijos: Juan José y Dafnis.

Pero el primero falleció cuando contaba sólo 23 años. Toda una promesa artística, he aquí cómo lo evoca su padre en "Las Bóvedas" (escenificación en tres actos de ambiente portuario montevideano) cuando intercala un triste llamado "Atardecer" que, niño de 14 años, había compuesto el hijo. Al pie de página se lee: "Música y letra de mi hijo Juan José, fallecido a los 23 años, en la plenitud de su efervescencia lírica. Guardo como un tesoro este "triste" que él grabó en un disco con su hermosísima voz, acompañado de tres guitarras. Mi agradecimiento a nuestro músico nativo y excepcional espíritu tan lleno de generosidad, don Vicente Ascone, que tuvo la noble tarea de volcar al pentagrama, nota por nota esa grabación que fue impresa por la Editorial de Julio Korn de Buenos Aires".

Este primer matrimonio duró treinta años, hasta el fallecimiento de su esposa, por afección pulmonar. Seis después contrae nuevo matrimonio con Eloísa Portas Ravera. "Jamás he conocido hombre más hermoso que mi marido", nos ha dicho ella, embelesada, en tanto nos presentaba fotografías del autor, cuando joven. Y en efecto, aquella fisonomía bien varonil, sin ser recia, muestra todos sus rasgos notablemente proporcionados.

Después, ella nos ha recordado e interpretado el extraño caso. La alegría de sentirse padre a los 63 años — su hijo Valentín Eduardo cuenta 18 años en la actualidad y estudia de ingeniero agrónomo — se convirtió en una euforia irresistible que — según su

viuda — acabó por trastornarlo. Fue una dicha de sólo seis meses. Tuvo que ser internado en una casa de salud de Las Piedras, por el mismo lapso.

No recobróse jamás totalmente. Su esposa nos habla de "surmenage", de arterioesclerosis. Atacado a menudo por inmensas tristezas perdió hasta el refugio en la Literatura, pues se excitaba de tal modo que por prescripción médica le fue prohibido escribir.

El niño, a poco de nacer, estuvo a punto de morir: y no puede ser aquí contado todo lo que, desde entonces, tuvo que sufrir la joven esposa y madre.

Quizá esta pérdida de lo mejor de sí mismo explica las repeticiones y debilidades de la última publicación del autor ("Leyendas y supersticiones del Uruguay", 1957) en la que aparece asimismo un patético cuento extrañísimo: "La torda".

* * *

En resumen: tradicional, sentimental, esencialmente popular, con puntería hacia lo trágico, Vicente García Sáiz no puede ser olvidado en la historia de nuestra narrativa; por lo menos a través de cinco o seis relatos excepcionales. Si ya hemos opinado sobre su estilo, y quizá con una crudeza que no deseábamos, nos queda por decir que él ha preservado, desde el principio al fin, además de lo artístico, una salud moral y una frescura de corazón — hoy raras — sin que, al parecer, haya mostrado mucha, poca o ninguna ilusión acerca de la vida.

Domingo Luis Bordoli

VALENTIN GARCIA SAIZ

Nació en Melo el 23 de diciembre de 1894, hijo de Valentín García y de Dª Josefa Sáiz. Su infancia transcurrió en el medio rural. A los quince años se trasladó a Montevideo. Se vinculó a los escritores Javier de Viana y Juan Zorrilla de San Martín, con quienes contrajo amistad. En la tertulia de los Zorrilla completó su formación y dio a conocer sus primeros ensayos. Se interesó por las artes plásticas y por la música, bajo la orientación de José Luis Zorrilla de San Martín, Federico Moller de Berg, Carmelo Arzádum y Florencio Mora. Ingresó a la administración pública como funcionario de la Administración Nacional de Puertos, donde actuó durante treinta años. En ese período con modestia y espíritu de continuidad inició su obra literaria, impregnada de recio sabor nacional. Colaboró en diversas publicaciones periódicas. Entre los años 1924 y 1957 dio a conocer las siguientes obras: *Tacuarí* (1924), *Salvaje* (1927), *Pilchas* (1943), *El Narrador Gaucho* (1945), *Las Bóvedas* (1952), *Leyendas y Supersticiones del Uruguay* (1957). Críticos autorizados de nuestro medio y extranjeros emitieron juicios muy favorables sobre su valioso aporte a la literatura de carácter nativista. En reconocimiento de sus méritos el Gobierno de la República le otorgó una pensión graciable mediante ley promulgada el 2 de diciembre de 1965. Falleció en Montevideo el 3 de agosto de 1974.

CRITERIO DE LA EDICION

Para esta edición de "El Narrador Gaucho" la Comisión se ha valido de un ejemplar de la primera edición que perteneció al autor, en el que éste hizo algunas correcciones de su puño y letra, las que han sido respetadas. Los cuentos incluidos en la Selección que completa este volumen han sido tomados textualmente de las obras de Valentín García Sáiz, citadas en cada caso.

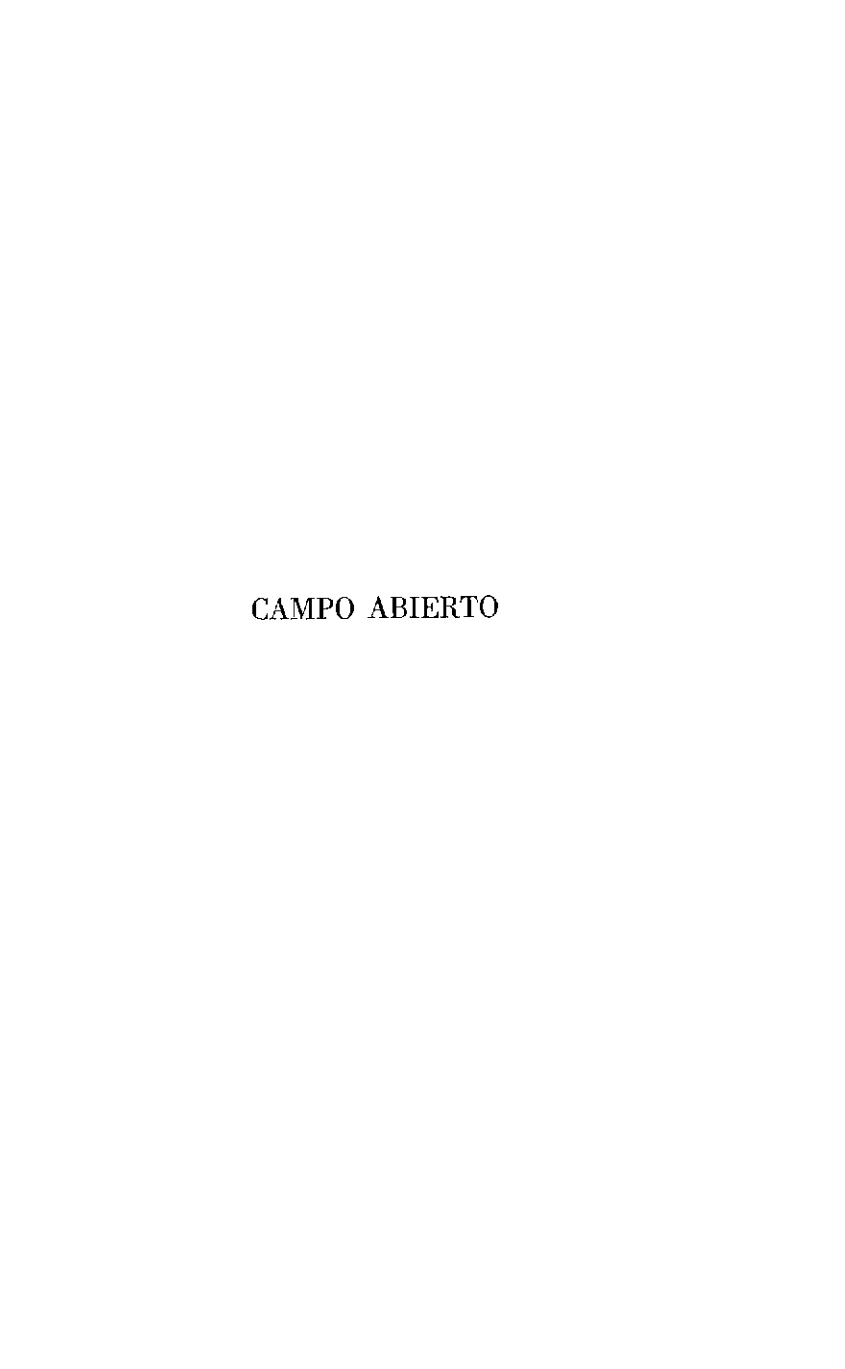
EL NARRADOR GAUCHO

NOVELA EN CUENTOS

SELECCION DE CUENTOS

EL NARRADOR GAUCHO

(Novela en Cuentos)



CAMPO ABIERTO

EL TIO TUCU Y EL ZORRO

Campos de Cerro Largo.

Río "Tacuarí", el de las embrujadas aguas.

La casa era grande, enorme. Situada sobre una colina, en el "Rincón de los Coroneles", parecía dominar con soberbia toda la comarca. En sus reparticiones interiores vivían los dos hijos de Serapio Souza, viejo hacendado brasileño que, al morir. pidió a sus descendientes que trataran de conservar todos los bienes que les dejaba y que permanecieran juntos e hicieran causa común, como si él viviera. Así la gente continuaría llamándole a sus dominios, "la estancia de don Serapio".

Allí estaban, después de muchos años, los hijos del estanciero con sus respectivas familias. Y también los mismos "peones", algunos llenos de achaques, apenas si servían para acarrear agua de la cachimba en el clásico barril. A unas pocas cuadras, tenía su vivienda el mayordomo y hasta el "montiador", un indio petizo y rengo de la pierna derecha, conservaba su rancho en el corazón del monte, teniendo aun el permiso de vender leña a precio reducido a los linderos.

Este indio viejo, ya frisaba los ochenta años. Era una figura patriarcal y venerable en todo el pago. Todos los días, al declinar la tarde, salía de su rancho con un atadito de leña al hombro, en dirección a "las casas" con la pierna casi a rastras, por el angosto caminito formado desde hacía muchos años por las huellas que dejaban sus pasos.

Le llamaban respetuosamente tío Tucú.

El era el amigo de todos y muy especialmente de los "gurises", * a quienes entretenía con sus infinitas narraciones. Algunas le habían sucedido, otras las había oído contar, y, las más, "salían de su cabeza", como solía decir.

—¡Allá viene tío Tucú, vengan! — decía el primero que lo avistaba.

Y en un abrir y cerrar de ojos, reuníanse todos los muchachos para recibir al viejo que llegaba cansado, después de salvar la distancia que mediaba del monte a la casa, no más de diez cuadras.

—Abran cancha, "gurises"; dejen pasar a gusto, — decía — y tiraba el atadito de leña al suelo, cerca del horno de ladrillos, donde se cocía el pan.

Luego tomaba asiento sobre un trozo seco de árbol, que estaba recostado a la pared de la cocina, se pasaba la manga del saco por la frente y observaba detenidamente a todos los muchachos, no faltando uno que dijera:

—Cuente el cuento del zorro, que ya se me olvidó, tío Tucú.

Y otro enseguida agregaba:

—¡A mí tamién, cuentemeló!

—¡Qué lo cuente!... ¡qué lo cuente! — coreaban varios, en forma de ruego.

—Hoy no puedo; será pa mañana. Vengo di apuro a buscar la carne.

—Yo se la voy a trái enseguidita, a condición de que no empiece el cuento hasta que yo no esté de güelta... ¿me ha óido, tío Tucú?

(*) "Gurises", muchachos.

—Güeno... andá y vení prontito. Tráime algunas cebaduras de yerba y si podés yename de paso esta tabaquera del "peluquilla" que fuma tu tata.

No tardó mucho tiempo el "gurisito" comedido en dar la vuelta, y, con gran aspaviento, díjole al viejo:

—Escuenda ligerito que no lo vean; áhi tiene yerba, tabaco, carne, gayeta, y además saquié estas morcillas que son de la chancha overa.

El indio sacó de un bolsillo del saco una maleta de lienzo asargado, y comenzó a guardar los comestibles rápidamente.

—Güeno... ta güeno... ¿y qué cuento quieren que les cuente? — dijo pensativamente.

—¡El del zorro! — dijeron varios a la vez.

—¡Pero ése es viejo; ya lo he contao muchas veces! Si quieren les cuento como jué que ensiyé un tigre.

—¡No!... ¡no!... ¡el del zorro! — ratificó Pablo el "patroncito".

—¿Saben que casi ni mi acuerdo?...

—¡Cómo no lo va' saber!... — intercaló el pardito, hijo de la cocinera —. ¡Y cuenteló todito!

Con blando acento y palabra lenta, el indio empezó así su relato.

—N'ese mesmo monte ande entuavía tengo el rancho medio encorvao por los años como yo, n'esos mesmos lugares que no me dejarán mentir, me acontenció la historia del zorro. Risulta que yo montiaba antes pa juera, ¿saben?, y cuasi todo el día me lo pasaba hachando árboles pa ganarme la vida. Antes de dirme a trabajar, dejaba preparada la comida en un brasero frente a la puertita de mi rancho, asina no tenía necesidá de cocinar a la güelta. Un día, dis-

pués de haber dejao pronta la comida, golví al rancho, y figurensen ustedes la espantada que habré pegao, al ver la oya completamente vacida, tuita lambida, y el brasero revolcao po'el suelo. Al principio pensé que juera una broma de algún conocido de "las casas", pero muy pronto vide unas güeyas chiquitas n'el suelo, y me dije: nu'hay más, ésta es la pisada de un zorro. Al día siguiente estuve aguaitando tuita la tarde bien escuendido dentre unas matas de abrojos. Cuando menos pensé, vide un tremendo zorro que se venía derechito a la comida. Dispués de haber comido hasta hartarse, comenzó a darle pechazos al brasero, y me bostió en la oya.

Los muchachos rieron; uno de ellos le preguntó:

—¿Y por qué tío Tucú, no lo corrió con un palo?

—¡No me interrumpan, sinó se me olvida el cuento! — dijo severamente, y pasándose la mano por su rala barbilla encanecida, agregó:

—Ahura van a ver por qué no lo corrí con un palo; no crean que jué por miedo.

Y prosiguió tranquilamente:

—Al otro día le puse un veneno bien juerte a la comida, y lo bombiaba al muy sabandija, del mesmo lugarcito, d'entre las matas de abrojos.

Dispués d'estar mucho tiempo esperando al señor zorro, yegó muy campante, bastante desconfiao. Primero olfateó la oya, dio unas güeltas a la redonda y enseguida, de un culatazo tiró tuito al suelo y se jué...

—¿Y la paliza que le había dao adentro del rancho? — dijo Pablo el "patroncito".

—Ahura viene, no ti adelantés. Güeno... — prosiguió —. Risulta que a los zorros, asigún el refrán, se

les cái más fácil el pelo que las mañas. ¡Ya conozco tus mañas, zorro sinvergüenza! le dije dende lejos. ¡Mañana me las vas a pagar! Yo me voy a golver zorro como vos, y vamos a ver cual de los dos tiene más maña, si vos pa disparar, o yo p'agarrarte.

—¡Pero tío Tucú, usté ta mintiendo! ¡La vez pasada no nos dijo que se había güelto zorro!

—¡Cómo qu'estoy mintiendo! ¡Yo no miento nunca, aunque estea contando cuento! ¿saben? Yo digo que me golví zorro, porque me di maña pa'agarrarlo.

Simuló un enojo, y después de breve silencio, continuó:

—Risulta que al otro día yo le preparé una trampa de lo lindo, sin pega-pega. Puse el brasero con la comida adentro del rancho, dejé la puerta abierta pa que dentrara, y me escondí en un rincón, tapándome con unos cueros de ovejas. Cuando estaba en lo mejor de la espera, yegó el señor zorro al olor de la comida. Venía caminando despacito, mirando pa tuitos laos, y meniando la cola se coló n'el rancho. ¡Ahura te vi'a dar, zorro ladrón, sinvergüenza!, le dije. Enseguida cerré la puerta, y con un talero que tenía en la mano le empecé a dar lazo y más lazo por tuitos los costaos del lomo. En una d'esas se me jué la mano, y le dí un talerazo al pobre zorro en la cabeza, y cayó redondito al suelo. Al principio creiba qu'el zorro estaba estirando la pata, pero enseguida mi acordé de las mañas de esa gente que se hacen los muertos pa dispués disparar. Entonces agarré un coyarcito que tenía colgao n'el tirante del rancho, y se lo puse n'el pescuezo. Le dí varias patadas y nada: el zorro continuaba duro, como si estuviera muerto. Dispués lo saqué pa juera di arrastro, dejándolo solito atao a una estaca y, en mientras, me puse a comer. Cuando lo vine a oservar, lo encon-

tré resucitao y conforme me vio comenzó a dar tremendos saltos y se puso a berrear.

—¿Y cómo era que hacía, tío Tucú? — dijo el más pequeño de los oyentes.

—¡Güe!... ¿y no sabés como hace el zorro, vos, criao en las estancias? Pues... hacía... ¡cuáa! ¡cuáa! ¡cuáa!

Rieron largamente aquellos espíritus infantiles, remedando en coro al viejo leñador.

—Si se ríen tanto, — dijo él — no sigo el cuento.

—¡Siga... Siga!, tío Tucú.

—Es que se mi'hace tarde y la noche s'está poniendo zaina de tan oscura! Güeno... vi a terminar. Risulta que yo quería darle un buen castigo al zorro por ser tan sinvergüenza y ladrón. Todos los días le daba una güena paliza y le tiraba un poquito de las sobras de mi comida pa que siguiera viviendo; asina cuánto más viviera, más palizas yevaría sobre el lomo. ¡Y han de creer ustedes qu'el zorro se había encaprichao en no comer! Hacía un mes por lo menos qu'estaba preso en la estaca, y no había forma de hacerle tragar bocao. Se estaba poniendo flaco; apenas si podía con los güesos. Más de una vez estuve con la tentación de largarlo; me daba lástima al verlo tan sequito. A veces me miraba con unos ojos tristones, como si me dijera: "¡Soltame!". Una mañana de frío, en que había yelao tuita la noche, cuando iba a preparar una carrada de leña, m'encontré al pobre zorro durito, con las patas bien estiradas, los ojos cerrados, y cuasi todo cubierto por la helada. Lo vide y le dije con pena: ¡Pobre zorro, más vale te hubiera largao ayer! ¡Ya pagaste bien tus peyejerías!

—¡Pobrecito el zorro! ¿Y había muerto de verdá? — dijo uno.

Y otro de los chicos, riendo, agregó:

—Yo ya sé como termina el cuento... ¿digo?

—¡Cayate la boca, querés, meterete! ¡Dejame acabarlo!

Y el viejo puso fin a su relato.

—Risulta que le desaté el coyarcito, lo miré con lástima otra vez, y mientras jui al rancho a buscar mi cuchillito pa sacarle el cuero, me encuentré a eso de una cuadra, ¡al señor zorro!, muy derechito, el que se reía de mí, con tuitas las ganas, asina: ¡Cuáa!... ¡cuáa!... ¡cuáa!...

Poco después, el indio viejo atravesaba el campo hecho sombras, con su maletita al hombro bien repleta de comestibles, por el trillo angosto que lo conducía hasta la puerta de su morada, en el corazón del monte. Iba paso a paso, renqueando, con la pierna casi a rastras. En "las casas" quedaron los muchachos remedando al zorro; y en el silencio de la noche se alargaban en el campo los melancólicos aires del terruño, silbados por los carreros, quienes también, paso a paso, marchaban con sus carretas por el camino ancho, con pesadas cargas para muy lejos. En el cielo, florecían las estrellas; había un pálido resplandor.

EL NEGRITO DEL PASTOREO

Ya viene... Ya viene llegando a "las casas" el tío Tucú; es él, sí, no hay duda: es inconfundible. Viene del monte críollo cercano, donde tiene su humilde vivienda, y, como ya lo he dicho, viene renqueando, renqueando, con la pierna derecha casi a rastras, y con el atado de leña trozada al hombro, pronta para el consumo diario de la cocina de la estancia.

Por más frío o calor que hiciera, lloviera o tronara, poco antes de morir la tarde, aparecía siempre más o menos a la misma hora, la abultada silueta del tío Tucú de la cual parecía desprenderse, como si fuera una colita blanca, el trillado camino, formado desde hace muchos años por las huellas que imprimían sus pasos al salvar la distancia de su recorrido diario.

El primero en avistarlo y hacerle los cumplidos de práctica era Pablo, el "patroncito". Era éste un muchacho bueno y grandote; tendría unos catorce años; de gran contextura física y cuyas piernas fornidas ya estaban pidiendo pantalones largos.

Apenas llegó el indio leñero, antes de echar al suelo su carga, Pablo, con cara entristecida y más que consternado, a punto de que ya le golpeaban las lágrimas en las puertas de los ojos, díjole:

—¡Nos ha pasado una desgracia horrible, tío Tucú! Acá estamos todos de duelo. ¡La "Guachita" se nos ha extraviao! ¡La pobre "Guachita"!

¿Pero, a qué te referís vos, muchacho?...

—A la "Guachita", sí; hágase el que no sabe. La ovejita que hemos criao con mamadera. Mire que se

está golviendo desmemoriao. ¿Usté mesmo no jué que la trujo del monte arricién parida, tío Tucú?

Y el indio, con afectación, haciendo como que hacía memoria:

—¡Ah, sí, m'hijito! Ya sé a que te referis... Es a la ovejita que te regalé... ¿Y qué jué lo que pasó?

—¿Pero usté está sordo, tío Tucú, no le dije arreción que se nos ha extraviao?

—¿Y la han buscao bien? ¿No estará escondida en alguna parte?

—No hay lugar donde no se haiga revisao. ¿No habrá ganao p'al monte? ¿Usté no la vido, "tío Tucú?".

—Que yo lo sepa... hasta el momento...

Y al rato agregó:

—Güeno, "gurises", no me acorralen ni me arrempujen; miren que yo no soy oveja; déjenmen paso; abran cancha, miren qu'estoy muy cansao. Ni se acuerdan que todo el día me lo paso hachando leña p'al juego de la cocina de ustedes. Ni son capaces de ofrecerme un asiento y eso que los bancos y sillas sobran en esta casa.

El venerable anciano, aquel indio crudo, casi octogenario, que conoció tantas generaciones en aquella antigua estancia de los Souza, testigo de todo acontecimiento de importancia en la comarca, llegaba rezongando, y, entre rezongo y rezongo, fue desprendiéndose de su carga, con la ayuda de algunos de los muchachos.

Una vez ubicado cómodamente, no lejos del horno de ladrillos con ambas manos apoyadas sobre su viejo bastón de guayabo, miró a todos los "gurises" que fueron cayendo poco a poco, como "llovidos del cielo" y después de soltar la última bonacada de humo por

sus grandes narinas comenzó pausadamente por apagar el pucho del cigarro de chala con la uña larga de su meñique izquierdo y tan pronto lo puso tras la oreja, comenzó de nuevo:

—¿Saben lo que estoy pensando, gurises? ¿Saben lo que podríamos hacer pa que aparesca la "Guachita"?... Pues... ¡Sería santo remedio! Hay que prenderle un cabito e'vela al "Negrito del pastoreo" y van a ver ustedes cómo aparece. ¿Nunca han oído contar la historia de ese santito tan adorao en nuestra campaña?

Algunos que ya conocían "algo", se apresuraron a decir:

—¡Deveras!... ¡Mesmo, tío Tucú!

Más de uno se comidió para ir en busca de lo insinuado.

Y el indio tomó de nuevo la palabra, relatando con sencillez casi bíblica, todo lo que sabía sobre el "Negrito del pastoreo".

—Cuentan los antiguos esclavos negros, que, cierta vez, apareció en un monte, junto a la "picada" de un arroyo, un negrito recién nacido, abandonao tal vez por alguna madre desorejada. Acertó pasar por allí un jinete que al sentir el llanto de la criatura se abajó, lo envolvió en su poncho y lo entregó a los moradores del primer rancho que encontró a su paso. Dicen que lo criaron; pero como en ese tiempo existía la esclavitud, con seguridad que le habrían dao muy malos tratos por haber tenido la disgracia de ser negro. El que lo adoptó, asigún las mentas, era un hombre de mal genio, un hombre de muy malos sentimientos. Y dende muy chico, al pobre negrito lo ponía a trabajar de sol a sol. Dicen que lo castigaba por cualquier zoncera.

Siempre se lo pasaba pastoreando ovejas y güeyes. Y di ahí, que todos lo conocieran por el nombre de "Negrito del pastoreo". Una vez, no sé si ustedes han oído contar, se le perdió una yunta de güeyes al pobre negrito, y el patrón que era un hombre de muy malas entrañas como deciba, por no matarlo a lazasos, ordenó a sus peones que lo pusieran en penitencia. ¡Y qué penitencia! ¡Pobrecito!

¿Cuala, tío Tucú? — interrogó Pablo.

—Pues... que lo sentaran desnudito de nalgas en un hormiguero, asina aprendería a cuidar mejor lo ajeno.

—Porque era negro le hicieron "eso".

—No, Paulo. porque ese hombre tenía sentimientos perversos nomás. Bien podía haberle dao unos guascasos por las canillas y ya con "eso" sería bastante castigo, ¿no, eh?

Y uno de los del grupo preguntó:

—Y las hormigas "tío Tucú" ¿no le picaron?

—Ya verás, gurí, no te apurés, pa'ese lao voy rumbiando. Pues... como les diba contando... los piones lo habian sentao de nalgas al pobre negrito en la puerta del hormiguero, bien maniatao de los pies y manos, con unas guascas. ¡Ni se puede contar lo que habrá sufrido el pobrecito! Dicen que a grito pelao clamaba: "¡Las hormigas me están devolando! Mándeme soltar patrón. ¡Ay!... ¡Ayy!... ¡Aaayy!... Yo no peldí los güeyes... Juelon unos cuatreros que me los lobaron. ¡Ay!... ¡Ayy!... ¡Aaayy!... Y esos lamentos se oyeron todita la noche, una noche que estaba yelando y que había una luna blanca muy grandota. Y dicen — yo no sé si es verdá — que al otro día, los piones jueron al lugar del hecho y vieron

que no había naides. ¡Ni la osamenta quedó pa'muestra!

—Con seguridá, que jué devorao por las hormigas... dijo Leoncio, un pardito, "hijo de naides".

—No... ¿Onde has visto, vos, Leoncio, que las hormigas coman güesos? No ves que tendría que haber quedao la osamenta de muestra por lo meno en la puerta del hormiguero? Dicen los antiguos, que las hormigas voladoras que eran más que las otras, tuvieron lástima del pobre negrito y viendo que "aquello" era una gran injusticia, respetaron su cuerpito. Se juntaron una sinfinidá de ellas, y... volando, volando, se lo llevaron pal cielo. Y dende ese día, Dios lo hizo santito. Por eso la gente, como siempre lo véian pastoriar, lo apodó así: "Negrito del pastoreo".

Todos los presentes estaban pendientes de la palabra del narrador gaucho, estaban absortos, boquiabiertos. El indio, con palabra dulzona, agregó: a ver quien de ustedes me trái un cabito e' vela, asina se lo prendemo ahura mesmo al "Negrito del pastoreo", bien puede ser que realice el milagro de que la ovejita, la pobre "Guachita", aparezca. Y luego agregó sentenciosamente: Yo siempre tuve mucha fe dende chico en ese humilde santito; si no tenía un cabito'e'vela, le ofrecía aunque ma no juera un "puchito", que nunca falta en la oreja de un gaucho "pitador". ¡Ah!... me olvidaba de decirles que dispués de encendido el "cabito" hay que rezá, ante, una oracioncita de rodillas.

—¿Y cómo es la oración? Dígala, pues... dijo uno.

—Pucha que ustedes siempre andan apuraos. Esperen un poco. ¿Trujeron ya el cabito e'vela que les dije? Miren que hay que prenderlo en un rinconcito y rezar todos juntos la oración.

De pronto uno de los de la rueda se abrió paso y tendiendo la mano dio a elegir varios cabitos de vela al viejo leñero.

—Trái éste — dijo — es el mejorcito, el más grandote. No vamo a andar con miseria. Luego sacó una caja de fósforos de un bolsillo, hizo luz con uno de ellos, arrimó al cabito de vela y con la llamita de ésta encendió el "pucho" de chala que guardaba sobre la oreja derecha. Aquella luz, emanada de entre sus manos sarmentosas, tenía extraños reflejos. Dábale una pátina resplandeciente, de un rojo vivo, a su rostro. Parecía, en ese instante, un sacerdote seguido de sus feligreses. Dio algunos pasos y buscando el lugar apropiado para hacer su ofrenda al "Negrito del pastoreo", llegó hasta el horno de ladrillos y lo depositó en su boca. Todos estaban como absortos y atentos al más leve movimiento; parecían estar frente a un altar. El indio se santiguó, dejó cerca del "cabito" encendido su "puchito" que ardía, soltando espirales de humo azul, y luego díjole a sus espectadores:

—Ahura, póngansén de rodillas y recen en voz alta, conmigo, esta oracioncita:

Negrito del pastoreo;
Santito de lo perdido,
vos que siempre juiste güeno,
hacé que baje del cielo
todo lo que yo te pido.

Y se oyó en la soledad campesina, un dulce coro infantil, cuarteado por la voz de flauta del venerable tío Tucú.

—Ahura repitan todos, bien alto, esto: —¡Que aparezca la "Guachita!".

Y como un eco agrandado, de erizadas voces, resonó ante el horno de ladrillos:

—¡Que aparezca la "Guachita!".

Las primeras sombras de la tarde ya habían cercado las casas y el sol marchaba lento, perezosamente, al ocaso; estaban "entre dos luces". El campo parecía dormido; oíase el canto arrullador de los grillos cercanos, mientras los "bichitos de luz" jugaban a las estrellitas entre los pastos. Surgen sombras y más sombras por todos lados y con ellas, la noche trae la celeste claridad de las primeras estrellas.

Se oye el grito — casi carcajada — de un zorro lejano, y a la distancia, parece que viene agrandándose cada vez más, el balido triste, desesperado de una oveja, que viene corrida del monte, en dirección a "las casas". De pronto, todos los presentes fueron sorprendidos por un ruido de pezuñas y el balido de una ovejita que venía a todo correr por el caminito. De todas aquellas gargantas, saltó como una sola exclamación:

—¡La Guachita! ¡La Guachita!

Y el indio, emotivo y creyente:

—Pero... ¡y y es, mesmo! ¡Es, ella! ¡La Guachita! ¡La Guachita!

Y alzando los brazos al cielo, agregó:

—¡Otro milagro del Negrito del pastoreo!

EL LOBIZON

Esta vez, el venerable tío Tucú, personaje de charla amena y con grandes conocimientos de la comarca, el amigo de todos, y muy especialmente de los muchachos a quienes entretenía con sus infinitas narraciones, llegó más temprano que de costumbre.

Es la hora insoportable de la siesta, de un verano lleno de ardores. Casi todos, en aquella antigua estancia, hacen las del lagarto estirados panza arriba pero solazándose a la sombra. El sol resplandece por los caminos, llanuras y colinas. Los árboles están quietos: ni la más ligera brisa mueve sus hojas. La atmósfera es realmente sofocante: está llena de bochorno.

Del monte criollo donde el venerable tío Tucú tiene su vivienda a las casas debe de haber unas diez cuadras. Hay un camino angosto, un trillo limpísimo, formado por las huellas de sus pasos, desde hace... no se sabe cuantos años. Llega con su gajito de ruda en la oreja contra "daños", "pasmos" y "mal de ojos". Llega como siempre, como casi todos los días, renqueando, paso a paso, empujado por las lluvias inclementes en el invierno, o emponchado de soles rajantes en el estío, con su carga de leña al hombro, pronta para la combustión.

—¡Güenas, mocitos! ¡Dejen pasar a gusto; no se me arrejunten; abran cancha!

En un abrir y cerrar de ojos, como todos los días, hubo una irrupción de muchachos, perros y hasta una oveja guacha traída de tiro por Pablo, el "patroncito", infaltable a todas aquellas reuniones.

Este, al recién llegado, dijo:

—¿Y qué nos trái de nuevo hoy, tío Tucú?

—La leña, m'hijito.

—¡No! No me refiero a "eso". ¿Qué cuento nos va a contar hoy, qué historia?

—¡Uff!... ¡Pero miren que son gurises cargosos ustedes!... No he pegao el primer resuello entoavía y ya quieren que encomience con los cuentos. Ni que uno juera un gramófono. ¡Miren que son cargosos! Ni tienen lástima de este pobre viejo que si acaba di hacer a pie más de diez cuadras pa tráirles la leña picada pal juego. Se conoce que tuitos ustedes acá en "las casas" lo pasan a lo rico, mientras el pobre tío Tucú, el agüelito de todos ustedes, no tiene ni con qué hacer cantar a un ciego. Vengo, como siempre, a buscar di apuro, la carne. Tamién mi hace falta yerba, fósforos y tabaco. Si tienen una fatura de cerdo como la de la vez pasada, no la despreceo... Algún pedazo de queso del casero... gayeta no me traigan más nunca ¿saben?... Ahura soy como el ternero mamón: mi dentadura es pobre; prefiero el pan hecho en "las casas". Tráiganmen tamién, — no se me olviden, — un pedazo de guayabada... ¡Miren que comiendo dulces, a nosotros, los viejos, nos salen mejores los cuentos!... Y sobre todo con el de guayabada.

—Demen la maleta de tío Tucú, dijo Pablo, el "patroncito". Y en seguida ordenó a Leoncio, al pardito, el hijo "de náides": —Ché, andá decile a Enriqueta, que digo yo, que enyene hasta que se redame la maleta, y que no se olvide de ponerle una de las latitas de dulce de guayabada, asina el agüelito nos cuenta mejor las historias.

—Gracias, m'hijito. Vos sos igualito a tu finao "tata" en lo de "mano abierta". Esto mesmo se lo de-

cía a él cuando era gurí, más o meno como vos. Sos igualito a él en lo generoso pa los dulces. Mirá... y no vayás a crer que "eso" de los dulces es una invención mía. Es cosa muy sabida que comiendo guayabada salen mejor los cuentitos; es cierto que a veces se le podrá escapar a uno alguna "guayabita"; pero no ofendiendo a náides ¡qué importa! ¿no, eh?

Pablo, después de una sonora carcajada y de festejar la ocurrencia con sus compañeros, reconvino dulcemente:

—Con que cuenta sus mentiritas, ¿no? Y, entonces, coma dulce de membrillo.

—Ta güeno... ¡Qué salidas tenés, Pablo! Hay mentiras que son historias. Hay historias que son mentiras. La vida es asina...

—¿Y no toma asiento? Sirvasé de esta "butaca" y estará más gustoso.

—Gracias m'hijito. Sos atencioso; igualito en cara y corazón a tu finadito "tata"... Siempre le ofertaba a uno un asiento pa poder descansar a gusto. ¡Cómo pa no sentarme con esta caminata! ¡Mire que está juerte el sol! Es un diluvio de sol. Hay un sol que raja. ¿Y esa pobre oveja qué hace áhi? ¿No ven que se v'afisiar? Semos muchos ya...

—¡Pobre!... ¡es la guachita! dejelá, tío Tucú, asina escucha tamién...

—¡Pobrecita, mesmo, ya lo creo, es guacha! Yo juí quie la truje del monte; apenita parida se había extraviao, ni se cómo... ¿Ti acordás, Paulo?

—¡Si podré ricordarlo! Güeno, agüelito, déjese de tantos rodeos y cuéntenos de una vez el cuento del zorro. Mire que "ése" nos gusta mucho.

—¡Otra vez el mesmo cuento! Pero ¿si han güelto locos ustedes o qué les pasa? ¡El del zorro ya lo he



contao más de mil veces! Más mejor les cuento el del lobizón; hay que variar de tema; la misma comida siempre aburre, ¡che!

—Güeno... ya'stá. ¡Qué lo cuente! ¡Que cuente el cuento del lobizón!

—¡Que lo cuente! ¡Que lo cuente! — corearon aquellos "gurises" dulcemente, a manera de ruego.

—Güeno... les viá hacer el gusto. ¡Son ustedes tan güenitos, tan camaradas, que no me puedo negar! Les contaré el cuento del lobizón.

—Es una "guayabita", tío Tucú preguntó el más pequeño.

—No, m'hijito, es una historia que aconteció hace una puntita de años... Eso sí, les voy a pedir silencio y mucha atención, y sobre todo que no me interrumpan cuando hable; uno ya es viejo y en cuantito me atajan el "paso", se me juye el cuento'e la cabeza. Miren que "esto", aunque les parezca mentira es cierto, como que ahora hay luz. (Y todos movieron la cabeza y miraron hacia el campo, como para cerciorarse que había luz).

—Entonces, yo era mozo. Porque han de saber ustedes que yo tamién jui mozo y que no siempre tuve esta cara de viejo feo...

—Usté es un viejo lindo, tío Tucú, dijo Eusebio.

—¡Viejos son los trapos!; luego, sonriendo, agregó: por lo de "lindo" te doy las gracias.

—Y... ¿cuándo v'ampezar el cuento? (El que hablaba era Leoncio, "el hijo de náides", que recién llegaba a la rueda).

—Ustedes m'interrumpen; no me dejan hablar. ¿No ven que mi memoria está lerdiando? Güeno... Ya en seguida via entrar a la pista y de un solo golpe lo cuento... Taba... taba... en... ¡ah!... ¡sí! Yo,

como les decía, era un güen mozo... Era cuasi un "taita" n'el pago.

—Ya nos dijo "eso" muchas veces, tío Tucú, osó decir Leoncio.

—Y güeno... Por áhi empieza el cuento, pavote. Yo andaba siempre muy empilchao en esos tiempos, pues, como era mayordomo de una de aquellas grandes estancias de los Souza... Era un mozo que me gustaban las diversiones. Era, además, un gran acordeonista, un acordeonista "de mi flor", muy solicitado. Tuve mis güenos "parejeros", "un ruano" y un "tostao" que eran en el triyo como relámpagos; jamás "comieron cola". Tuve en esos güenos tiempos mi peacito'e campo, mis ovejitas, y una manada de peticitos que se habían güelto baguales de tanto monte. Güeno... pues... si... como les diba diciendo... ¿Güe?... ¿Güe?... ¿No ve? ¡Toy chochando!... ¿Qué cuento era el que les diba contar?... Ah, ¡sí! ¡sí! ya ricuerdo... Como les decía, yo juí güen mozo y me pude haber casao con más di una estanciera rica del pago; más de una moza se hacía la distráida cuando yo le arrastraba el ala... Nunca me gustaron las carpetas, ni el boliche. N'esos lugares, no si apriende nada güeno, váyanlo sabiendo, ¡eh! Miren que eso es la perdición del hombre. Eso sí, tenía mi preferencia por cuanta fiesta criolla. Onde había un asao con cuero allá taba yo; en toda doma y yerra del pago contaban con mi presencia; onde había una carrera de sortijas, allá taba yo. En las "carreras" jugaba uno que otro pesito por compromiso. Eso sí, jugaba sin apasionamiento; nunca perdí los estribos n'esas ocasiones, así como tampoco nunca perdí la cabeza por ninguna mujer.

—Pero cuente de una vez el cuento que nos diba a contar, tío Tucú. No divarée...

—¿Quién habla?... ¡Ah, sos vos Paulo? Toy haciendo aparte de palabras no más. Toy pasando revista a los ricuerdos en mi memoria.

—¿Y cómo es que empieza el cuento? — dijo Pablo con ansiedad.

—Y, asina mesmo... ¿no estás oyendo? Tábamos hablando de cabayos. Lo que hay de por medio es que a Vds., su agüelito, los quiere aconsejar bien, "de paso", y quiere que cuando se hagan hombres sepan honrar a sus antepasados y a la patria.

—Güeno... Esta historia que les viá contar me aconteció de mozo. Taba yo invitao pa'dir a un baile. ¿Saben? Era una noche fieraza, oscura como boca de lobo. ¡Taba fieraza mesmo! Llovía a cántaros; los "pasos" taban barrigones de tan crecidos. Las "picadas" dejuro que ni se véian. Era aquello pior que'l diluvio universal. Relampagueaba. Yo tenía que dir al baile aunque juera montao en un relámpago; pa eso había dao mi palabra de honor a unos amigos. El hombre, sepan, cuando empeña su palabra, debe cumplirla cueste lo que cueste. Y yo había empeñao mi palabra. ¡Llovía, pues, a cántaros! No tenía más remedio que dir, y eso que quedaba a una sinfinidá de leguas. La noche taba oscurita mesmo, oscura como el alma de un bandido. Ni se véian las manos. A veces miraba con tristeza mi acordeón y le decía con la mente: me parece que te vas a quedar sin baile... Medité un rato antes de salir juera del rancho, porque sentí cerquita, muy cerquita a la puerta, mesmo como si unos truenos reventaran sobre la tierra, y luego unos tremendos empujones y el trotería de los bazos de una caballada;

parecía que el pampero había descargado tuitas sus furias contra mi rancho.

—De juro que habían soltao al diablo, se oyó decir.

—Deveras, ansina era. Güeno... como les diba contando, con cierto recelo, saqué la tranca e'mi rancho y con la puerta entornada miré pa juera. ¡Vieran ustedes que batahola se armó! Jué aquello una de relinchos y coces que me asustó al principio. ¿Saben lo qué era?...

—¿Y qué era tío Tucú? — interrogó uno.

—Pues, era una manada de peticitos, a cual más lindo; había de tuitos pelos; había pa conformar cualquiera de los gustos más exigentes.

—¿Y no había dicho, tío Tucú, que taba tan oscuro que no se véian ni las manos? — dijo, sin mala intención, Pablo.

—No se véian, sí, Paulo; pero vos sabés que los relámpagos di a ratos hacían de candil. Prosigo: ¡miren qué bien me viene "esto"! Parece mandao del cielo, me dije; viá enlazar uno, ansina me lo ensiyo y me voy pal baile. Era una manada de peticitos que había venido disparando del monte, con las colas entre las patas, asustaos tal vez por los relámpagos y las centellas que cáian, amenazando derrumbar tuito lo que encontrara por delante. Güeno, truje las boliadoras .. ¿no?... y áhi no más, del primer tiro, bolié a uno. ¡Vieran ustedes qué petisito más lindo y vivaracho! Era de pelo "lobuno"; ya saben que son machazos p'al agua; son como patos. Con las primeras guascas que me topé le hice un bozalito y con un apero a lo pobre, rumbié p'al baile, con mi acordeón bajo el poncho, y un porroncito de "giñebra", al que, de cuando en cuando, le daba un beso pa criar coraje, pues, como les decía, la noche era fieraza. Nos internamos entre

lluvia y viento por el monte. El animalito enderezó al "canal" aquel donde están los guayabos. Los árboles se sacudían de lo lindo; crujían los ramajes. El aquilón no respetaba a náides. ¡Una cosa nunca vista, era aquello! Vide una sinfinidá de árboles tiraos por el suelo. Y el peticito era conocedor de aquellos lugares; se abría camino; parecía un animal de circo; cualquier ostáculo que encontraba, daba un salto. De entre las malezas, "gurises", vide relumbrar los ojos de más de un "yaguareté". El poncho cuasi me llegaba al suelo. Tenía que arremangarlo un poco, pues apeligraba boliarme el animal. Redepente los relámpagos alumbraban tuito el monte, y se véian, por momentos, como si jueran fantasmas, los árboles con los "camuatices". Entonces cerraba yo los ojos pa no ver... Ni sé por donde me llevaba aquel animalito. Yo lo dejaba a rienda suelta nomá; lo dejaba que hiciera de vaquiano. ¡Mire que cruzamo por entre zarzas, chilcas y abrojales!... A veces me parecía que me topaba con una enredadera muy fina, y, pa eso, eran telas di arañas. Yo nunca en mi vida había visto monte tan espeso. Jueron pocos los canales que encontramos a nuestro paso. Redepente el "lobunito" dio como un tremendo salto y me cercioré que ya no trotaba más. Sentí de pronto un frío en las canillas. Había comenzado a dentrar agua po el caño de mi bota. Jué entonces, cuando arrecién me dí cuenta que taba atravesando un río, un río ancho que había salido de madre...

—¿Y los ríos tienen madre, tío Tucú? — interrogó uno de los muchachos.

—Se dice asina, m'hijito, cuando salen campo ajuera a matreriar. Güeno... ¿no ve?... ¿ande diba el cuento?... ¡Ah! otra vez se me olvidó. A ver, vos,

Paulo, decime por dónde diba yo n'el cuento... ¡Ah, sí!... No me interrumpan más; miren que los dejo sin el final.

—Diba atravesando el río... ¿No jue ansina que nos dijo? — contestó el solicitado.

—¡Ah, sí!... Tenés razón. Diba atravesando el río. ¡Qué río! ¡Santo Dios! no se véian oriyas nenguna! ¡Era un río anchísimo! Yo taba hecho una sopa; tuito empapao. El agua que cáia sobre mi poncho mojao sonaba como si juera sobre el cuero de un tambor. Y el peticito seguía nadando: nadaba lindo el "lobunito!" Güeno... Ya saben que el "lobuno" es el pelo p'al agua ¿no? A veces rezaba aquella oración a Doña Santa Bárbara, pa'que cesara el temporal. Ustedes han de saber esa oración; es muy conocida.

—La mamá de Paulo me la enseñó tío Tucú — dijo el pardito Leoncio.

—Yo tamién la sé de memoria. ¡Es más conocida que la "ruda", — agregó otro de los oyentes, casi sentenciosamente.

Y Paulo: ¡Cayensén!, ¿quieren? ¡Miren que tío Tucú se va a retobar por culpa de ustedes!

—Güeno... Como les diba diciendo, yo seguía rezando la oración a doña Santa Bárbara p'a que se apiadara de mí, y han de crer ustedes que al ratito nomás, dejó de tronar, se calmó el viento, l'agua castigaba meno y la tormenta jué aplacándose poco a poco. Tamién es muy cierto que yo tuve siempre mucha fe en los santos del cielo. De pronto me encontré con un arenal; era una playa; y en seguida nomá me topé con un yano enorme con muy poca pastura. Era un vasto campo, completamente liso, sin cerros, ni cuchillas; sin plantaciones. Pa'mí que aquello debería ser la pampa argentina tan mentada.

Y por áhi el peticito s'encontró a sus anchas; comenzó a galopiar; y al galope tendido, ni sé cuanto tiempo anduvimo po aquellas yanuras... ¡Ni un cerro! ¡Ni una cuchilla! Solo había uno que otro ombú perdido por los caminos. ¡Mire que galopiaba lindo el bicho que montaba! Y diba con las riendas cuasi sueltas. No ricuerdo si les había dicho que yebaba mi acordeón. En una de esas se me ocurrió, tocar unas piezas pa'legrar al "lobunito" que tan bien se había portao en todas esas peripecias. Le metí dedo al acordeón: asina, de paso, ensayaba las últimas polcas y valses de moda de aquellos tiempos. ¡Y han de crer ustedes que el peticito era lo más afeto a la música! Redepente daba una cuantas vueltas a la redonda; parecía que quería bailar. Toqué ni sé cuántas piezas, antes de yegar a las poblaciones. Cuasi todo mi repertorio. ¡Si vieran cómo le gustaban los compases de los valses tristes y las mazurcas querendonas!... Apenitas terminaba una pieza, había que seguir con otra porque si nó, amenazaba con pararse... Y yo seguía haciéndole el gusto; no le mezquinaba mi acordeón. De pronto divisé una luces. Eran los ranchos del "Clu-Social". La fiesta había comenzao a pesar del mal tiempo. El que habla jué recibido entre vivas y aplausos. Taban las mozas más lindas que uno pueda imaginarse. De tuitos los pagos habían cáido gente y eso que la noche era fieraza como les deciba. No se véian ni las manos. Taba mesmito oscura como boca'e lobo. Güeno... Antes de pasar a la sala de baile, até en el palenque a mi peticito, le hice unas caricias y al tiempo que lo tapaba con mi poncho, le decía: "ya que te has portao tan bien, te voy a comprar un lindo apero, y entonces te voy a regalar a mi ahijao. ¡Vas a ver qué bien te van a tratar! No vayas a bellaquiar; mirá

que el que va a ser tu "amito" tiene cuatro años y no es muy jinete"...

A esta altura de su relato, el narrador observó a todos los oyentes, dióse cuenta que era escuchado con atención, y luego tosió, una, dos, tres veces. Y enseguida, agregó:

—Güeno... y dentré a la sala de baile. ¡Mire que nos diversionamo en aquella fiesta! Eramo dos los acordeonistas. A veces nos turnábamos. Entonce era cuando yo "tayaba" con las mozas y había que ver cómo se me ofrecían; a cual más gustosa de bailar conmigo. Había licores y masitas de todas clases. Güeno... risuelta... ¿güe? ¿Güe? ¡Toy chochando! ¡No ven! ¡Ah! sí, sí... ¿Qué me decías, vos, Paulo? ¿Me hablaste?

—¿Güe?... Yo no dije nadita. Dende hoy toy escuchando tío Tucú, dijo el "patroncito".

—Ah, sí... Es que ya se juye la historia e'la cabeza. Ya estamo po el final. Pues, sí... Arrenciencito comenzaba a clarear. El cielo taba lechoso. La gente se había diversionado de lo lindo; pero ya era la hora de que volviéramo a nuestras casas. Algunas mozas comenzaban a bostezar; los candiles daban ya poca luz; la fiesta taba en su término. Se óia el canto e los gallos; y los "teruteros" habían levantao el vuelo. Ladraron los perros. Seguía clariando. De pronto, inesperadamente, unas cuantas parejas que habían salido a tomar el fresco, llegaron asustadas, con un julepe de mi flor, y comenzaron a llamar a unos y a otros. Tenían las caras largas, color de membrillo maduro; algunas mujeres se las tapaban, y otras delataban terror, mesmo, y señalando a uno de los palenques onde se véia un gran bulto negro, decían: ¡un lobizón! ¡un lobizón!

En seguida se amontonó la gente frente a la puerta de entrada. Aquello fue un bochinche. Algunas viejas comenzaron a santiguarse; otras hacían cruces en el aire y decían: ¡juite, lobizón maldito! ¡Juite!... En fin, aquello era un griterío, un alboroto fenomenal, difícil de relatar. Yo, apenita si pude ver en realidá un bulto negro entre aquel gauchaje alborotao, más o meno por el palenque onde dejé al "lobunito". Yo no pude ver bien qu'era a ciencia cierta; pero carculé que el animalito se había enloquecido, que quería disparar y que relinchaba de rabia. Y que, enredao en mi poncho daba vueltas y más vueltas; no se véia bien de qué se trataba. Con todo, me acerqué, puñal en mano, para rescatar algo, aunque más no juera alguna e mis garras, pero "aquello" pa mucho risultó una diversión más... El paisanaje taba con los licores en la cabeza y tal era el entrevero y el griterío, que no me jué posible allegarme al palenque pa cortar el bozal. Yo quería convencerme si aquello era en realidá un lobizón, como decían. Y vean gurises... lo que son las cosas de "Mandinga"... En cuantito vino la luz del día, el bulto se hizo humo... Y solamente encontré a mi pobre poncho llenito de tajos y agujereao por las balas!

—¡Y sería un lobizón nomá! A lo mejor se allegó a sus ranchos, tío Tucú, y se revolcó entre la manada de peticitos baguales cuando la tormenta, — corroboró Pablo, mientras los otros muchachos permanecían como mudos, estáticos, sin saber qué decir ni hacer.

—Sí, Paulo, yo siempre he calculáo que llegué montao en un lobizón al baile. Uno de esos hombres brujos, el sétimo hijo varón, que tienen pacto con "Mandinga". Dispués... como se trataba de un día viernes...

Y una vez más la misteriosa leyenda del lobizón, salía jubilosamente de los labios del tío Tucú, para seguir floreciendo a través del tiempo, en aquel ambiente campesino, tan lleno de humildad y sencillez bíblicas, y propicio a toda clase de supersticiones y aquelarres.

LAS "COMADRES VERDES"

Intempestivamente, llegó el tío Tucú a las casas y al ratito no más, como siempre, tuvo un grupo de muchachos en torno suyo. Venía en busca de provisiones y aparentaba tener mucha prisa.

Ante el pedido insistente de algunos, de que les contara un nuevo cuento, y como se hubiese negado, Pablo, el "patroncito", renovó el pedido, al tiempo que insinuaba al indio:

—Y cuente una "guayabita" aunque más no sea, si es que'stá tan apurao.

—Una "guayabita"... ¿pa qué?

—Pá divertirnos, asina pasamos el rato.

Y en seguida, alcanzándole un banco de ceibo agregó: —Tome asiento, tío Tucú.

—Gracias, Paulo; vos siempre atencioso, — contestó el indio, quien, con los dedos de su mano izquierda, se arregló las ralas guías de sus bigotes; luego, acariciándose la barbilla comenzó:

—Son ustedes tan güenitos y los apreceo tanto, que no me puedo negar. ¿Pero qué les puedo contar?... vamo a ver... No me viene nada a la memoria. ¡Ah!... ¡es cierto! Tengo algo nuevo pa divertirlos un rato! Esto que les voy a relatar me aconteció en mi rancho. Durante el verano, siempre he tenido la costumbre de hacerme una siesta dispués del almuerzo pa'descansar de las fatigas del día. Pero apenas me dentraba el sueño, me despertaba la charlatanería de una bandada de cotorras que venían a posarse todas las tardes en uno de los tantos "talas" que'staban cer-

quita'e mi rancho. Y siempre á la mesma hora, más o menos; á eso de la una de la tarde. ¡Vieran ustedes el proserío de esos bichos! Eran pior que mujeres. Pior que esas comadres que se juntan en los velorios y comienzan "a darle gusto a la sin güeso". Al prencipio, cuando recién aparecieron, yo "paraba la oreja". En ocasiones, me causaba gracia la charla de ellas; les oíra clarito decir: "¡Qué rico! ¡Qué rico beso! ¡Qué rico!", y en seguidita pasaban al "¡Tan!" "¡Tan!" "¡Tan!". "¿Quién es?" — "Perro, perro portugués... Por la otra puerta que ésta no es". Y lo repetían una sinfinidá de veces. Las cabezonas, de ojos grandótes, son más charlatanas todavía, y charlan más fuerte; aturdían gritando: "¡Qué rico!" "¡Qué rico está el maíz de Don Benito!" "¡Qué rico!" "¡Qué rico!"

Una ocasión, viendo que hacían un barullo infernal, me salí de mi rancho indinado y les grité:

—"¡Qué las parta un rayo!" Me puso furioso. ¡Y ellas batían las alas y me soltaban unas carcajadas!... ¡Mire que ráirse de mí, las condenadas!

—¡Qué se créian! ¿Acaso me véian cara de mono? ¿No, eh?...

—No sería por usté, argumentó Pablo.

—No, no era por mí, Paulo; asina lo pude comprobar, dispués, cuando presté atención, pues decían: "Qué loca, ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡qué loca! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!"... y largaban unas risotadas tan grandes que yo mesmo terminaba riyéndome. Ahura mesmo no puedo ricordarlo sin ráirme tamién.

Y la risa del tío Tucú, trajo "de tiro" la de los muchachos.

Pablo el "patroncito", dijo:

—Pero... pero, tío Tucú... ¿Y esas cotorras sal-

vajes podían ser tan inteligentes? ¿De quién aprendieron tanta prosa?

—¡Ah, m'hijito! Eso me lo había preguntao muchas veces, hasta que un día, oservando con más detención... tanto mirar ¿no?... ví una más ladina, la "directora" seguramente; era "pueblera" y se habría escapao de alguna casa donde le enseñaron tantas cosas. Si hasta cantaba "vidalitas"; no créian que les miento; es la purita verdá.

—Y las otras cantaban tamién, dijo uno de ellos.

—¡Ah!... Eso sí que nó. En cuantito comenzaba la cantora, las otras calladitas escuchaban, escuchaban... Con el tranquiar del tiempo, le saldría más de una güena desípula. ¿No, eh?... Hay que prestar mucha atención pa aprender; de esa manera se estudea.

El más pequeño interrogó.

—¿Y no decían?... ¿Te gusta la papa?

—Y dirían tal vez... ¿No les dije que aquello era un comadreo vivo? Prosiaban de todo, gurises, era un entrevero de voces cuando charlaban todas a la vez, que ni se entendían ellas mesmas... Al prencipio, me entretenían; pero como aquello era cosa de toditos los días, llegó a cansarme. Y me venían a jeringar justito a la hora de la siesta. Ya fastidao, resolví darles un castigo, asina no vendrían a incomodar a los vecinos.

A veces las espantaba con mi poncho o con un cojinillo y en seguida levantaban vuelo; pero en cuantito yo "pegaba los ojos" me despertaban otra vez con su cotorreo: "¡Qué rico! ¡Qué rico! ¡Qué rico es el maíz de Don Benito!... ¡Qué rico! ¡Qué rico!" Y se réian a más no poder; aquello era un chismerío de cosas que a mí no me importaban. ¡Ah!... ¿si? — me dije un día, — me las van a pagar de lo lindo esas horitas

que me han robao de sueño. ¿Saben lo que hice, gurises?

—¿Qué hizo, tío Tucú? — dijo Pablo.

—Pues... muy tempranito, al otro día agarré "pega pega" y unté todas las ramas del árbol; asina quedarían pegadas y las cazaría fácilmente pa'hacerme un buen guiso con ellas.

Los muchachos festejaron la ocurrencia y uno preguntó:

—¿Y las cotorritas se comen, tío Tucú?

—Ansina dicen... ¡Yo nunca las he probao!

Güeno, como les diba contando, llegó la hora de la siesta, ¿no? y como todos los días la bandada se posaba en el "talita" frente a mi rancho, yo las espiaba desde mi catre. Eran una sinfinidá, una montonera; ni pude contarlas, porque no sé, nunca juí a la escuela...

Y nuevamente comenzaron con su "pororó", seguían atormentándome con su charla. Entonces resolví cargar bien mi escopeta con un cartucho, y de paso que me vengaba de las cargosas, le hacía un favor al pobre chacarero, "Don Benito". Asina no le robarían el máis de su chacra que tantos sudores le habría costao plantarlo, ¿no, eh?... Güeno... como les dije, cargué la escopeta, apunté bien al centro de la copa del árbol, apreté el gatillo y... ¡pum! sonó el tiro.

—Y mató a toditas con seguridad — dijo Pablo.

—¡No, no m'hijito; que diba a matarlas!; no maté a ninguna. Fijensen lo que aconteció: Risulta que me había olvidao de ponerle "munisión" al cartucho, ¿no? Pues... como taban pegadas en las ramas del "tala", en cuantito sonó el tiro, levantaron el vuelo y tuitas juntas al mesmo tiempo, hicieron tanta juerza, pero tanta juerza, que arrancaron el árbol de ráices y se lo

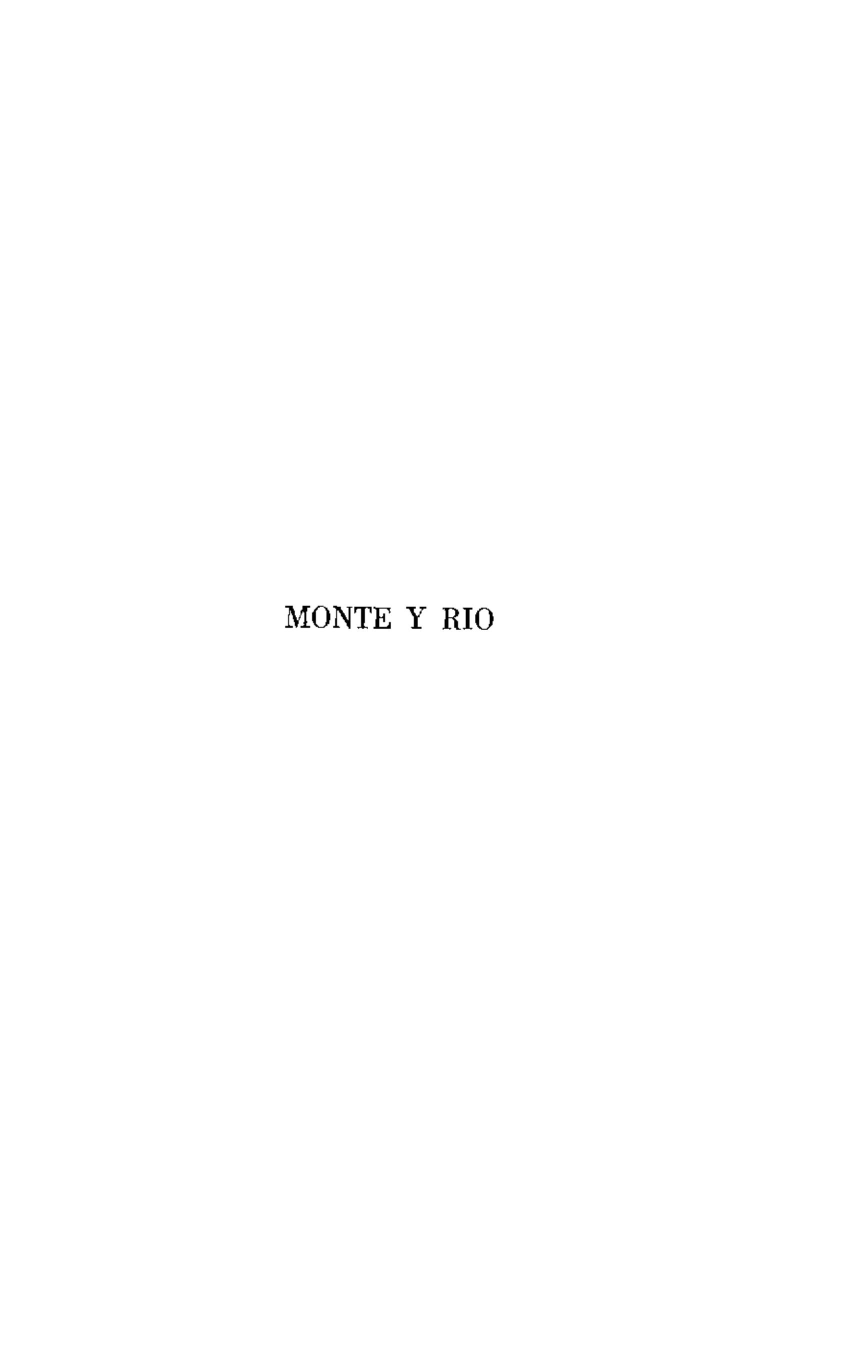
llevaron lejos, tan lejos, que desapareció de mis ojos y no supe jamás a onde jué'a parar.

¡Vayan viendo ustedes gurises como son las cosas! Bien dicen que "la unión hace la jüerza"... "No, eh"... Güeno, m'hijitos, ya les hice el gusto... les conté un nuevo cuento, una "guayabita", como me pediste vos, Paulo.

* * *

El viejo narrador, levantándose de su asiento, se despidió de todos, y con su maleta al hombro llena de provisiones, siguió por el angosto caminito rumbo a su morada en el corazón del monte. Todos lo vieron alejarse, perderse, hundirse entre las sombras de la tarde que agonizaba.

Entretanto, en la mente de los muchachos, como una visión, quedó por largo tiempo, flotando, aquel árbol arrancado "de ráiz" por las "comadres verdes" y el justificado dicho: "La unión hace la fuerza".



MONTE Y RIO

MONTE

Era domingo. Pasaba ya el medio día. El sol cruzaba el cenit. La tarde era luminosa. Apretaba el calor. Las sombras proyectadas en el piso por algunos árboles de las casas y los postes cercanos, hacían de reloj de sol: marcaban las horas. El personal de la estancia, desde muy temprano "alzó el vuelo". Domingo. Descanso para todos. Unos se fueron al pueblo cercano, distante un "tironcito": diez leguas. Otros se marcharon a fiestas o compromisos familiares; algún bautismo, cumpleaños, y los más, retribuyendo visitas de buena vecindad. Los hombres, el personal de aquella estancia grande, "peones", "agregados" casi todos, se fueron a la "pulpería" próxima donde siempre realizaban grandes jugadas de "taba" y partidas de naipes al "truco"; allí se "ataban" carreras, improvisadas muchas de ellas con los mismos "fletes" que montaban.

Mucho antes del medio día, el tío Tucú se había llevado a Pablo, autorizado por su madre, a pasar el día con él en el monte. Estarían de pesquerías. Llevaron provisiones de todas clases. Pablo iba lleno de ilusiones; estaría "a sus anchas" como vulgarmente se dice.

Además sentía un cariño entrañable por el viejo narrador, de quien aprendía muchas "cosas" porque era como un libro abierto de recuerdos e historias vivas del pago.

El río estaba sereno, luminoso, henchido de plata. La luz solar producía intensas reverberaciones, aun en medio del boscaje. Aquella mansa corriente, apenas

si movía blandamente los verdes y flotantes camalotes, los cuales hacían ostentación de sus alargados tirsos florecidos de un azul tierno. La umbrosidad de la flora se hacía cómplice del paisaje, acentuando su colorido en el espejo de las aguas. Saltaban las "mojarras" de trecho en trecho a sus trapecios invisibles. Como una flecha, cruzó el "Martín Pescador" de esmaltado plumaje, hundiendo su largo pico a flor de corriente para atrapar un pececillo. Un churrinche, — pajarito de fuego diminuto, que, cuando se posa sobre una rama verde parece una flor de ceibo — cruzó el espacio, cantando su pena, y se perdió en las alturas como una llamita roja. Al llegar a la orilla del río, Pablo y el indio, con todos sus preparativos, acamparon en el pequeño "puerto" a la fresca sombra de los guayabos florecidos. En ellos estaban libando las abejas del monte. Se oía ese rumor continuo, de "rum rum", cerca de las "lechiguanas", no faltando algún lagarto goloso que los chicoteara con su cola para lamer después su miel. Todo se ensordecía ante el zumbido imprevisto de varios "mangangaes". Al sentir pasos de gente, una pareja de carpinchos, se tiró al agua a poca distancia. "Ñacurutúes" de orejas, escondidos entre los "blanquillos" imitaban el canto de algunos pájaros para atraerlos y luego devorarlos.

La morada del tío Tucú quedaba no más de una cuadra del lugar elegido para acampar.

De inmediato, en una vara, ensartaron el "asado de tira". Hicieron fuego, llenaron la caldera con agua clara del río y después, al rato, comenzaron a tomar mate. De pronto, el tío Tucú, mostrándole a Pablo dos grandes árboles cercanos, le dijo:

—¿Ves esos dos paraísos? El más grande lo planté cuando murió tu agüelito, don Serapio Souza, hace de

esto más de cuarenta años; y ese más chico, el de al lao, cuando murió tu "tata"... jué en recuerdo de ellos. Juimos como hermanos. Yo miro esos árboles y me parece ver a ellos. Bajo su sombra vengo seguido a descansar. Tanto tu "tata" como tu agüelito, me cobijaron en sus alas, me protegieron dispués que me vine barranca abajo.

Pablo miró con religiosidad aquellos paraísos e impresionado por las palabras del indio, sintió cómo se le desprendían algunas lágrimas. De pronto dijo:

—Asina, "tío Tucú", que aquel árbol más grande es agüelito, y, el chico, es mi "tata"?

—Algo de "eso", quieren decir.

Al rato, Pablo exclamó ahogando un sollozo:

—¡Tata viejo!... ¡Ta...tita!

RIO

Y, entre mate y mate, dialogaron sobre muchas cosas. Mientras tanto, el asado se fue dorando. Estaban a unos metros de la costa del río. El tío Tucú de un bolsillo extrajo varios anzuelos. Eligió de los más chicos el más conveniente. Con una vara de "sauce mimbre" y una hebra de hilo grueso de coser, hizo un "mojarrero", para obtener "carnada". Con unas migajas de pan cebó el lugar. Luego le dijo a Pablo:

—Antes de almorzar, vamos a sacar unas "mojarras" o "dientudos" pa las "líneas". Las "tarariras" y los "doraos", son golosos por esa carnada. Lástima no tener unos "sapitos".

—¿Y a mí no me deja pescar, tío Tucú?

—¿Y pa quién va a ser este "mojarrero" si no pa vos? Pa ser pescador, como en todo oficio, hay que empezar primero por lo más chico.

Pablo saltaba de gozo. Una vez preparado el "mojarrero", el indio habló:

—Tomá, estáte atento a la boyita. No te distraigás. En cuantito se hunda, dá el tirón a tiempo. Tené cuidao, te advierto, no te vayas a resbalar y 'cáirte al agua... Mirá que no se hace pie. Mientras tanto, viá preparar el almuerzo.

Pablo corrió a la orilla, con su "varita" y recordando las instrucciones, no tardó mucho tiempo en regresar al mismo lugar gritando todo novelero con la primera "mojarra" ensartada en la punta del anzuelo.

—Güeno, m'hijo... áhura saque el "pescadito" y pongalé una lumbriz de carnada al anzuelo.

De tiempo en tiempo, se oía la voz de Pablo, en el monte, con el temblor de su eco:

—¡Otra, tío Tucú!... ¡otraaa!... ¡ootraaa!... y así hasta juntar un buen número de ellas.

Luego fue llamado.

—Vení... vamo a almorzar. Ya'stá pronto el asao, vamo a comerlo a tiempo.

La comida fue sencilla. Primero unos fiambres, luego abundante carne asada, que era introducida en un plato colmado de fariña con la punta de sus cuchillos, para ser saboreada y comida con fruición criolla.

Terminaron el almuerzo, con tajadas de queso y dulce de guayaba, y en seguida quedaron listos, dispuestos a proseguir la pesca.

Pablo, que empezó una nueva "cebadura" de yerba, el primer mate se lo alcanzó al indio diciéndole:

—Está arrecién empezao, como pa usté, tío Tucú, sirvasé.

—Gracias Paulo, vos siempre atencioso. Debe de estar sabroso cebao por tus manos. Ahura voy a tirar las "líneas", y, en mientras, tráite la caldera, asina "amarguiamos" juntos. Unos mates no vienen mal, dispués de la comida. ¡Asientan bien!

Luego colocó hábilmente un "dientudito" en el anzuelo del "aparejo", hizo una madeja en forma de "ocho" con la piola entre los dedos meñique y pulgar de su mano izquierda, revoleó por breves momentos la parte que contenía "la plomada" y arrojó al río la "línea", que era sostenida con su mano izquierda. Sentado en cuclillas quedó a la espera de que los peces "picaran". Durante este tiempo, Pablo oficiaba de "cebador" de mate. El indio estaba atento. Conocía muy bien el río, el paraje, la clase de pesca y al mismo tiempo, esto era para su vivir sedentario un pasatiem-



po provechoso. Muchas veces obtenía del río grandes y hermosas "tarariras", "dorados", "bogas", "anguilas", "bagres" y otras clases de peces, que llevaba a las casas en obsequio a las atenciones que recibía diariamente. De pronto, el viejo extrajo una tabaquera de goma de su bolsillo y le dijo a su compañero:

—Mirá... hacé el favor de armarme un "chala", ¿querés Paulo? Y decime... ¿vos, nunca has "pitao"?

—A veces "pito" a escondidas con alguno de los "piones" cuando me convidan. No se lo vaya a decir a mama ¡por favor!

—¿Y vos, qué te "crés"?... Yo tamién juí "gurí" como vos. A tu edá yo era un gran "pitador". Es un vicio que no ofende a naides. ¡Claro!... si los "mocosos" fuman ante los mayores, es una falta de rispeto.

Mientras esto, Pablo, había liado el cigarro y hasta le puso el anillo con una fibra de la propia chala, para que quedara bien armado. Comidióse para hacerle fuego con el "yesquero". A los dos o a los tres golpes del eslabón sobre el pedernal consiguió su objeto. Sopló la mecha. Luego se la entregó.

El indio le dijo:

—Güe... ¿y no armás uno pa vos?

—¿Y... puedo fumar delante de Vd?...

—¡Sí!... te doy permiso.

Apenas terminado este diálogo, el viejo dio un brusco tirón al aparejo que mantenía en la mano izquierda, y, al mismo tiempo que recogía con toda agilidad la piola, dijo:

—¡Esto 'stá lindo! ¡Viene coleteando! ¡Debe ser un "dorao"!

Pablo daba grandes saltos con muestra de incontenible alegría.

Efectivamente. Recogido el aparejo, el tío Tucú comprobó que no se había equivocado. Era un "dorado"; hermosa especie de nuestros ríos, de carne deliciosa y de presencia aurífera.

El pez quedó coleteando en la desesperación de una asfixia lenta, mostrando el encendido rubí de sus agallas entre los pastos, bajo la fresca sombra de los guayabos.

Entre tanto, Pablo seguía "mojarreando".

De nuevo el indio arrojó al río su "aparejo".

Ambos quedaron largo tiempo silenciosos en actitud de espera. Pablo, aguardando que la "boyita" se sumergiera; y, el indio, esperando ese tironcito anunciador, que, a manera de telegrama, llega a los dedos índice y pulgar por el cable de la "piola", desde la profundidad de las aguas.

COMO "CLAVEL DEL AIRE"

El río rumoroso. Una leve brisa desmelenaba los sauces de la vecina orilla. Cada cual continuaba con su pesca. Estaban taciturnos.

De pronto, a Pablo, con esa dulce ingenuidad peculiar del muchacho de campo, se le ocurrió preguntar al viejo:

—Y usté... ¿nunca tuvo novia, tío Tucú?

El indio quedó como si lo hubieran "parao en seco". Lo miró un buen rato, sonrió, y luego contestó:

—¡Y claro que tuve! ¡Y qué novia!

—¿Era linda?

—¡Lindasa!... ¡como una flor!

—¿Era güena?...

—Güena... "¡Como la malva!"

—¿Era rica?

—Era rica porque era linda y güena, Paulo. Con eso me bastaba. Además su "tata", tenía varias suertes de campo bien pobladas, tenía, como dicen, el "riñón bien forrao".

—¿Y cómo se llamaba?

—Su nombre era... ¡ay!... (Suspiró el viejo). ¡Qué güena!... ¡y qué linda era mi novia!

—¿Y por qué no se casó con ella?

—Si no nos casamos, no jué por culpa de nosotro, ni por falta de cariño. La culpa la tuvo el destino, Paulo; ya'staba escrito que no tenía que suceder.

Mirá... no quiero ricordar esas cosas. El ricuerdo trái de "tiro" a la memoria una sinfinidá de cosas que se pueden comparar... ¿sabés?... con esas flo-

res tan vistosas del monte, con los "claveles del aire", que tienen color y perfume tan lindos, pero cuando los tocás, te pinchan sus hojas hasta hacerte sangrar. Asina, Paulo, son los ricuerdos de mis amores...

—¿Pero... por qué no se casó con ella, tío Tucú? Si era linda, güena, y de "yapa", rica?

—Mirá, Paulo... vos sos un "charabón" entoavía, 'stás en la edad que todo lo quiere saber. Los secretos di amores di este pobre indio viejo, náides los sabrá por su boca; los llevará a la tumba. Y dispués... ¿pá qué hablar de cosas viejas y tristes, que a lo mejor a vos te van a causar risa?

—¡Valiente!... Por qué me viá réir de usté, tío Tucú. Si se lo pregunto es pa saber de su vida di antes, de cuando era mozo. Usté bien sabe cuánto lo apreceo...

—¿Con que querés saber algo de mi vida, de cuando yo era mozo? ¡Cuando yo era mozo! Mirá, áhura soy una sombra de lo que juí. Soy un "escracho". ¡Si vos me hubieras conocido en mis güenos tiempos! ¡Hoy soy uno de los tantos "agregaos"!... Un viejo, achacoso, que apenitas si tiene juerzas pa llevar un cigarro a la boca. Y vos, Paulo, te interesás por la vida de este pobre viejo que el día menos pensao "clavará la guampa" como todos, y se irá pá siempre d'este mundo sin que naides se acuerde d'él. Sos güeno y cariñoso como tu "tata" y como tu "agüelito"; no me cansaré de ricordarlos; los conocí y traté como a hermanos... ¿Con que querés saber "algo" de mi vida de mozo, de mis amores?...

—Sí, cuéntemé... ¿por qué se pelió con ella?

—Yo nunca me pelié con mi novia. Ella siempre jué güena conmigo. La culpa no jué d'ella.

—¿Y de quién jué, pues?

—No jué de ella, te repito; la culpa la tuvo el destino.

—¿Y por qué no lo dejaron casarse? — insistió.

—¡Ya me atoraste!... ¿no digo?... ¡Pucha que sos curioso, mesmo! No me dejaron casar porque... mirá... vamo a dejar pa otro día... la historia es muy larga y triste pa contarla, y menos a un "gurí".

—Yo no soy un "gurí" como los demás, tío Tucú. Cuentemé, no sea malo. Le prometo no decir nada a naides. Puede confiarme su secreto.

—Y.. güeno... tenés razón; voy 'hacer un distingo con vos. ¡Te quiero tanto, Paulo! En ocasiones me hago la ilusión que sos algo mío; me hallo tan a gusto cuando te tengo a mi lao!... Sos un gurí, es cierto; pero no sos como los otros; por tus maneras, tus acciones, sos todo un hombre, ya te tengo "calao". Por eso te voy a abrir mi corazón, como si estuviera frente a Don Serapio, tu agüelito, con el que nunca tuve secretos de ninguna clase.

No creas que vas a oír uno de esos cuentos o historias con que tantas veces los he entretenido. ¡No! Vas a oír una historia simple, boba, si querés... una historia que a través de los años se ha tornao como una ilusión, un sueño dulce... sólo jueron caprichos de un gaucho raro... un gaucho que quiso mucho a su "prienda", y que ante un revés de su fortuna, le cuerpió al amor, y jué, si querés, hasta un cobarde... Ese gaucho tuvo dos pasiones en su vida, Paulo: su novia, y los caballos de carreras. Esto último, jué su perdición.

—¿Y cuente por qué se pelió con la novia?

—¿Y no te dije arrecién que yo nunca me pelié con ella?... Güeno... te voy hacer un cuento, una historia de amores, ¿querés?

—¡No! ¡no! Cuentemé la suya, no la de otro.

—Y güeno... te la voy a contar. Comienzo. Hacé de cuenta que existió un gaucho que se llamaba Dionisio. Grabá bien, el nombre: Dionisio.

—Dionisio, era usté de mozo.

—No sé. Yo soy pa todo el mundo el tío Tucú. Y güeno... emprensipio de nuevo. Dionisio jué un criollo... muy querido en todo el pago; servicial como pocos.

Tenía una sinfinidá de güenas cualidades. Jué "cantor" y "guitarrero"; jué además un gran enamorao, lo que se dice un "picaflor". Nunca se "acollaró" en serio con naides. No conoció padre ni madre. Vino de chico a una estancia, lo habían "regalao" cuando tenía cinco años! Ahí se quedó, lo criaron a la par de los hijos de los patrones que dispués jueron sus padrinos. De hombre, el "pago" lo quería por lo servicial y rispetuoso. Dionisio sabía hacer de todo. Era un gran "campero". No le sacaba el cuerpo a ningún trabajo. Trabajaba a la par que un peón, pero ocupaba un sitio en la mesa de los dueños de casa. Le gustaba la música. "Tocaba" la guitarra y el acordeón. Solía componer algunas décimas, era medio "pueta".

—Pero... ¿y la novia?

—Mirá, Paulo... no te apurés tanto... ya te enterarás de todo... güeno, risulta... ¡callate!... ta "picando" otra vez... esperá... ¡"pucha"! los pescaos estos, tarán durmiendo bajo el agua!... ¡no quieren tragar el anzuelo!

—Pero diga que jué de la novia de Dionisio, cuente esa historia de amor...

Y güeno... ya la había empezao... taba... ¡Ah, sí! Taba en que Dionisio se hizo un hombre y ganó mucha plata en güenos negocios. Vendió su tropilla,

vendió sus vaquitas y guardó unos pesos. Un güen día le dio por hacerse "compositor" de caballos de carreras.

Jué al prencipio un negocio "redondo" pa él. El Dionisio "ese" ganó mucha plata con sus caballos. Le dieron fama en tuito el pago. ¡Había que verlo a Dionisio montado en su "pingo"!, sobre todo en su "tostao". Un güen día en una carrera conoció a una moza muy linda, hija de un estanciero. Dionisio, entró en en relaciones, visitaba la casa de sus padres todos los domingos. La pareja taba toda ilusionada. Querían casarse.

Dionisio se apersonó a sus padres, para fijar un plazo para el casorio.

La contestación jué que no entregarían a su hija a un hombre que tenía semejante pasión por los caballos, por el juego de las carreras. Decian que "eso" era la perdición de muchos hombres. Si un día ganan mucho, al otro día pierden todo, y una sinfinidá de cosas por el estilo. Entonces Dionisio, cuasi hizo una barbaridá. Era ligero de genio. "Peló" el puñal, y si no se pone en el medio la novia, cuasi que mata al padre. Antes de retirarse de la casa, ella, al despedirse le juró que nunca "trataría a otro hombre" y que no se casaría con naides. El tamién juró lo mesmo. Y nunca jamás se volvieron a ver.

—Y dispués...

—Y dispués, vino una regolución. Dionisio sirvió a su "partido". Estuvo en varias batayas; quería a toda juerza hacerse matar y no había forma que le dentrara una bala en el cuerpo. Y eso que se sacudió de lo lindo en los entreveros más fieros. Vino dispués la paz y cada cual volvió a sus casas. Dionisio no pudo olvidar a su novia. Un amigo lo protegió y quiso

hacerlo cambiar de vida. Pero ya era tarde; andaba en la mala. Tuvo un percance en un "aparte de ganao", lo descalabraron todo, y cuasi que pierde la vida. Quedó dispués hecho una "triste figura"...

—¿Y los novios? ¿Nunca más se vieron?

—¡Nunca!

—¿Y cómo se llamaba ella?

—Basilisa.

—¿Y Dionisio, es usté?

—El mesmo... ese Dionisio de la historia... es el tío Tucú, el que te habla.

De pronto, al indio le brillaron los ojos, contuvo dos lágrimas, y de su pecho se escapó un suspiro maduro, profundo, largo... que fue a perderse en la anchura del río.

GUAMPAS CRIOLLAS

—¡Pucha!... no ves, vos... con la maldita charla — dijo el tío Tucú a Pablo — los "pescaos" se han juído. A lo mejor se ha enganchao el "aparejo" en alguna ramita del fondo, y me robaron la carnada. Vamo a ver.

El viejo recogió el "aparejo" y efectivamente pudo comprobar que un pez le había llevado la carnada; le jugó una mala pasada.

Pablo, al mismo tiempo que le alcanzó una "mojarra" para ponérsela al anzuelo, le dijo:

—¿Me deja tenerlo dispués que lo tire al río, tío Tucú? Asina me hago pescador como usté. Puede que yo tenga más suerte. A lo mejor me saco una "tararira" y se la relagamo a mama que le gustan tanto.

—Ya lo había pensao. Siempre que pesco algo, me acuerdo d'ella. Ahura es güen tiempo, abundan. Todo es cuestión de suerte. A veces el pescao es muy "mañero", chupa la carnada y no traga el anzuelo por nada. Nos deja, como dicen, "afeitao y sin visita".

El indio revolió nuevamente el "aparejo" y arrojó al río toda la "piola"; luego se lo alcanzó a Pablo, quien en cuclillas, lo recibió gozoso, teniendo en ese instante, las trazas de buen pescador; esa calma o pachorra, tan característica, necesaria para esa lidia. Todo es tener paciencia, conocer el lugar, y saber esperar. El éxtasis se adueña del pescador haciendo más dulce la soledad y el silencio.

De tiempo en tiempo, ambos platicaron largamente sobre las distintas clases de pesca. El indio instruía

con todo lujo de detalles, todo lo que sabía al respecto, fruto de su larga experiencia.

Pablo, queriendo tomar de nuevo el hilo de la conversación, que había tenido hacía un rato, sobre el accidente ocurrido en una lidia de campo, interrogó al viejo:

—¿Y cómo jué que lo estropearon? Cuente cómo quedó rengo.

—¡Ah!... eso es otra historia larga...

—¿Y no dijo usté, que había quedao asina en un aparte de ganao? Cuente como jué.

—Güeno, te viá hacer el gusto. Yo no quiero que inores nada de mi vida. Quiero que lo sepas tuito... asina el día que me muera dirás: "tío Tucú no tuvo secretos pa'mí".

—¿Y cómo jué la cosa?... cuente pues.

—La cosa jué asina. Tu agüelito, Don Serapio Souza, había comprao un torito muy fino en el remate de una feria. Creo que lo pagó más de lo que valía; tuito por capricho nomá; pa'que naides le "matara" la oferta.

—¿Y cuánto pagó por el toro?

—Creo, si mal no ricuerdo, que pagó unos cinco mil pesos.

—¡Cinco mil pesos!... ¡qué robo!... ¿no?

—Robo parece pa'nosotro que no entendemos, Paulo. Pero aquel día que él se hizo dueño, el día del remate, había que ver cómo lo felicitaban. Era la envidia de los "hacendados" por la compra que había hecho. Yo juí con él al pueblo y lo acompañé en tuito. Eramos con tu agüelo "uña y carne".

—¿Y de qué raza dijo que era el torito?

—Era un "Duran" legítimo, de pura sangre. Un

dotor de animales, nos mostró unos papeles, que asigún tu agüelito, probaban el "pèdigree".

—Asigún he óido contar mi agüelito no se avenía con el "refinamiento".

—Es cierto. El no quería saber nada más que de ganao criollo, no quería "menjunjes", entreveros. Hasta en las tropillas de cabayos le gustaba mantener los pelos criollos, era un hombre apegao a las cosas de nuestra tierra. Decía: "Todo lo gringo, es pura vista no má. Yo les hago probar "un asao con cuero" di una vaquillona criolla y verán lo que es carne jugosa...; en cambio la otra, la "raza gringa", tiene muy güen peso p'al negocio; pero una carne insulsa y purita grasa". Y yo creo que debía ser asina. El tenía mucha experencia como ganadero. En cambio, tu "tata", Paulo, muchas veces afirmaba lo contrario; no andaban di acuerdo.

No sé si era por llevarle la contra, o porque era más ilustrao, o, ¡qué sé yo!, pero la cosa es que dispués de la muerte de Don Serapio, jué cambiando muchas cosas en la estancia. Tanto dir al pueblo, tantas rilaciones po allá, que al final jué metiendo ideas nuevas a la gente, convenció a tus tíos, y ya ves vos: hoy esta estancia, comparada a la di'antes, "es como del día a la noche". Güeno... ¿qué te diba a contar?... ¿no ve?... ya se me olvidó... ¡no digo!

—Güe... usté, diba a contar como en un "aparte" usté quedó estropeao. A más habló de la compra de un torito fino por "agüelito".

—¡Ah!... ¡es cierto! ¡Es que se me juyen las ideas de la cabeza. ¡Tamién, Paulo, el día que vos llegués a mis años!

—Y cuente... tío Tucú... ¿qué jué de "ese" torito fino que agüelito remató?

—Y pa ese lao voy rumbiando m'hijo. Güeno... risulta que lo trujeron pa'la estancia ¿no? Por cierto que dio bastante trabajo.

Se le hizo un galpón con una cama especial. Muy comodón, el señor torito; lo cuidaban, como si juera una dama de la ciudá.

—¿Y cuántos años tenía?

—Tendría unos tres años, ma o menos.

—¡Ah! se me olvidaba decirte, que era un "reservao".

—¿Asina que tuito el ganao "Duran" que tenemos, es de la cría de ese torito?

—¡No! Ya te viá contar tuito, esperá un momentito... Lo que te quiero contar, es pa'que conozcas al mesmo tiempo una acción de "criollo de ley" de tu agüelo. Tu "tata", sería en ese tiempo un "gurí" que regularía con tu edá.

—¿Y qué jué del torito, qué le pasó?

—Y cuando lo trujeron a la estancia, te lo figurarás, lo novelería que armó. Nosotro todos acostumbraos a que los animales estuvieran a campo y a monte... ¿no? ¡Ver aquel bicho que lo cuidaban como si juera una niña!

Trujeron hasta un pión especial pa'el.

Yo le dije a tu agüelo: —"este bicho, no va a durar mucho entre esa torada "cimarrona", y así jué...

—¿Y qué pasó, tío Tucú?, ¡cuente di una vez!

—¿Tas muy apurao?...

—¿Y no le pusieron vacas pa'que las "sirviera"?

—¡A eso voy! Güeno... eligieron unas cuantas vaquilonas, unas veinte má o menos, y lo llevaron al "potrero" cerca'el monte. Cuando el pión soltó al torito y le sacó el bozal, el animal, al sentirse libre comenzó a pasearse muy orondo en un trecho corto. Al

ver a las vaquillonas soltó un ronco "balido" * que les llamó la atención. Tuitas se vinieron muy noveleras cerca de él, y entre ellas, tal vez se dirían: ¡qué bonito el torito y qué coqueto!

Al prencipio él no les dio mucho corte; quería hacerse el interesante. Seguía paseándose. Cuando caminaba movía los cuartos a cada paso, se balanceaba, parecía que quería decir: "Aquí'stoy yo".

Entonces los piones, arriaron las vacas pa'donde él estaba. Uno de ellos exclamó: —"Este torito parece "marica".

Y otro agregó: —"¿Y qué quieren hacerle, si es pura grasa?"

Entonces, una vaquillona, más atrevida se le arrecostó bien, le refregó la cola por las narices y retozando, se jué con sus compañeras. Dispués vino otra imitándola, hizo la mesma cosa.

Aquello al torito le gustó, porque en seguida se jué en dirección al grupo, caminando con aquel pasito "de gran señorito". Pa mí que las vaquitas se combinaron y lo querían farrear al torito compadrón.

—¿Pero... y... era toro? — dijo Pablo.

—¡Y claro!... ¡y qué "compañeros" que tenía!

—Pablo, mostró una sonrisa ancha llena de candor.

—Y la cosa no paró áhi. En cuantito se jué poniendo "alzao"... (¡Ah!... me olvidaba de decirte, que del otro lao del alambrao taban bombiando "tuito", un torito negro criollo, y varias vacas).

—¿Y qué paso?... ¡diga pues, di una vez!

—Y pasó lo que tenía que pasar... El torito fino "sirvió" a una vaquita. Pero a la segunda, cuando

* Nuestro paisano siempre emplea la palabra "balido" y nunca mujido.

quiso "repetir el plato", cuando se había "trepao", el torito negro rompió de una embestida tuito el alambrao de púa y bufando lo atropelló y le dio semejante cornada por el cuadril que casi lo revolcó por el suelo. El "Duran" "se sintió" porque pegó tremendo "balido". Y áhi no más se trenzaron. Nosotro, lo quisimos apartar y hasta aprontamo "los lazos"; pero tu agüelo que había presenciao todo y que era un criollo "machazo", gritó:

—¡Dejen que se atraquen no más! ¡Me juego tuita la plata del cinto a mano del torito criollo! Y naides "agarró" la apuesta... ¡claro!, si tuitos éramos criollos?...

—¿Y quién pudo más?... dijo Pablo.

—Y ya vas a ver. Siguieron atracándose, no má. Sonaban las calaberas y las "guampas", como si tal cosa. Nos retiramos un poco, y los dejamos que se pelearan. Las vacas "balaban" desesperadas, parecían pedir auxilio... tenían lástima del torito lindo.

Tu agüelo con tal de ver la pelea, ni se acordaba de que le había costao "cinco mil pesos". El torito criollo de entrada le dio un "guampazo" en un ojo al "Duran" que lo dejó tuerto. Con esto. el torito negro le llevaba ventaja ya, ¿no?... Además, era mucho más liviano. Le cuerpeaba de lo lindo. ¡Vieras vos, Paulo, qué pelea! Al final todos tábamos entusiasmaos. Total, pa tu agüelo, perder "cinco mil pesos", era como sacarle un pelo a una liebre. Te debo alvertir una cosa: el torito negro tenía flor de guampas. Tuitos los días las afilaba en "la ladera". Un día nos dio un trabajo bárbaro pa'sacarlo del monte y llevarlo al potrero, de las vaquillonas. Güeno... como te diba contando, el "Duran" no aflojaba tampoco. ¡Era pesadote pa moverse!... Esperaba siempre la

embestida, y a cada encontrón levantaba dispués la cabeza pa'ver si lo ensartaba con las guampas por las quijadas. Era "el juego" del "Duran". El torito criollo "lo trabajaba" di'abajo. A cada topada, al sonar los cráneos, corría las guampas pa'el pescuezo. En una d'esas aprovechó la ventaja del ojo ciego y en un encontrón, se le jué por el lao del ojo tuerto, y le clavó una de las guampas, hasta el tronco, en el "degolladero" y comenzó a'redamar sangre. Y ya empezó a'aflojar. Jué reculando unos pasos pa'atrás, se quedó quieto, como azonzao. Al rato no má, levantó la cabeza, largó un "balido" acompañao de espuma y sangre; dobló una pata delantera, luego la otra, y se desplomó en tierra. Y en mientras tanto, el torito criollo seguía como ciego embistiendoló. Jué, entonces, cuando se me acercó tu agüelito y me dijo:

—¡Linda pelea!

—¡Linda! — contesté.

—¡Me gustaba de corazón el torito criollo!

—A'mí tamién. ¡Lástima "los cinco mil pesos"!

—Más se perdió cuando el dilivio — me dijo, muy fresco, tu agüelito.

Güeno... y "la cosa" no paró áhi, Paulo. Ahura viene lo otro. El torito criollo, quedó furioso, como enloquecido. ¡Miren que estos bichos cuando se enfurecen naides los aguanta! En vista que la pelea había terminao, aprontaron los lazos pa llevar al torito negro, y encerrarlo en la "manguera" por orden de tu agüelito. Y vieras vos, al loco "ese", le dio por traernos la carga. Ya lo habíamo enlazao y no se le revienta el lazo en lo mejor, a uno de los piones. Yo que taba prosiando con tu agüelo y que arrecién me había abajao del cabayo, entonces, me agarró desprevenido,

me levantó por los "cuadriles" y me dejó sin conocimiento en tierra. Ahí me rodiaron y me llevaron pa'las casas.

Estuve entre la vida y la muerte. Hasta que un dotor venido expresamente del pueblo, llamao por tu agüelito, me curó al fin. Y dende ese día, quedé asina, tuito "descuajaringao" como lo ves, con esta "triste estampa", Paulo.

—¿Y qué hicieron con el torito "Duran"?

—Al toro "ese" lo "cueriaron". Tal vez dispués lo habrán comido los cuervos, los zorros, o los caranchos.

—¿Y qué jué del torito negro, tío Tucú?

—Lo llevaron a la "manguera" como había ordenao tu agüelito, ¿no?, y al otro día lo encontraron muerto, se había suicidao contra el corral de piedra. ¡Si sería bravo!... ¡locazo el torito negro!

Hubo un silencio acogedor.

Suspiró el indio. Pablo puso fin a sus preguntas, no dijo una palabra más.

— Y áhura que sabés toda mi triste historia... ¿Pa'onde querés que yo juera? Yo que juí tan presumido de mozo, tan "picaflor", cómo diba a presentarme ante Basilisa, con esta "triste figura", ¿no, eh?...

Y el corazón del indio quedó entre el río y el monte, como una dolida flor recién abierta, apretada por los silencios y las primeras sombras de la tarde.

SOLEDAD

Pablo, "el patroncito" y el indio viejo, habían recogido todos los avíos de pesca y el fruto de ella. La noche avanzaba cautelosamente por el monte. Dejaron el río de aguas negras y profundas. Ambos iban rumbo al rancho cercano a paso lento.

—Pero, tío Tucú... ¿y usté no siente miedo de estar tan solo en medio del monte? ¿Esta soledad no le asusta?

Al interrogado, le relampaguearon las escleróticas de entre el matorral de sus cejas.

—¡Miedo de estar solo!... ¡Yo! ¿y en el monte, decís? Pero... Paulo, si vos supieras que yo nunca estoy solo. Siempre vivo acompañao.

—Pero... ¿y usté no vive solo en su rancho?

—Sí, solo en cuanto a gente. Pero siempre estoy acompañao. Me rodean los bichos, los árboles... los pájaros... las flores...

—Pero... con "esos", no ha de prosear.

—A veces, proseo con ellos, Paulo. Ellos son mis compañeros; dentro de un ratito nomá, vas a conocer mis rilaciones; mis amigos del monte. Te vas a convencer que no preciso de la amistá de los hombres. Dende que aconteció "aquello" con el padre de Basilisa, tengo un gran disprecio por todo ser humano... menos a los "gurises", porque son de "alma blanca", son güenos y cariñosos como los bichos.

—¿Pero... y usté conversa con los bichos, tío Tucú?

—Sí... nos entendemo bastante. Mirá Paulo, dentro de un rato vas a conocer a mis amigos. Ya es hora... ta quedando medio oscuro... ¿Sentís? escuchá... stá cantando un sabiá; el último pájaro en volver a su nido. ¡El último canto del monte! Las palomas, en grandes bandadas, ya pegaron la güelta, tan arrullándose los casales en sus nidos. Los "venteveos" y "pirinchos" los bochincheros del monte tamién duermen. Dentro de un rato verás el cielo cuajao de estrellas.

—Pero yo digo, tío Tucú, ¿si Vd. no tiene miedo de estar solo en medio del monte?

—¿Pero cómo voy a tener tiempo de sentir miedo, si hay que ver cosas tan lindas?

A lo lejos se oyó el "cuáa" "cuáa", de un zorro.

—¿Sentís, Paulo? Eso es una zorra.. viene con todos sus zorritos, son cuatro, a cual más lindo. Con seguridá que han estao cerca de mi rancho, y les ha extrañao no encontrarme. La carne que traigo de "las casas" la reparto con ellos.

—¡Mire, tío Tucú!... ¡qué lagarto más grande!

—Y ese no anda nunca solo, lo acompañan varios. Son amigos míos. Siempre colecciono huevos de "perdices" y de "teruteros" pa ellos. Mientras "mateo" dispués de la siesta, se acercan y proseo con ellos. Vieras vos, lo divertido que es, tirarles güevos y verlos como se los chupan revoliando su "lengua de horqueta".

—¿Asina que usté se divierte con estos bichos?

—Cierto. ¡Cuidao!... Paulo; no pisés a esa "culebra", stá enojada! ¿Ves?... Todo el mundo le tiene miedo a las víboras, ¿no?... Pa mí, son los bichos más güenos... ¡Cuántas veces en noches de frío, que ha yelao por los campos, se allegan a mi rancho! ¡Cuántas han aparecido bajo mis "cojinillos" que

tengo de almohada! Las víboras son güenas no haciéndoles mal. Tamién, es cierto, hay que regalarles algo; algún pajarito muerto que siempre caen de los nidos, alguna "ranita" que pesco...

—¡Y usté le da de comer a las víboras!...

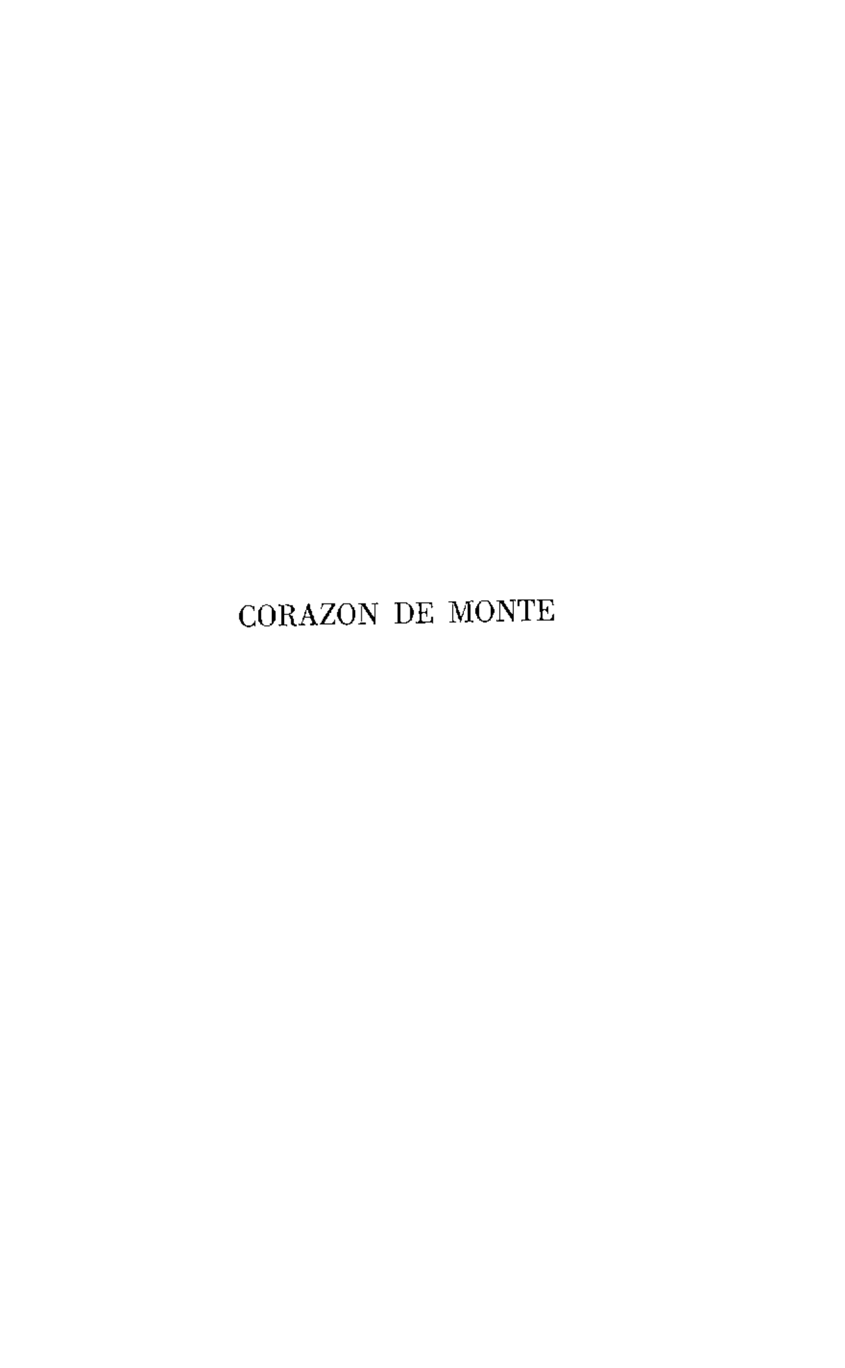
—Y claro, si les hacés bien, te lo agradecen. No tienen veneno pa'el que es güeno con ellas. La soledá — continuó — es mi gran amiga consejera. Aquí tuitos somos compañeros, nunca nos hacemos mal. La gente, los hombres tienen por dentro, mucho odio, envidia, rencor. Yo mesmo, lo reconozco, nunca pude perdonar la acción del padre de Basilisa, cuando m'echó de su casa, al no permitir los amores con su hija. Solamente cuando se es "gurí", el "almita es blanca", porque está limpia de tuito "pecao".

Por eso, yo dende hace una ponchada de años, soy amigo de tuitos los gurises, porque inoran las maldades del mundo.

Ya habían pasado "el claro" del monte. Estaban cerquita del rancho.

—¡Qué noche tan linda y tan clara! — dijo Pablo al indio.

—¡De veras! ¡Ta clarita y cuajada con mis compañeras las estrellas!



CORAZON DE MONTE

RUMBO AL RANCHO DEL TIO TUCU

Había helado toda la noche en el campo. Al otro día, al salir el sol, la escarcha poco a poco se fue "levantando". Una especie de humo comenzaba a elevarse de las hondonadas, borrando los contornos de las lomas hasta hacer desaparecer los ranchos de los "puesteros". También la "pulpería" en el recodo del camino, la comisaría cercana y el monte criollo, se fueron esfumando entre los grises y espesos cortinados de la cerrazón. Era una mañanita fría, precursora de un bello día; uno de esos días crudos de invierno, sin viento, que incitaba a montar un caballo y largarse por los caminos a galope tendido.

Algunos toros bravos encerrados en sus potreros mugían de continuo, llamando a las vacas, que respondían con sus crías desde otro rodeo, con su grave y amoroso lenguaje.

Desde muy temprano los muchachos fueron juntándose poco a poco en la amplia cocina de los peones.

Se venía el mediodía, y aún no habían conseguido el permiso para ir a visitar a su rancho al indio leñero, al tío Tucú. Ya había transcurrido tres días que no dejaba ver su silueta por el angosto caminito que conducía a las casas. También había comenzado a escasear la leña que él trozaba para el consumo diario de la estancia. El primero en llegar a la cocina fue Pablo "el patroncito", luego sus hermanos menores, que eran tres. Dos primos, hijos de una hermana de su padre que vivía desde hacía muchos años, en aquella estancia grande y con quien hacían vida en común;

al rato llegaron Leoncio, el pardito, "hijo de naides"; los hijos del capataz que tenía sus ranchos pegados a la estancia y algunos hijos de los "agregados" que nunca faltaban en aquella casa de campo, cuya hospitalidad gaucha era proverbial.

Serían una docena de "gurises" los que se juntaron en un "abrir y cerrar de ojos". Todos rodeaban a Pablo en quien reconocían a uno de los futuros patrones de aquellos ricos dominios de los Souza, y sobre todo al gestor de toda idea que se convertía en realidad, ya se tratara de juegos o de pasatiempos campesinos, propios de su edad, como efectuar "tiros de lazo" a una calavera de vaca o a un poste de alambrado; ensayarse en la barajada para saber manejar bien un cuchillo en los futuros duelos criollos; cazar pájaros con una "montecristo"; recorrer el campo en busca de los nidos de perdices para robar sus huevos escondidos entre los matorrales; hacer fuego y calentar una "marca" hecha con alambre para marcar marlos como si fueran tiempos de yerra, poniéndolos en sus respectivos potreros; jugar a los "matreros", tender guerrillas y otras tantas diversiones infantiles propias de nuestra campaña. Cuando habían cometido alguna "diablura" era Pablo quien "sacaba la cara" por ellos. El soportaba resignadamente los retos de su madre y los rezongos de las personas mayores que tenían autoridad en la estancia. Era en verdad muy querido por todos los compañeros; era respetado, y cualquier indicación suya o capricho, era cumplido de inmediato, sin refutación alguna. Como dije, fueron juntándose en la cocina de los peones, junto al calor de un gran "trasfoguero" de coronilla donde estaba la enorme reja que hacía de parrilla y la olla inmensa

de hierro de donde salía el sabroso caldo de "puchero" para todos. De pronto acertó a pasar por allí Filisbina, la madre del pardito Cleto, quien dirigiéndose a Pablo le dijo:

—¿Y entoavía no conseguiste permiso de tu mama pa dir al rancho del tío Tucú, pa averiguar qué es de su vida?

—Pero si ya se lo hemos pedido y nos ha negao. ¿Por qué no se lo pide usté? Digalé que nos vamos a portar bien. Vaya... no sea mala Filisbina, usté sabe que mama nunca le niega nada.

—Güeno... te voy a hacer el gusto por tratarse de vos, Paulo. Pero vamo a ver si te vas a acordar cuando seas rico, de esta pobre negra vieja que tantas veces te ha limpiao el traste de chico, y que siempre te ha hecho los gustos.

Y la buena parda, que era "el crédito" de las casas, marchó, con su paso de pata vieja, hamacándose, en busca de la madre de Pablo para conseguir el permiso solicitado.

No tardó mucho en volver con la contestación favorable acompañada de un sin número de recomendaciones agregadas por su cuenta con ademanes llenos de aspavientos.

—Dice tu mama, Pablo, que vayás a hablar con ella. Ta en el cuarto'e costura. Ella mesma te va'prontar una maleta repleta de "cosas" pa que se las llevés al tío Tucú.

Pablo, aquel muchacho grandote y bueno, salió saltando; poco faltó para llevarse en andas a la vieja parda. En seguida, en torno de esta servidora se armó una algarabía mayúscula. Todos querían abrazarla, todos querían palmotearla. Tuvo que apelar a sus

chancletas y amenazarlos para que la dejaran tranquila.

A la media hora, apareció Pablo con una maleta al hombro y con el rostro hecho "unas pascuas". Se dirigió a sus compañeros diciéndoles:

—Vamos tuitos, gurises, al rancho del tío Tucú. Ya tenemos permiso de mama. Ensiyen, pues, el petizo.

Y se oyó decir a uno y otro:

—"¿Me dejás dir, Pablo?" — "¿Querés que te acompañe?" "¿Yo tamién puedo dir?", y él, casi autoritario:

—¿Pero ya no les dije que van a dir tuitos? Vamos a visitar al tío Tucú. Tal vez el pobre estéa enfermo y necesite nuestros cuidados.

No tardó mucho en ponerse en marcha aquella caravana por el caminito angosto que conducía a la morada del indio en el corazón del monte.

Desde lejos la parda Filisbina, con mil recomendaciones y ademanes los despedía diciéndoles:

—Portensén bien, gurises. ¡Miren que si llego a tener queja de ustedes, me las van a pagar en cualquier güelta!

Mientras tanto, Pablo, escarranchado en el petizo y capitaneando aquella turba infantil, revoleaba el rebenque, haciendo sonar la sotera en el anca de aquel animal lerdo, que sólo servía para montarlo "ellos", y para traer agua del manantial cercano en el clásico barril de rastra.

LOS "GURISES" CON EL TIO TUCU

Apenas llegaron al rancho del tío Tucú les llamó la atención a todos la puerta de entrada tapada por un enorme cuero vacuno. De entre aquella oscuridad, surgió una voz remendada y carraspienta que les dijo:

—Pasen pa'delante no más. No tengan miedo. Levanten el cuero pa'arriba, pasen pa' dentro. Dentren. Les habla el tío Tucú.

Cada uno, al pasar iba levantando el cuero vacuno, que oficiaba de puerta. Apresuradamente, todos se fueron colando adentro del rancho; eran no menos de una docena de muchachos. Uno dijo: —Esto parece una cueva, ni se ven las manos. ¿Onde está el tío Tucú?

—Tiren d'esa "guasquita" y van a ver cómo se hace la luz. Se oyó hablar de nuevo al viejo.

Efectivamente, uno tiró de la "guasquita" y al momento, en seguidita no más se hizo la luz como arte de encantamiento, luz que penetró de lleno por una ventanita que estaba tapada por un cuero de oveja.

—¡Qué bonito! — reconvino a todos el indio viejo. ¡Bien me podía haber muerto solito en esta míscra cueva; nadie jué capaz de allegarse a saber qué era de mi vida! ¡Qué manera de quererme! Hace tres días que estoy entre la vida y la muerte, y no he visto un ser que pueda alcanzarme una sed de agua. Y vos, Paulo, vos, que sos el más grandote... ¿qué te costaba haber allegao po'acá en una escapadita? Vos tenés güenas piernas. De las casas acá es un tironcito.

¡Dispués quieren que los quiera, y, pa'eso me tienen olvidao!

Pablo argumentó:

—¿Y cómo diba a venir tío Tucú, si yo no tenía permiso de mama? ¿No ve que dispués me podían retar? Usté mesmo nos ha aconsejao que seamos respetuosos y obedientes. Más de una vez tuve la tentación de escaparme y llegar po'acá. Pedí más de una vez permiso y no me lo dieron. ¿Qué diba'hacer yo, tío Tucú?

—¿Y no podías haber mandao vos un emisario? Al peoncito Leoncio, o a cualquiera d'esos que no estudean, a uno d'esos que se lo pasan "haciendo sebo" en las casas, y que no sirven ni pa'maniar un petizo "bichoco".

—¡Pero, tío Tucú! ¿Qué díbamos hacer nosotros, si no nos daban permiso pa'visitarlo?... La culpa no es de nosotro. ¡Miren que la cargoseábamos a mama pa'que nos dejara venir! Ella siempre nos decía:

—Dejenló al tío Tucú, debe d'estar trabajando en la "confeción" de alguna "prienda". El sabe "trenzar", a lo mejor les trái algún "regalito". Hasta que al fin, tanto cargoseárla y cargoseárla, mama me dio el permiso... y ya ve que soy güeno... le traje toda esta "gurisada" qu'estaba como yo, rabiosa por verle la cara.

—Todo'stá muy bien m'hijo; pero la cosa es que naides se acordaba de mí, naides vino de las "casas" a preguntar qué me pasaba. Y no créian que me hallo bien de salú, debo haber tenido mucha fiebre porque he sudao a mares. Y he estao cuasi sin conocimiento. Por momentos créiba qu'staba casi muerto; me veía morir despacito y que mi alma diba derechito pal cielo donde'staba sentao en el trono Dios, rodeao de

sus ángeles. Y dende lejos con la mente me diba despidiendo de todas "estas cosas" que me son tan queridas y que tienen pa mí grandes ricuerdos; y si las he conservao con tanto amor como si jueran reliquias, es porque cada una d'ellas tienen pa mí su gran historia. Güeno... gurises, pasando a otra cosa. ¿Y en las casas naides se acordáo de mí? ¿No notaron mi falta?...

—Pero... ¡sí!... ¡sí!... ¡tío Tucú! — dijo Pablo. Pero si mama mesma nos ha mandao que averiguásemos qu'era de su vida... qué le pasaba... por qué no diba más, si'staba enojao con nosotro. Mama mesma le manda todas estas provisiones. ¿No vé la maleta repleta hasta los topes? Mire... aquí hay esta "tira de asao", yerba a rolete, tabaco del peluquilla y varios mazos de chala, fósforos por si se le acabó la yesca del yesquero, pan casero amasao por la negra Filisbina, estos "rosquetes" bañaos con azúcar y pasteles hechos por mama y a más estos "ticholos" y rapaduras de contrabando, una lata de dulce de guayaba que usté tanto apetece, y otras cuantas chucherías. ¡Ah!... mama le manda decir que si yegara a estar enfermo le avisara en seguidita. Dijo tamién que l'iba a mandar una piona güena moza pá que lo cuide... asina se cura más pronto de su enfermedá.

—Gracias, m'hijito, por todo... Pucha... ¡mire qué de molestias que les ocasiono! Yo creiba que ya me tenían olvidao... que ya ni me querían...

—¡No diga zonceras, tío Tucú! ¡Mire que pensar semejante cosa!

Entre ambos, medió un breve silencio.

De pronto, Pablo, interrogó:

—¿Llora, tío Tucú?

MUSEO GAUCHO

Los visitantes, después de haber contemplado largo rato al venerable "tío Tucú" que permanecía con los codos apoyados sobre el catre de guascas y la espalda recostada sobre el "recado" viejo y "cojinillo" que oficiaban de almohadas, comenzaron a pasearse muy orondos por el interior del rancho.

De entrada les llamó la atención: la bandera de la patria, blanca y celeste, que estaba ceñida a un asta pequeña con dos cintas de franjas del mismo color. Entre los pliegues de ella, se destacaba la estampa a caballo del caudillo "blanco" Aparicio Saravia, que ornamentaba la pared de la cabecera de su lecho. Una lanza de ñandubay, con su media luna muy ferruginosa, de la cual pendía un banderín celeste de raso con una leyenda bordada en oro: "Morir por la patria es grande". Un arco indígena con su ajorca llena de flechas; y una espada de grandes dimensiones con empuñaduras de marfil. Varias "boleadoras" con sus "tres marías" en cuero retobado. En la pared lateral, estaban como si estuvieran estaqueadas, dos enormes pieles; una era la de un caballo; y la otra la de un tigre, con su cabeza, disecada, y cuya boca entreabierta dejaba entrever sus mandíbulas de imponente dentadura y de aspecto feroz.

El resto lo componían "garras" de todas clases: algunos pesados "taleros" con su "Dios te salve" en su mollera; "pretales", "estriberas", "pasadores", frenos de todas clases, "encimeras", varias "nazarenas" con sus rodajas en forma de estrella de cinco picos; un

par de botas de cuero de potro, y una de caña charolada. bastante nuevas, con espuelas de plata reluciente. Dos grandes lazos de "trenza de ocho" y "de cuatro" otro, que eran un primor por lo bien trenzados; también había varios "sobeos". Un sin número de porongos para "mates" con dibujos y leyendas; guampas labradas, cortadas en forma de vasos para beber; y en los ángulos del "mojinete" en el centro, como si descansara sobre el codo de una rama que salía del "horcón del medio", había un nido de barro, de nuestro pájaro nativo, el alfarero de las aves: el "hornero". Dos cráneos vacunos, con sus enormes cuernos y un largo banco, eran los asientos. Todos estos objetos estaban colocados con una gran simetría, guardando una discreta distancia uno de otro y atados todos al corazón de su dueño con los tientos del recuerdo.

A la izquierda de su humilde catre había un caballete sobre el cual descansaba un apero lujoso completo, con herraje de plata y oro, prendas éstas que resplandecían a la luz, sobre todo la gran cabezada del recado y los estribos en forma de campana.

Estas prendas eran, en realidad, en su género, de un gran valor artístico y por su lujo podrían ser el orgullo del más potentado criollo.

Forzosamente llamaban la atención de cualquier visitante, pues, no condecían, con el miserable aspecto de aquella vivienda pobre.

. . . .

Los muchachos, con la curiosidad característica, propia de su edad, admiraban y hacían sus reflexiones frente a los objetos allí guardados.

Se agrupaban y discutían entre ellos. Oíanse diálogos como éste:

—¡Fijensén la boca y los ojos de ese tigre! ¡Parece que estuviera vivo!

Pablo, al tiempo que los instruía, objetó:

—¿No ves, pavote, que es un cuero estaqueao, igualito a aquel... al del cuero de caballo que está allí?

Y otro casi asustado:

—¿Y tío Tucú habrá vivido con un tigre de compañero?

—¿Tas loco? ¿Cómo va a vivir con un tigre? ¿No ves que si así juera, se lo hubiera devorao?

—¿No ti acordás vos, que una ves, nos dijo que hacía muchos años, por este monte hubo una madriguera de tigres?

—¡De verdad mesmo! A lo mejor, él, que jué tan valiente lo mató. Por eso lo tiene de ricuerdo.

Y otro grupo entretenido frente a las pistolas, a un sable y una lanza:

—¡Mirá vos, qué lindos trabucos, qué sable y qué lanza pa'servir en una regolución!

—¡Mirá... un nido de hornero!... ¿Tendrá pichones?

Leoncio, el pardito, dándose importancia, interrogó al grupo. —Vamo a ver muchachos: ¿De todo lo que está aquí, con qué se quedarían?

—¡Yo!... — dijo Pablo. Si me lo regalaran, me quedaría con todo ese "lujo" de plata y oro, con el "apero" completo que está en el caballete.

—No sos bobo, — dijo Leoncio. — Yo tamién me quedaría con él si me lo regalaran. ¡Mire que gracia!...

—Pues yo... — dijo otro — me quedaría con la bandera oriental y aquella lanza de media luna, pa defender a la patria de Artigas, el día que alguna nación extranjera pretendiera insultarla o humillarla.

—¡Linda idea! — dijeron varios "gurises".

El tío Tucú, que fingía dormir, quedó tal vez conmovido ante la palabra "patria" que tiene una significación inflamante en los pechos de nuestros gauchos. Díjole al que se expresó tan heroicamente:

—¡Desde áhura, gurí, esa bandera y esa lanza son tuyas! En ninguna mano estaría más mejor. Honralas como lo hicieron tus antepasaos. Ellos contribuyeron a fundar nuestra patria. Dispués vino la lucha entre orientales, de "blancos y coloraos". Ellos, los de tu rama, jueron "blancos" todos, ¡y qué blancos puros! "Blancos como güeso de bagual" como dice el refrán. Yo serví con tu tío agüelo, con el indio Basilio Muñoz. El general Aparicio se descubría ante él. Siempre dijo: "Basilio es mi mano derecha. Nunca le aflojó al peligro. Nadie lo igualaba en corazón y coraje". ¡Vos sos de la mesma laya! Lo tenés en la sangre. Sos un "gurí" patriota. ¡Muñoz te habías de yamar!...

En seguida Pablo se adelantó, y, emocionado, le dijo al indio:

—Tío Tucú... si usté quiere, yo seré "blanco" como "Muñocito".

—¡No!... ¡No!, Paulo, vos seguí la güeya de tu "tata". Tu "tata" jué "colorao", como "sangre'e toro"... ¡jué un gran colorao!

Un silencio grave, profundo, rubricó la virilidad de esta última frase.

TESTAMENTO DEL TIO TUCU

El indio se alisó con la mano izquierda los pocos pelos de la barbilla encanecida, y en tanto carraspeaba, sacó un pucho que tenía detrás de la oreja; luego lo llevó a la boca y mientras lo encendía, manteniendo un ojo entornado, por las primeras humadas, les habló así a los muchachos:

—Miren, "gurises"... ¡yo arrecién había hecho la del zorro cuando ustedes taban hablando. Me hacía el "morrongo", el dormido, pa poderlos escuchar a gusto. Yo he pensao en muchas ocasiones sobre el destino que les diba a dar a tuitas estas cosas. Siempre he pensao hacer un testamento en favor de ustedes. Un testamento a lo gaucho no más, a la antigua, ¿saben?... Sin escrituras, de palabra no má. Quiero que me escuchen bien, sobre todo vos, Paulo, que sos el mayor. Yo les voy a regalar a ustedes todas estas cosas, pero será pa el día que me muera. Ya estoy viejo, y los caracuces me pesan. No tardaré mucho en dirme d'este mundo; naides queda en él pa semilla; asina que quiero que cada uno de ustedes tenga un ricuerdo d'este pobre viejo que no ha hecho mal nunca a naides, y su vida ha sido como un libro abierto lleno de esperencias. Juí un hombre honrao y decente tuita mi vida; supe tener rispeto por las ideas ajenas; juí un hombre servicial, güen patriota y tuve gran amor por todas las tradiciones gauchas. Por eso el día que me muera, quiero que me velen entre estas cuatro paredes y estas "cosas". Quiero que no se vayan a pelear dispués por el reparto que les voy a hacer. Lo

que les digo en este momento es sagrao, es mi voluntá. Ya saben: este apero de lujo es pa vos, Paulo, que siempre has sido un gran compañero mío, saliste güeno y generoso al igual que tu finao tata. A vos, Leoncio, te regalo este "recao" que tengo de cabecera completándolo con algunas priendas; podés elegir uno d'esos lazos, el que más te guste y unas boleadoras. Sé que sos camperazo, muy de a caballo y te serán útiles en las lidias. Si querés un culero, tamién podés llevártelo. Te encarezco que trates de ser un "perro fiel" de Paulo, tu compañero. Rispetalo siempre. Mirá que algún día será tu patrón y el dueño de estos campos. Cuando seas hombre, él te va a proteger, tené la seguridá. A vos, Claudio, que tenés afición por las décimas de don Elías Regules y que las tarareás tan bien y cantás "vidalitas" y "tristes" tan sentidos del "pago", te dejo mis instrumentos de música: mi guitarra y mi acordeón. Te encargo eso sí, que no dejés el canto porqué tenés una gran vocación y podés tener con el tranquiar del tiempo tanta fama como "Santos Vega el payador".

Ese cuero de tigre que ven áhi, se lo voy a dejar a tu mama, Paulo. Hace tiempo que tengo pensao regalárselo, ella mesma me dijo que en los pueblos, hoy es un objeto de lujo, en las salas, está de mucha moda.

—¿Y a mí que me regala, tío Tucú? — dijo Servandito, el oyente más pequeño, un "gurí" muy vivaracho, que apenas contaba ocho años, hijo de un puestero de la estancia.

—Ya te va a llegar el turno a vos. ¿Tas muy apurao que yo me muera?

—¡Mire si voy a queré semejante cosa, tío Tucú! Usté divarea. Le decía "eso", nomá, porque dende hoy lo'estoy mirando y a mí no me nombra!...

—Güeno, tá bien, m'hijito... mirá... a vos te voy a dejar... te voy a dejar por tratarse de vos y ser hijo de quien sos, de tu "tata" que conocí dende chico y que lo apreceo mucho porque es un criollo de ley, te vi'a regalar todas mis priendas con que diba a los bailes. Vos con seguridá var a ser un lindo mozo, y un gran bailarín como él. Asina que te dejo mis "pilchas" completas que están en ese gran baúl que se ve áhi; en ese rincón. Un "chiripá" de merino bordado en seda con una guarda de raso celeste, una camisa "de mi flor", blanca como la leche, tamién bordada a mano, con ojetillos de seda; un par de calzoncillos de criba, y debe de haber tamién, un pañuelo blanco p'al pescuezo de purita seda.

—¿Y ese cuero de caballo que está áhi, ¿pa quién lo deja?... — dijo otro.

—¡Ah!... ¡m'hijo! Eso sí que me lo llevo conmigo. No lo doy a naides. Me lo llevo a la tumba. Quiero qu'sto se cumpla. Miren "gurises" "ese" cuero que ven ahi, jué de un gran "parejero" que lo quise mucho, tanto, que jué como una ilusión m'ia. Jué un gran regalo de tu tata, Paulo, al que rispeté y quise como a un hijo. Me lo regaló de potrillo. Dende chico no ma, se véia lo que diba a ser. Había "clase", tenía una linda estampa; y, ¡qué "manos" más finas! En el trillo jué como una luz naides lo vio "comer cola". Tuito el mundo tenía que ver con él. Me hizo ganar mucha plata. Naides pudo ganarle una carrera en el pago, y eso que se la tuvo que ver con los "parejeros" de más fama de su tiempo.

COMO "TATU" GANO SU ULTIMA CARRERA

—Pues sí, — prosiguió el tío Tucú frente al ruedo de "gurises". — Como les dije, tuitas estas priendas de lujo, las compré con la plata que me dio a juerza de ganar carreras y más carreras "mi parejero". La última... la última... ¿quieren que les cuente cómo jué que ganó "Tatú" la última carrera?

—Con muchísimo gusto tío Tucú. ¿Cómo no vamo a querer? — dijo Pablo reverenciándolo.

—Güeno... les via'contar... quiero que lo sepan, que no inoren las acciones güenas de mi "tostao". Han de saber que obedecía al nombre de "Tatú". En antes yo juí un gaucho pobre, pero muy agradecido... y pensar dispués... los lujos que tuve, gracias a él... Güeno... les viá contar como jué que ganó la última carrera. D'esto hace ya una puntita di'años. Como les diba contando, había yo "atao" una carrera con Don Rufino Sosa, un coronel muy mentao y platudo, arreción llegao de Río Grande. Era un brasilero muy rico y decían que era dueño de varios cabayos "de mi flor". Sobre todo un "gateao" que nunca había perdido una carrera y menos en "tiro largo", asigún decir de las gentes. Yo no me le achiqué. Le tenía confianza a mi "tostao". Sabía que tamién era güenazo; jamás "había comido cola", y, en el trillo era como luz, era un relámpago, había que sujetarlo, sobre todo era de un gran "arranque en la partida", áhi, era un gran ventajero. Yo mesmo lo cuidaba, y lo variaba. De mimoso, muchas veces, hasta le daba el máis con mi

mano y en ocasiones hasta terrones de azúcar. Vayan viendo si le tenía cariño.

Güeno, como les diba contando, risulta que llegó el día de la carrera. Tábamos en la pista. Ya diba a ser la largada, no tardaría mucho... ¿no? Entonces — como siempre jué mi costumbre — me corrí... (¡Ah!... gurises... me olvidaba de decirles que la carrera era de 500 metros) me corrí pa la punta, cuasi al final, a unos cincuenta metros antes del sentenciador, ¿no?, del juez. Asina le daba unas palmadas y lo acariciaba, como era mi costumbre, dispués de ser proclamao el vencedor; siempre lo diba a esperar en esos momentos, me reconocía entre todo el "gentío de gente" y entre relincho y relincho, se me recostaba todo sudoroso, y antes de que el cuidador le pusiera la manta me ponía la cara pa que yo la besara.

Güeno... como des diba diciendo... taban por largar la carrera, ¿no?... Retumbaban las apuestas, unas a mano del "gateao" y otras a favor de mi "tostao". "Doy cola y luz al tostao"; gritaban. "Doble contra sencillo a mano del tostao". Y... como en otras ocasiones... jué el favorito. Aquello me hinchaba de orgullo, era mi gloria, mi fortuna, y... más de un estanciero taba envidioso de mi suerte. El cabayo contrario era un "gateao" muy renombrao y de "tiro largo". Jué la carrera más pior de mi vida y la última... cuasi que ni puedo relatarla sin que me vengan lágrimas a los ojos y se me añude la garganta.

—Y güeno, tío Tucú, si es pa aflijirse — le dijo Pablo — no cuente... no cuente, no vé que le puede hacer mal p'al corazón.

—¡No!... ¡no es nada m'hijo! Es el ricuerdo no más... Güeno... como les diba diciendo ya habían bajao la bandera. Venían tragando el trillo, levan-

tando polvareda y la nube de polvo se agrandaba, cada vez más se agrandaba. Se oía clarito de onde yo'staba, el griterío de las apuestas. El "Tatú" era el favorito, lo montaba el "Tape", un famoso corredor. Yo'staba como de costumbre, como ya les dije, a unos cincuenta metros del juez que dictaría la setencia, asina los vería llegar. Venían parejitos no más "sacándose chispas". Dispués que habían dentrao en los cien metros que faltaban para terminar la carrera, vide que la cosa se ponía fea, apretada, y que el "tostao" venía "comiendo cola". Entonce no pude más. Se me vino el corazón a la boca y cuando pasaron junto a mí, noté que el contrario le llevaba cuasi un cuerpo de ventaja. Y áhi no más, me saltó del pecho un tremendo grito, un grito como de fiera salvaje:

—Ahura, ¡Tatú!... ¡Taa...tú!...uuú! Dispués cerré los ojos... no quise ver más... ví perdida la carrera...

En seguida, Pablo, interrogó ansioso:

—¿Y qué pasó?... ¿ganó la carrera?

—¡Sí... m'hijito! ¡Cómo no la diba a ganar! ¡La ganó... pero de qué modo!...

—¿Qué pasó?... ¡cuente!

—Qué diba'a pasar. Al poco tiempo me trujeron la noticia que debido al gran esfuerzo que había hecho pa'sacar ventaja de medio pescuezo en los pocos metros que faltaban, cayó reventao... ¡muerto!... ¡no se levantó más! Y dende ese día, nunca quise tener más cabayo, ni tampoco jugué más plata en carrera nenguna.

—Murió en güena ley. ¡Quedó invicto! — dijo Pablo.

—Asina jué... "gurises". Los bichos suelen desempeñar su cometido en la vida, mejor que muchos hom-

bres. Por eso, el día que me muera, que no tardará mucho, acuérdensen de este pedido que les hago hoy y tenganló presente:

Cuando caven mi fosa, juntito a los tres espiniyos, n'el claro del monte, me ponen sobre el cajón antes que nenguna palada 'e tierra, el cuero de mi "tostao", mi "Tatú" querido, que jué el gran compañero de mi vida, el que me dio tuitos estos lujos y tantas satisfaciones. Quiero estar junto a él, que me siga haciendo compaña y que me sirva de poncho y caliente mis güesos más allá de mi muerte.

FUNERAL DE LAS VACAS

Por breve tiempo los presentes guardaron un silencio casi religioso. Todos quedaron conmovidos por el nuevo relato del venerable tío Tucú y de cuando en cuando, dirigían sus miradas al cuero del caballo estaqueado en la pared: otros a manera de caricias, alisaban su pelo que aún permanecía brilloso a través de los años. El indio carraspeó, tosió varias veces y enderezándose, haciendo fuerzas con ambas manos como para sentarse en el catre, les dijo:

—Miren que hoy le'dao gusto a "la sin güeso", les he chailao de lo lindo. No se olviden que'stoy a "pico seco". Alcancenmén aquella boteya que'stá sobre ese baúl, es mi remedio: caña con güaco, caña brasilera de contrabando "sin bautizar" y de la güena... ¿no quieren probar "gurises"?... Una vez la botella en sus manos, la levantó y sentenció:

—Esta es bebida pa'los hombres, da coraje.

Con toda oportunidad, el pardito Leoncio se comidió:

—¿Quiere que le prienda el juego y le calentamos agua, asina le cebamos un buen "amargo", tío Tucú?

—Mirá Leoncio, vos has tenido una güena idea. Eso no viene mal. Estos días que he faltao por las casas he estao más muerto que vivo... ni sé cuantos días hace que'stoy medio aletargao.

Tosió nuevamente, varias veces, para continuar:

—¿El día que yo me muera ustedes me van a yorar? — y empinaba la botella —. Tengo una sed n'el tragadero!...

—Mire que se va a emborrachar, tío Tucú, mire que le va a hacer mal, tantos besos a la botella... —dijo uno de ellos.

—No... es pa'que se me vaya este letargo... esta sueñera que me ha dentrao de golpe. Güeno... ¿qué tan diciendo? ¿no tráin el amargo? No les hago más cuentos; se acabaron los cuentos del tío Tucú. El se va a morir, n'el momento menos pensao... Che Paulo... que hacés... ordená que preparen de una vez el mate... no lo traigan "frión". Llevensén la boteya, no me vayan a gastar la caña, miren qu'es mi remedio, tiene "guaco" y es muy güena pa la tos y los catarros. Pasen pa dentro... dentren "gurises", que les voy a contar mi último cuento. ¡Tengo un cuento "gurises"... ¡machazo!... un cuento e'tigres... ¿Nunca les conté cómo era que peliábamos en los tiempos di antes con los tigres?

En menos de lo que "canta un gallo" se empujaron unos a otros y se le vinieron todos encima del catre, atentos al más mínimo movimiento del indio.

—Traigan pronto, pues ese mate, miren que stoy sintiendo como un chucho de frío — dijo el tío Tucú, al tiempo que su cuerpo se estremecía.

—Abriguenmén bien las espaldas con mi poncho. Pero... ¿y el mate?... ¿lo pidieron por correo?

Abriéndose camino, pasó Pablo con el mate recién empezado; y se lo ofertó al viejo diciéndole:

—Sirvasé... lo cebé yo. Ta empezao con el agua tibia, asina no se "lava" pronto y dura más la yerba.

—Gracias, Paulo. Vos siempre sos el mesmo, güeno y atencioso. Apriendan todos con éste...

Dio varios sorbos al mate, lo saboreó y dijo:

—¿Sabés que sos un gran "sebador"?, ta muy bien empezao, se conoce que sos gauchaso.

—Güeno, tío Tucú, yo le cebo el mate, pero a condición de que usté nos cuente ese cuento que dijo, "ese" que les prometió arrecién a los gurises, "ese" del tigre.

—¿Yo les prometí arrecién un cuento?... ¿saben que ni me acuerdo?...

—No ve... me parece que el remedio lo deja medio desmemoriao.

—¡Ah!, ¡sí!... ¡sí! es cierto. ¡Ahura lo ricuerdo! Tenés razón Paulo, taba medio trascordao. Entonces, si me prestan atención, les voy a contar cómo jué que maté ese tigre... Y "ese" que ven áhi, no jué el único, jué uno de los tantos que maté. Ustedes han de saber m'hijos, hace d'esto una carrada di'años, n'este mesmo monte clareao por mi hacha, con este brazo que ven y que tuvo mucha juerza en otro tiempo, me aconteció lo que les voy a contar.

No vayan a créir que les "desajero"; esto pasó en aquellos tiempos bárbaros, en aquellos tiempos en que los hombres, nosotros, eramos cuasi salvajes. Y los animales vacunos se habían güelto salvajes tamién. Se habían aquerenciao en el monte. aquí vivían, se reproducían y solamente salían pa'fuera a ciertas horas pa'pastar por el campo. ¡Y qué pasturas había en aquellos tiempos! Los animales no se marcaban, ni se contaban; ¿pa qué?, si se sabía que tuito esto era de los Souza, de tus agüelos, Paulo. Cuasi toda la hacienda era del mesmo pelaje, tuitos eran animales criollos. Pero costaba mesmo, daban trabajo cuando había que hacer un aparte; costaba una barbaridá sacar una res pa carniar... eran chúcaras, baguales los bichos, ¡y malos!...

Güeno... cierto era que todo el ganao se había güelto cimarrón.

—Y no diba a contar cómo jué que mató al tigre? — dijo uno de los presentes.

—Y p'áhi voy rumbiando... ¿no ven que todo en la vida es prencipiar? Prencipio requieren las cosas, ¿no? Yo los quiero ilustrar a ustedes de muchas cosas, y como ya les había dicho en una ocasión, los tiempos de hoy, no son los de antes, tuito va cambiando gurises...

—Güeno... como les diba relatando... ¿qué les contaba?... ¿de qué les'staba hablando?.. a veces se me juyen las cosas de la mente.

—Güe... — dijo Pablo — nos diba a contar cómo era que mataba a los tigres.. taba el cuento por el monte, que había mucho ganao chúcaro...

—¡Ah! ¡sí! ¡Qué memoria que tenés vos, Paulo. Güeno... como les deciba, n'esos tiempos, güelta y media aparecían reses descuartizadas y esto aunque no lo veíamos, lo sabíamos.

—¿Y cómo sabia sin ver? — interrogó uno.

—Pues muy fácil. Los bichos tienen muy güenos sentimientos pa con sus semejantes. Cuando aparecía una res muerta o descuartizada n'el monte, las vacas se allegaban, olfateando la sangre y los restos del animal. Se diban juntando di a poco hasta formar bien una gran rueda en torno del sacrificao, como si estuvieran en un velorio. De pronto, una comienza a soltar un "balido" triste, lastimero. Luego, la sigue otra, y otra, y así toditas hasta formar un coro de lamentos que resuenan en el monte, como si brotara un eco profundo de bajo tierra, que, en medio de la soledá, cada vez se güelve más imponente. Son unos ayes que di a ratos, parten el alma, si se escucha con atención, ¡tanta es su tristura!

En ocasiones "gurises", da terror, miedo, si "esto" acontece al caer la tarde. "Aquello" es como una imploración al cielo, di a ratos; y en ocasiones son como protestas, parece que estuvieran reclamando justicia. ¡Todo el campo tiembla! Y tuitas estas voces se van apagando, achicando con el chistido de alguna lechuza que parece que les dijera: "¡cayensén la boca!" Y tuitos los bichos cierran el pico, apenas si se oye el proseo vivo de los pájaros al volver a sus nidos en el monte. Y cuántas veces, gurises, esto que áhura les cuento, lo vide "con mis ojos" y lo escuché "con mis óidos".

Tuitos los animales, rodeaban al muerto, le hacen ronda, guardia, y sin corniarse, con un gran rispeto por el compañero dijunto, como si tuitos jueran hermanos, lamentaban la disgracia. Y muchas veces vide, a una vaca o a un ternero, como se le cáian las lágrimas al suelo. Y tuitos los bichos del campo, son asina "guríses", tienen más güenos sentimientos que muchos hombres.

Los muchachos algunos suspiraron, ya se habían olvidado del cuento prometido; casi se daban por satisfechos, hasta que a uno se le ocurrió decir:

—Pero... ¿y el cuento del tigre, tío Tucú? ¿a dónde está?

—¡Aquí... en la lengua!... ¡pavote! ¿A dónde más querés que estea?

Los muchachos rieron.

El tío Tucú chupó de nuevo la bombilla del mate, que tenía entre las manos, sorbió, sorbió hasta terminar con el líquido, y después de alcanzárselo a Pablo, le dijo:

—Tráime otro en seguidita; stá muy sabroso cebao por tus manos. Esto me calienta el cuerpo. Echále, de paso, al agua de la caldera, unas hojas de "apio cimarrón" pa cortar la fiebre. Y en cuantito pegués la güelta con el mate, voy a proseguir con el cuento.

EL CUENTO DEL TIGRE... Y EL ZORRO VIEJO

El viejo interrogó:

—¿Y qué cuento era que les había prometido contar "gurises"?

—Y... el del tigre... pucha... usté tiene más rodeo pa empezar un cuento... — dijo Claudio, el pardito. Tiene más güelta qu'el Río Negro. Pero... como es tan entretenido!...

—Y si no te gusta, te vas. Yo no hablo pa vos solo, ¿sabés? Bien te podías haber ofrecido pa ayudar a cebar mate al pobre Paulo qu'es el "patroncito". Sos un descomedido.

—Si él lo hace es porque quiere. Naides lo mandó. Si usté quiere se lo cebo. ¡Mire que gran trabajo!... ¡una pavada!... el fuego, lo principal, lo hice yo... yo juí quien lo prendió.

—Güeno, ¡no estés echando en cara, mirá que eso es muy feo!

—Ahí viene otro mate tío Tucú, áhi está Paulo, manifestó uno de los muchachos.

—Después de varios sorbos, dijo el tío Tucú:

—Y... ¿en qué habíamos quedao?...

El viejo hacía realmente esfuerzos para continuar sus cuentos, le costaba seguir desenrollando la "guasca" más que sobada de sus recuerdos.

Con la mano izquierda acarició su rala y escasa barba y observó a todos, uno por uno.

Veía cómo se hundía su cuerpo en aquel catre de "guascas"... reconocía a todos sus amiguitos, sus

compañeros de todos los días y no sabía cómo expresar en palabras, su agradecimiento, por aquellas atenciones y la larga visita.

—Miren, muchachos — dijo después de su meditación — de buena gana dejaría el cuento pa mañana, se les va a hacer tarde; sinó cuando lleguen a las casas, los van a retar.

—¡Pero si tenemos permiso pa estar todo lo que quiéramos con usté! ¿Ya no se lo dijimos? — dijo Pablo.

Y muy pronto éste agregó:

—Si está cansao, tío Tucú, no nos cuente el cuento. Dejeló pa más tarde, dispués lo cuenta. ¿No quiere más mate? A lo mejor quiere dormir un rato. Mientras tanto, nosotros podemos dar una güeltita por el monde y cazar pájaros, y, en mientras, usté puede sestear algo.

—Andate vos si querés, Paulo — dijo el pardo —. Yo me quedo con el tío Tucú. El nos ha prometido contar el cuento de un tigre... y él no falta nunca a su palabra. O si no, si le parece, cuente el cuento del zorro otra vez, aquél que le venía a robar la comida que dejaba preparada en la puerta del rancho, mientras diba al monte a cortar la leña.

—Pero si ese es más viejo que "María Castaña", ¿cuántas veces quieren que se los cuente?

—Cuente, entonces el del tigre... mire... había quedao que siempre aparecían animales descuartizados por el monte. ¿Si acuerda tío Tucú?

—¡Ah! mesmo... es cierto! Güeno... pero miren que tienen que prestarme mucha atención y no hacerme interruciones... encomienzo: La cosa era que aparecían los animales muertos, descuartizaos, y no se sabía bien quién los mataba. Mataban, por matar.

Apenas si se llevaban unas achuras, dejando al animal, tuito destrozao. Eso no podía ser obra de nengún cristiano, sino de una fiera. No sé quien jué que dijo que debía de haber alguna cueva cerca del monte, una madriguera e'tigres que hacía todos esos estragos. Y tamién decían, que más de un "corajudo" que había salido a perseguirlos, no había güelto. Pa mí que se los devoraban enteritos.

Un güen día me hice de coraje. Afilé bien mi cuchillo y solito nomá me largué po'el monte en busca de la tan mentada madriguera. Anduve... anduve horas perdidas campiando la dichosa cueva. Ya estaba desilusionao, cuando en un redepente me encontré con un zorro muy viejo y cumplido. Y áhi nomás, lo apalabré:

—Güenas tardes, señor zorro, ¿cómo dice que le va diendo?

El zorro paró la oreja, reculó unos pasos p'atrás y al ratito, algo desconfiao, me contestó:

—Arrigularcito, nomá, Don.

—¿Y qué hace tan solito, don Zorro, por estos laos?

—¡Había sido preguntón, mesmo! Pero, como no es compromiso pa'naides, le vi'a decir la verdá. Toy dende hace rato, a la espera que salga algún tigre de la madriguera en busca de alguna presa. Usté sabe Don, qu'estos bichos matan por matar. Devoran las presas que les gusta y dispués se van. Y yo aprovecho los desperdicios. ¡Viera qué desperdicios, don!...

—¿Y son muchos los tigres, señor zorro?

—Nunca los he contao.

—¿Y no sabría decirme, señor Zorro, onde está la cueva?

—Mire don... ¿ve aquel claro en el monte? Güeno... usté tuerce pa'la derecha, onde'stá un montecito

de "pitangueros", ¿no? lo pasa, ¿no?... Y en seguida se va a topar con un gran pajonal. Lo rodea, por el lao de la zurda. Dispués se va a encontrar con un descampao y enfrente, nomá, stá un despeñadero lleno de calagualas y helechos... Ahí tá la cueva, la madriguera de los tigres.

—¿Y cuántos más o menos serán?

—¿Y no le dije arrecién que nunca los había contao? ¿Y diga, si se puede saber, si no es compromiso, qué vá'hacer, don?

—Los voy a peliar, y, si cuadra, mato a tuitos.

—¿Y cuántos hombres trái?

—Yo solito me basto.

—Usté es un valiente. Pero le aconsejo que desista d'esa idea.

—Toy resuelto, señor Zorro.

—Pero es "guapo", mesmo, usté. ¿Y no tiene miedo que lo devoren?

—¡Yo!... ¿miedo?... ¡Pa'eso soy oriental!

—Y el zorro se jué alejando dispacito y diba repitiendo por el camino: "¡Qué hombre más valiente! ¡Debe ser oriental, mesmo!"

Y uno de los muchachos, preguntó:

—¿Y usté, tío Tucú, habló todo eso con el zorro?

—Y claro... — contestó — pucha "gurí" más impertinente este... ¿no sabés vos, que en aquellos tiempos los bichos hablaban?

EL ULTIMO CUENTO DEL TIO TUCU

—Güeno... como les diba contando, me llevé de las istruciones del zorro. Llegué al montecito de los "pitangueros"; áhi cerca taba el pajonal.

Entonces manié mi cabayo y rodié el pajonal hasta llegar al despeñadero. Ahí mesmo nacía un cerro. Y enseguidita no má vide una enorme cueva. ¡Era la madriguera de los tigres, "gurises"! Taba mesmo, oscura pa dentro... oscuro como boca'e lobo. Y eso que ajuera era de día... En un dirrepente sentí un bramido que me hizo parar los pelos de punta, me hizo quedar tieso.

Me tantié el cuchiyo. Miré fijo pa'dentro de la cueva y vide, gurises, el relumbre de los ojos de un tremendo tigre. Y áhi no más, pelé de la vaina el cuchiyo, y lo desafié:

—¡Salí, maula, pa'juera! — le dije —. ¡Qué te has créido, vos, que yo soy como esos pobres corderitos o las vacas indefensas que vos matás a gusto... ¡Salí pa juera, cobarde! Jué decirle, cobarde, gurises, y empezó a moverse, siempre mirándome fijo. Yo lo véia que se venía dispacito, dispacito, derechito a mí, y en cuantito lo tuve de frente en la puerta de la cueva todavía seguía mirando fijo con los ojos que parecían dos brasas. Entonces rápidamente me envolví el poncho en mi zurda y antes que me atacara le grité: ¡Salí pa juera, maula! Y, en mientras, revoliando el cuchiyo, lo toriaba con el poncho. Y apenas sacó la cabeza pa juera de su guarida, dio un salto tan grande que me sacó limpito el sombrero y yo, de un tajo, "gu-

rises", le arreyuné una oreja. ¡Asina me gustá! ¡Tamos mano a mano!, le dije. ¡Venite otra vez, maula! Y se me vino. Yo le puse parte del poncho por la cara y le mandé un soberbio viaje, derecho al "encuentro". Me cuerpió lindo; pero con todo, el puñal le arrejuñó algo el pecho, y comenzó a sangrar en seguida.

—Güeno, — me dije — ya te yebo ventaja. Esto lo enfureció más. Al ratito, prencipió a bramar y a perder más sangre. ¡Aura la cosa ta'linda!, me dije; y se me vino agachao como pa hacerme creer que'staba mal herido. Y en una d'esas, gurises, dío un salto bajo, cuasi a ras de tierra y de un tarascón me llevó la mano zurda con poncho y todo.

Los muchachos todos, asustados, le miraron al indio las manos y el pardito Leoncio exclamó:

—¡Pero, tío Tucú, si usté tiene puestas las dos manos!

—No me interrumpan, que se me olvida el cuento. Dentro de un ratito van a saber como jué que sucedió "la cosa". Taba, como les diba diciendo, en lo mejor de la pelea. El tigre se había parao en las patas traseras y sacando el pecho ensangrentao, pa'juera, comenzó a mirarme muy fijo. La boca se le jué agrandando y se agrandó tanto, tanto, que redepente hizo un resoplido pa'dentro y de un tirón, me tragó.

—¡¡Lo tragó!! — dijo uno.

—¡¡Lo tragó!! — dijo otro.

—¡¡Lo tragó!! — dijeron varios a la vez.

—Y ya van a ver ustedes, "gurises", cómo y por qué estoy a salvo.

—Güeno... Yo cuando pasé por la boca del tigre, pasé como si juera caminando por el corredor de una casa. Entoavía ricuerdo que se me había enredao parte del poncho... ¿no?

—¿Y no dijo arrecién, que el tigre le había tragao la mano y el poncho? — dijo Pablo.

—¡Ah! ¡sí! ¡sí!... tenés razón Paulo, me enquivoqué. Me había enredao; pero jué en el "chiripá". De pronto, me encontré en la panza del tigre. Taba toda muy pegajosa; pero había bastante espacio y comencé a pasearme por dentro como si juera en mi rancho. Redipente, gurises, me encontré con el poncho y la mano. Sin perder tiempo, me saqué el pañuelo de seda del pescuezo y acomodando la mano en la coyuntura, lo envolví como si juera una venda. Al rato no má, como por encantamiento quedó sanita la mano. Aquí la pueden ver, "¡gurises!" Entonces carculé que el tigre taría bastante mal herido. Noté algo raro, oservé que diba arrastrándose, arrastrándose. Este bicho, pensé, me yeva, pa'la cueva y áhi vaya a saber qué será de mi vida!

Hizo una pausa el narrador, y dijo luego a sus oyentes:

—Alcansenmén mi remedio, "gurises". Alcansenmén la boteya de caña. Miren que de tanto prosiar tengo la "lengua seca como loro".

Una vez de tener a su alcance la botella de caña con "guaco", dióle varios sorbos y en seguida continuó:

—Güeno... ta güeno... y entonces me paseaba adentro de la panza del tigre. Pa cerciorarme bien, me dispuse a tantear las achuras. Y en una d'esas, tantiando, tantiando me topé con una cosa caliente y en punta, que hacía un ruidito así: "tac"... "tac"... "tac"... me dije, esto debe ser el corazón. Lo toqué bien, y era, mesmo, el corazón. Entonces, no vacilé, desenvainé mi cuchiyo y se lo ensarté no más todo de un viaje. Y dende adentro escuché un tremendo bra-

mido. El tigre cayó muerto. Entonces me dije: Antes que te pudras, viá a tratar de salir cuanto antes mejor pa'juera. Y en seguidita me abrí una puerta a juerza de puñaladas. Y salí no más pa juera. ¿Y onde debía de estar "gurises"? Otra vez en la puerta de la cueva; y áhi noté que había otro tremendo tigre que me miraba con los mesmos ojos grandotes como los del finao...

Y me lo desafié tamién. —¡Salí pa juera, maula! y me aconteció lo mesmo, igualito con éste como con el primero.

Lo pelié sin miedo, lo pelié con coraje. Nos trenzamos de lo lindo. Al rato me tragó de un tirón. Le tantié las achuras. dí con el corazón y le clavé el cuchiyo hasta el mango. En seguida me abrí paso a tajos y salí muy orondo pa juera. Y dispués, se me vino otro tigre... y así, seguí matando tigres hasta concluir con todos.

—¿Y cuántos mató, tío Tucú? — diga pues...

—Aquello... "gurises", — dijo empinando la botella de caña — aquello, jué un tendal de tigres... ¡tantos!... ¡tantos! ¡que perdí la cuenta!...

De pronto la cabeza del viejo se fue para atrás, abrió los brazos en cruz y soltó la botella de caña que tenía en su mano izquierda; quedó con los ojos fijos, vidriosos, sin pestañar, con una mirada sin luz, dura y sin control; mirada incierta que se perdía en el pajizo techo, mientras los músculos de sus maxilares hacían ligeras contracciones seguido de algunos movimientos raros, incoherentes. Los muchachos se echaron a reír. Uno de ellos dijo:

—¿Se ha güelto macaco, tío Tucú?

Pablo, de pronto, se puso serio, diciéndoles:

—¡Callen! ¿No ven que el pobre tió Tucú está enfermo?

A medida que pasaba el tiempo, se iba poniendo cada vez más pálido, ahondándose el hueso de sus órbitas, se estiraba en el catre de "guascas"... se estiraba... se iba alargando, se acentuaba su palidez.

Pablo lo sacudió y lo llamó casi a gritos:

—¡Tío Tucú! ¡tío Tucú! ¿Qué tiene?

Silencio más silencio fue la respuesta. Y mientras el tiempo transcurría, el venerable anciano se iba poniendo cada vez más rígido, más apergaminado, se iba enfriando.

—¡Tío Tucú!... ¡Tío Tucú!... ¡siga el cuento!... — dijo Pablo al tiempo que le acariciaba el rostro con una mano. Entonces, preso de una gran nerviosidad, se dio vuelta, miró a sus compañeros que estaban pendientes de sus palabras, que estaban como asombrados, y les dijo:

—¿No se habrá muerto?

—¡Tío Tucú!... — gritó por última vez, desgarradoramente, con los ojos húmedos de lágrimas.

De pronto, las palabras se atropellaron y saltaron de su boca:

—¡Corran!... avisen a mama, y a todos, que el tío Tucú, ha perdido el habla... ¡parece que está muerto!

....

EPILOGO

La noche era fría, casi glacial. Noche fría y serena con una gran claridad lunar. La luna bañaba con su luz, el bosque extendido de sombras y silencios, las ondulantes colinas, el río henchido de rumorosa corriente, las "islas" embrujadas, los "pasos", los caminos y barrancos. Todas las cosas se hacían más bellas en el campo por aquella diafanidad casi celeste. Solamente quebraba esa paz, con sus chistidos, la noctámbula lechuza de fulgurantes ojos. El ganado, en grandes masas apeñuscadas, se movía lento por las llanuras rumiando silenciosamente.

El trillo angosto que conducía a la morada del rancho del venerable tío Tucú estaba tan blanco, como si hubiera sido rayado con una tiza. Y en esta noche fría y clara, ese camino se vio recorrido como nunca. Era un continuo ir y venir de gente, a pie y a caballo.

Todos marchaban al velorio del viejo leñero, el indio ya octogenario, que había visto desfilar en el "pago" varias generaciones y que era guardado en dominios de los Souza, como si fuera una reliquia.

La noticia, llevada por los muchachos a las casas, cundió por todo el "pago" al cabo de pocas horas.

"Puesteros", "peones", "capataces", "linderos", y otras tantas personas, fueron llegando a "la estancia de los Souza"; desde allí se encaminaban en grupos rumbo al rancho que distaba de las casas, como ya se ha dicho, unas diez cuadras, en el corazón del monte. Era un verdadero desfile de gente. El tío Tucú era algo así como un viejo abuelo de todos. Aquellos que se

enteraron de su muerte se apresuraron a rendirle el homenaje póstumo, pues era realmente querido y apreciado por todo el pago, a pesar de que en los últimos años, su vida montaraz lo había tornado en un ermitaño. Amaba la soledad del monte, la meditación, el canto de los pájaros, los niños, el río...

Y allí estaba en el interior de su rancho, construido por él mismo hacía ya no menos de treinta años, durmiendo su último sueño, sobre una mesa de pino blanco, metido en un modesto cajón forrado de merino negro y cubierto con una mortaja de pana del mismo color. Cuatro grandes velas de sebo iluminaban su rostro inundado de una gran serenidad. Su boca, algo entreabierta, sugería que iba a continuar su cuento, su cuento último que nadie supo si quedó trunco, o si lo terminó en el preciso instante en que le sorprendió la muerte. Allí estaban junto a él, casi todos los muchachos que habían saboreado sus postreras narraciones.

También le hacían compañía otros tantos que fueron llegando con sus padres, a pasar la noche. El viejo brasero estuvo encendido durante mucho tiempo; encima de él había varias calderas con agua caliente, para servir el clásico "mate amargo", que alivianaría las horas y desentumecería del frío que helaba. Había varias botellas de "caña brasilera" para los patrones y visitas de cierta categoría, caña que era servida en vasos; y los de menos cumplimientos, en señal de camaradería, sorbían el líquido por el pico de la botella. Un viejo peón de bombacha, arrastrando sus chancletas, en una bandeja, iba alcanzando a los presentes unos pocillos que después colmaba con aromático y retinto café. Y así fueron desfilando las horas entre

charla y charla, con alusiones y recuerdos referentes al muerto a quien enaltecían.

Alguien trajo a colación que la vida solitaria que llevaba desde hacía muchos años el tío Tucú se debía a un desengaño amoroso. Cuando aquí, interrogado al respecto, siempre contestaba: "No me hablen di'amores, mi novia es la soledá". Otros dijeron que en el juego había perdido todos sus bienes. Entonces, su viejo amigo el primitivo dueño de aquellos dominios, don Serapio Souza, le había permitido levantar su rancho donde actualmente estaba, para explotar la leña. En labios de muchas "comadres" salía a luz su pasada vida íntima.

En un rincón estaba Pablo, rodeado de un gran número de muchachos. Todos estaban dominados por el mismo dolor. Los más grandes, los que regulaban en edad con el "patroncito" se lo pasaron parte del tiempo de pie; casi podría decirse que le hacían "guardia de honor" turnándose entre ellos. Varias veces durante la noche, Pablo, le renovó las velas y le arregló la mortaja junto al cuello; de cuando en cuando le alisaba la cabellera blanca, llamando la atención de los mayores su entereza.

La servidumbre de la estancia había confeccionado una hermosa corona de siempre vivas con hojas de magnolia doradas.

Un ramo grande de rosas frescas con un lazo de cinta fue la ofrenda de Pablo y sus camaradas. Lo depositaron sobre la cabecera del ataúd que estaba recostado a la pared del rancho, donde estaba la tapa, igualmente forrada de merino negro; encima se destacaba la clásica cruz de cinta hilera.

La atmósfera estaba saturada de perfumes de flores diversas. Había grandes ramos de "jazmín del país",

"heliotropos", "retamas", "madreselvas" y "junquillos", los que fueron depositados sobre la mesa, junto al cajón. También había un fuerte aroma a tabaco brasilero. El tufo de las velas, al arder sus pabilos, impregnaba el aire con un olor pestilente. De vez en cuando caían sobre la mesa gruesos goterones de sebo derretido a manera de lágrimas.

Ya estaba "clareando". El monte se fue llenando de ese vivo rumor de picos y batir de alas, que caracteriza el despertar de los pájaros. Los "benteveos", "horneros" y "cardenales" de rojos copetes, fueron los primeros en saludar con sus cantos la salida del sol. Algunas "pavas de monte" muy cerca de sus nidales, soltaban garbosas su áspero canto; parecían estar haciendo gárgaras.

Amanecía lentamente...

Ya se habían retirado muchas personas del velorio. En la amplia pieza del rancho, estaba la madre de Pablo, rodeada de varias consecuentes amigas que se quedaron toda la noche haciéndole compañía al muerto y a ella.

Desde afuera, llegaba el olor a carne asada.

Algunos "peones" que se habían quedado a pasar la noche junto a los Souza, estaban "churrasqueando", entre mate y mate. Pablo también había velado todo el tiempo con muchos de sus compañeros.

De pronto un cencerro anunció la proximidad de una jardinera que llegaba conduciendo a alguien. No tardó mucho en descender del vehículo, ayudada por varios de los presentes, una viejecita, toda vestida de negro, con una mantilla sobre la cabeza que dejaba entrever dos grandes mechones blancos sobre las sienes.

Agradeció, apenas, la ayuda prestada al bajar, pues venía sumergida en un mundo de recuerdos; su semblante reflejaba honda amargura.

Se detuvo frente a la puerta del rancho. Sus ojos, de un color gris, permanecieron largo tiempo en una muda contemplación de la capilla ardiente. Fue avanzando lentamente. Cada paso que daba parecía pedirle permiso a la tierra que pisaba; se diría que era una sombra que avanzaba en cuerpo de mujer. De la bocamanga de su saco fue extrayendo con lentitud un pañuelo blanco de encaje que llevó a sus ojos.

Todos los presentes contemplaban con curiosidad a aquella mujer anciana desconocida, de aspecto tan pulcro y lleno de dignidad, cuyo rostro blanquecino, surcado por algunas arrugas, delataba los cuidados de mujer de ciudad.

Sus labios finos, desde que entró, parecían moverse al impulso de alguna oración. Se fue acercando al ataúd hasta poner su mano izquierda, de menudos dedos, sobre él, como buscando apoyo. Después, con la diestra, fue arreglando algunos pliegues de la mortaja cerca del cuello, sin cesar de contemplar el rostro del muerto, que acarició dulcemente, al igual que sus cabellos de nieve.

Luego, dirigiéndose al grupo de señoras, con voz trémula, entrecortada por la emoción exclamó:

—¡Está igualito, mi Dionisio! ¡Dios lo tenga en la gloria! — y alzando los brazos en seguida agregó: Disculpen ustedes... Vengo desde muy lejos. He querido despedirme de él por última vez. ¡Hacía ya más de cuarenta años que no lo veía!... ¡Lo quise tanto! Han de saber ustedes que yo soy Basilisa, aquella novia que tuvo en su juventud.

El tono de la viejecita conmovió a todos los presentes. Luego dirigiéndose al muerto, exclamó:

—¡He sufrido tanto, Dionisio! ¡Yo no tuve la culpa! ¡Y todo por llevarme de los consejos de mis padres! Ellos me obligaron a dejar los amores. Decían que eras un hombre que me harías desgraciada para toda la vida, pues tenías una gran pasión por el juego... ¡y que el juego era la perdición de los hombres!

Lo conocí el día que corría por vez primera su caballo "tostado", que se llamaba "Tatú". Fue famoso en el "pago" y dicen que ganó todas las carreras. Ustedes deben haber oído hablar alguna vez de esto. A menudo solía montarlo cuando me visitaba. ¡Vieran que linda estampa tenía en su pingo! Supe después que aquí le decían tío Tucú. Pero para mí siempre fue Dionisio, ¡mi Dionisio! ¡Ah! si yo me hubiera dejado llevar por mi corazón, ¡qué felices hubiéramos sido los dos en este humilde rancho! El llanto nubló sus ojos, y el pañuelo enjugó sus lágrimas.

Ante la emotividad de aquella escena saturada de lejanos recuerdos, la viejecita, muy pronto se vio colmada de atenciones por la madre de Pablo, quien, le manifestó haber conocido aquella historia de sus amores con Dionisio Píriz. Dijo la viejecita que sus padres se habían trasladado a un pueblo lejano del lugar, para que olvidara aquel amor, frustrando así sus esperanzas.

Muy pronto llegó el medio día. También llegó la tarde. Ya se acercaba la hora de efectuar el entierro. Todos los muchachos se fueron despidiendo, uno por uno, con lágrimas en los ojos, del muerto querido, toda una figura patriarcal.

Pablo fue el primero en besarlo en la frente, al tiempo que acariciaba con una de sus manos, aquella

melena blanca. Desde el fondo de su corazón le brotaron estas palabras:

—¡Ya no oíremos más su voz, ni sus cuentos tan lindos!

Basilisa, la viejecita, la novia que había llegado con la aurora, le puso algunas flores sobre el pecho y un crucifijo; luego lo besó en la frente.

Aquellos ojillos de dulce mirar, lo contemplaron por última vez. En el semblante de aquella anciana, resplandecía la dulce serenidad y fortaleza que da la fe cristiana. Oró por largo tiempo. Sus rezos en la humildad de aquel ambiente adquirieron ritualidad solemne.

Poco después, le pusieron la tapa al cajón.

Lo clavaron.

Junto a los espinillos se había abierto una fosa.

El lugar apenas si distaba una cuadra del rancho.

Se puso en marcha el cortejo. Pablo y Leoncio tomaron las asas del cajón.

Otros dos muchachos lo imitaron. Y en silencio, acongojados, fueron siguiendo tras el ataúd, hombres, mujeres y niños.

Sólo se oía el leve rumor, producido por las pisadas sobre las hojas secas del bosque, y el canto aislado de algún pájaro que daba su alerta al sentir los pasos de los grupos de gente. Pablo, secundado por su madre, hizo que se cumpliera la última voluntad del venerable anciano. Así, antes de arrojar la primera palada de tierra, después de haber sido depositados aquellos despojos en la fosa recién abierta, un viejo peón puso la piel de su caballo "Tatú" tan querida, para que le sirviera de poncho y le calentara los huesos más allá de la muerte, como él les había manifes-

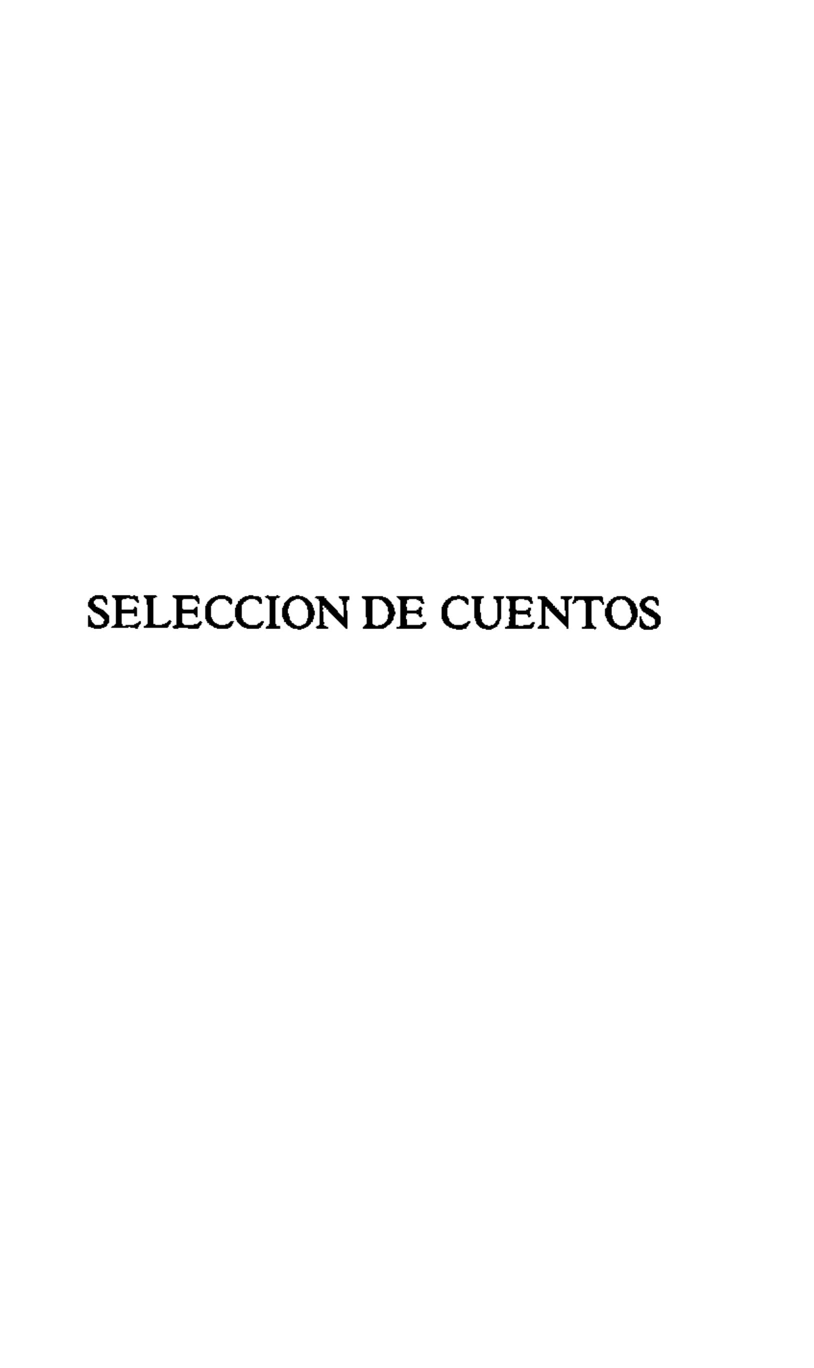
tado. El cuero amortiguó el seco rumor de las primeras paladas de tierra al caer sobre el ataúd.

Y aquella tumba, recién abierta, se transformó en un promontorio de flores.

Días después, se alzó una cruz de madera pintada de negro. En el centro una chapa de bronce que tenía la forma de un corazón, ostentaba con letras en relieve esta sintética inscripción:

"TIO TUCU"
Descansa en paz

...Y quedó durmiendo el último sueño bajo los espinillos, en medio de la densa y callada soledad del monte, aquel viejo narrador de alma gaucha.



SELECCION DE CUENTOS

ESTA BIEN, TATA *

Aquel domingo, desde muy temprano, en la estancia de don Brígido Funes, estuvieron de gran limpieza y arreglo general. No quedó rincón de la casa donde no se hubiera pasado la escoba o el plumero. El traslado de los muebles de un lugar para otro, el lavado de la loza, el ir y venir de gente, y agunos gritos de protesta de la que "dirigía la batuta", la antigua "piona" doña Ramona, le daba a la estancia, interiormente, un aspecto verdaderamente extraordinario.

El día anterior, las muchachas de la casa habían estado almidonando y planchando sus ropas, sacando al sol las alfombras y los cortinados; pero ese domingo se ocuparon especialmente en cortar flores y arreglar con esmero el cuarto que debía aposentar a Indalecio, el hermano menor de aquella larga familia, quien llevaba cinco años de estada en la capital, estudiando "medecina" como ellas decían cuando les preguntaban qué carrera iba a seguir. La madre estaba en la cocina haciendo toda clase de dulces y platos exquisitos para esperar al hijo, en quien cifraba todas sus esperanzas y que sería más tarde el orgullo de la familia.

En todos los rostros se pintaba la alegría, y hasta la "peonada" estaba de gran holgorio en el galpón; pues aquel domingo había "caxaxa" y ginebra en abundancia, y no faltaba quien hiciera vibrar las cuerdas de la guitarra para dejar oír algunos sentimentales

* **Tacuarí.** Montevideo, 1924, págs. 57-64.

estilos. En la despensa el pardo Cleto aturdía con su acordeón, ensayando algunas piezas de baile.

Sólo don Brígido permanecía ajeno e indiferente en cuanto a todo movimiento de la casa. Era don Brígido un hombre de unos cincuenta y cinco años, de mediana estatura, de barba medio encanecida, de ojos chiquitos y mirada chispeante; era fuerte como el ñandubay de nuestros montes. Querido por sus amigos y estimado en la comarca, su nombre era pronunciado con veneración y respeto por todos. Nunca a nadie hizo mal; fue bueno, pero a la vez recto y severo en sus actos. Prestó grandes servicios a las revoluciones, y como comandante supo distinguirse por su impetuoso valor, inspirando un acatamiento ciego a "su gente" quienes se hacían matar por una orden de su jefe.

En épocas de paz era un excelente ciudadano; mejor dicho, un buen criollo: servicial y humanitario, "sin mirar el pelo" según el clásico decir gaucho, teniendo más de una vez gestos de acendrado patriotismo.

Generalmente, los domingos, desde hacía muchos años, era costumbre de don Brígido contestar las cartas por intermedio de su administrador, quien las redactaba, pues, según él, "tenía güena letra y era muy letrao".

Hacía largo rato que se encontraba aquella mañana en el escritorio contestando con atraso la correspondencia; pero ninguna como la última carta le costó tanto trabajo. Se trataba nada menos que de política. Su viejo amigo y compadre don Celedonio Suárez, hombre de saneados prestigios dentro de su partido, le había pedido, "que lo acompañara con toda su gente en las próximas elecciones, para ganarle con *raya y luz* al gobierno".

Paseábase nervioso, de un lado para otro, gesticulando, cuando, de pronto, se detuvo, y dando un recio golpe con la diestra sobre la mesa, que fue algo así como un zarpazo, pronunció estas palabras con voz fuerte:

—Lamento mucho, compadre, no poder dir juntos como en otras ocasiones, extrañándome que hombre de su laya...

Su palabra quedó trunca, porque, inesperadamente, desde afuera, llegaron las voces y los gritos de alegría de toda aquella turba, que, desde hacía varios días aguardaba con ansia la llegada de Indalecio. Entre besos y abrazos fue conducido casi en andas a presencia de su padre. Don Brígido, después de haber estrechado en sus brazos al recién llegado, le habló con paternal cariño de esta manera:

—¡Qué cambiao qu'estás, m'hijo! ¡T'estás golviendo mozo!

—Es verdad, papá... ¡Hacía tanto tiempo que no nos veíamos!

—Güe... ¿Y vos ya no me decís de tata? ¡Yo soy tu tata! ¿No lo sabés?... ¡No digo!... ¡Hasta l'idioma nuestro t'enseñaron a olvidar los puebleros!

—Pero, papá..., es que... tata, está mal dicho.

—¡Conqu'está mal dicho!... ¡Ta güeno!...

Luego, dirigiéndose al administrador:

—Y dígale a mi compadre qu'hecho el propósito de no votar más, porque vote o no vote en mi país, las cosas marchan siempre lo mesmo.

—¡Ave María, Brígido! ¡Qué recibimiento a l'hijo dispués de tanto tiempo! — reprochó doña Filisbina a su esposo.

—¡De veras! ¡Qué dirás vos, Indalecio! — agregó Casilda, la hermana mayor, — y sobre todo, ¡qué te

importará de la política! Vení p'al comedor a prosiar con nosotras.

El muchacho, que era un acérrimo partidario de la política, recién llegado de la capital donde el "camoatí estaba alborotado" por las grandes campañas electorales que venían realizando los partidos políticos, para los próximos comicios, oportunamente interrogó a su padre:

—Pero..., ¿cómo, papá? ¿Usted piensa no votar?

—¡Ya t'he dicho que me digás como antes... de tata! — Y luego agregó: —¿Pa qué? ¿Pa servir de escalera a los dotores?... ¡Pa eso mi osamenta ya es vieja!... ¡Si juera pa dejarla po'el campo, ande vide tantas cosas!...

—Esos tiempos ya pasaron — replicó Indalecio. — Hoy es otra clase de lucha: ¡la lucha de la democracia, del civismo! La divisa, que tanta sangre de hermanos ha costado, se llama hoy libertad, patriotismo; y las lanzas en las que usted todavía sueña, se han trocado en balotas, que son las que han de decidir el triunfo de uno u otro partido. Sí, papá; hoy se lucha en otra forma. Hoy se hace la guerra entre los partidos políticos, pero una guerra en paz. Usted dejaría de ser un buen partidario, si por capricho o por mera voluntad dejara de votar.

—Se conoce qu'estudeás pa dotor. T'expresás lindo; pero no me vas a envolver con tu labia. Otros como vos, han llegao hast'aquí con las mesmas miras tuyas; pero soy duro'e boca y no hay freno que me venga bien.

—Es la evolución de las cosas — prosiguió Indalecio. — Ustedes mismos con su abnegado heroísmo, sacrificando todo, se lanzaron por las cuchillas, y a botes de lanza fueron abriendo ancho camino a la democra-

cia; porque las elecciones de hoy son una consecuencia lógica de nuestras guerras civiles, que tantas lágrimas y crespones puso sobre el suelo de la patria.

—Está muy bien, m'hijo; pero la cosa es que siempre el partido está por subir al poder; siempre la mesma historia, las mesmas promesas y dispués... ¡nada!

—Creo que usted debe haber leído detenidamente la Nueva Constitución, ¿verdad?

—Sí..., la he léido de'a ratos.

—¿Sabe que fue hecha por todos los partidos? ¿Y gracias a ella, tenemos representantes en el Consejo, que por ella tenemos casi la mayoría en el parlamento, varios senadores, el gobierno de diez departamentos, y un sinnúmero de correligionarios en puestos públicos? ¿Qué tenían ustedes cuando andaban de revoluciones? ¡La divisa, la lanza, y un pecho muy fuerte y desinteresado por coraza, y adentro un corazón de oriental, nada más!

—¡Lindo por el niño don Indalecio! — exclamaron a un tiempo varios peones allí presentes.

—Güeno, m'hijo, romperé la carta de mi compadre y le contestaré satifatoriamente, pero antes atendeme: —Mirá "qu'el que escupe al cielo, en la cara le cae". Yo no creo que vos, siendo m'hijo, me vayás a engatuzar; porque si engañás a tu tata, te engañás a vos mesmo, ¿comprendés?

—¡Pero, papá, cómo quiere que su hijo!...

—Güeno, ¡basta! ¡T'he dicho que me digás de tata como antes, de tata! ¡¡Tata!!

Indalecio bajó la frente ante todos los concurrentes que momentos antes se sintieron cautivados por su

oratoria, y, humildemente, resignadamente, devotamente, casi heroico, finalizó aquel largo diálogo con estas palabras:

—¡Sí, ta... ta, está bien, tata!

TARDE O TEMPRANO... *

El alba vestía con tules de novia toda la campiña; la naturaleza despertaba lentamente. Un aura tibia mecía el follaje de los árboles cercanos. Los pastos, temblorosos como de emoción, recibían inquietos aquella caricia blanda. Los "teros", cual si fueran liliputienses gauchos "compadrones", lanzaban desde los matorrales su estridente y jubiloso grito. Algunos potros, de flotantes crines, corrían libres por las llanuras y con sus agudos relinchos, iban quebrando la paz del ambiente casi diurno. Los gallos, sultanes del gallinero, hacían estremecer el aire con sus cantos, paseando su elegante silueta con arrastres de ala ante el esponjamiento de las favoritas del harem.

Serían las cuatro de la mañana.

Adentro del rancho, de paredes de ladrillo sin revoque y techumbre de "paja brava", recostado en el marco de la ventana que daba al campo, estaba don Floro, aquel criollo de barba medio cenicienta, de líneas severas y de mirada torva. Pasó, desapercibida, para él, una carreta de crujientes ejes, que marchaba lenta, pesadamente, por el camino cercano. Tampoco oyó la lánguida "vidalita" que iba chiflando el carrero.

Don Floro, al mismo tiempo que contraía las mandíbulas hasta hacer rechinar los dientes, apretaba un cigarro de chala entre los dedos. Parecía estar mascando algo muy duro de tragar.

---

* **Salvaje**. Montevideo, 1927, págs. 58-79.

Al lado suyo, sentada en un sillón, estaba doña Jacinta, la que de vez en cuando se pasaba la punta del delantal por los enrojecidos ojos. Esto lo hacía en el mayor silencio, sin una queja.

En la alcoba contigua, alumbrada por una lámpara de mortecina luz, estaba en la cama Nicasia, la única hija de ese matrimonio gaucho, próxima a parir. Acompañábala Fulgencia, una negra fiel y servidora.

Apenas uno que otro quejido se oía. La parturienta soportaba con todo estoicismo sus dolores, mordiendo, a veces, frenéticamente, una toalla.

Mientras tanto, allá lejos, coloreábase el horizonte con los rosados tintes de la aurora.

Don Floro todavía no había cambiado de postura. Estaba como pegado a la ventana. Varias veces su mujer estuvo a punto de dirigirle la palabra y otras tantas veces se vio obligada a retroceder, pues un nudo invisible le apretaba la garganta. Ella conocía muy bien el carácter de su hombre y temía algo grave. El tiempo transcurría así... en silencio.

Después de muchas vacilaciones, haciendo un gran esfuerzo, con voz entrecortada, temblorosa, doña Jacinta dijo:

—¡Perdonála, Floro!

Él no respondió nada, ni se dignó mirarla. Permaneció siempre en la misma posición, manteniendo aún el rostro hacia el campo, la mirada dura y el entrecejo fruncido. Y seguía también contrayendo las mandíbulas hasta hacer rechinar los dientes y apretando con violencia el cigarro de chala apagado entre los dedos.

Ella continuó hablando en tono lastimero:

—¡Pobrecita! ¡Cómo estará sufriendo! Ni se queja... ¡Aguanta todo, resinada! ¡Perdonála, Floro! Cuasi que eya no tiene la culpa... Yo mesma soy la

causante de lo que ha pasao. Debía haberla vigilao más cuando andaba di amores con ese sabandija. ¡Quién diría que Marcos s'iba portar asina, tan chanchamente, dispués de haberlo tratao como a un hijo! ¡Perdonála, Floro!... ¿La perdonás?

—A eya... ¡sí! — respondió secamente, el criollo, sin hacer el más ligero movimiento.

Hubo un nuevo silencio entre los dos. Por la mente de aquella criolla cruzó instantáneamente una escena trágica. Creyó que su marido estaba tramando la venganza contra el seductor de su hija.

—¡No vayás hacer un disparate, Floro! — le dijo. Mirá qu'entuavía está a tiempo pa tapar la falta; que puede que güelva y se case...

Él no contestó. Seguía mascando, mascando esa píldora dura de tragar.

De pronto, asomóse a la puerta la negra Fulgencia, mostrando en una sonrisa ancha las dos hileras de sus dientes blancos, y, con grandes aspavientos, dijo:

—¡Patrona, prienda la vela al San Ramón!

Doña Jacinta levantóse presurosa del asiento, encendió la vela al santo, sobre la veladora, y de rodillas, comenzó a orar.

Poco después, la enferma lanzaba unos quejidos apagados, largos, hondos...

La negra la consolaba de este modo.

—No se queje, m'hijita... tenga pasencia. ¡Aguante, pa eso semos mujeres!

Al rato, la misma comenzó a gritar toda azorada:

—¡La tijera!... ¡Pronto, la tijera!...

Doña Jacinta corrió a la pieza de la parturienta, llevando lo solicitado. Ella misma cortó el cordón umbilical.

Durante todo ese tiempo, don Floro permaneció rígido, indiferente a todo, como si estuviera adherido a la ventana.

Muy pronto la estancia zaumóse con el sacro perfume de la maternidad. El gran árbol humano, tenía un nuevo gajo, enflorándose con el rumor alegre de sus vagidos.

La naturaleza, en ese instante, parecía asociarse a esa manifestación de vida. El campo entero se llenaba con las alegrías del amanecer, mientras allá lejos, en el oriente, aparecía el sol con su rubia y despeinada cabellera de luz.

—¡Macho!... ¡Venga'verlo, don Floro! — dijo la morena, asomándose por la puerta entreabierta.

Tampoco respondió él, esta vez. Ni siquiera movió los labios. Seguía estático. Pero en cambio en la cueva de su cabeza hormigueaba un sin fin de pensamientos feroces llenos de venganza.

—¡Tarde o temprano me las va'pagar! — díjose al fin, al tiempo que apretaba nerviosamente el cigarro que tenía entre los dedos.

Con la uña larga del meñique izquierdo, tiró la ceniza del pucho. Encendió el yesquero y luego comenzó a "pitar" con parsimonia.

Hacía más de una hora que estaba solo. De pronto abrióse la puerta que daba a la alcoba de la enferma y apareció doña Jacinta trayendo en brazos al niño desnudo. Sin miedo alguno, detúvose ante don Floro, y acomodó bien al recién nacido sobre sus manos como si descansara en una bandeja. Luego, sonriente, alzó bien alto los brazos, y a modo de ofrenda, díjole a su esposo:

—¡Mirálo, Floro, qué lindo es!

Él apenas movió la cabeza. En el rostro del criollo, no se reflejaba ni la menor sorpresa. Miró a su mujer y después al niño, el que seguía durmiendo con una sonrisa dulce entre los labios.

—¡A verlo! — dijo de pronto con voz sorda, mientras tomaba con sus manoplas aquel montoncito de carne recién salida del crisol humano.

Lo acercó a la ventana para que la luz le diera de lleno en el rostro. En ese instante, el niño abrió los ojos, hizo unos pucheros y comenzó a llorar.

Don Floro, mientras tanto, lo contemplaba como asombrado, casi sin pestañear.

—Tiene el pelo a lo inglés... los ojos azules... ¡ni parece nacido en el país! — dijo, para sus adentros, con íntimo desprecio.

—¡Tráilo que toma frío! — rogó doña Jacinta.

—Ya te lo vi'a dar...

—¡Tráilo!... — repitió su mujer, medio asustada al ver el semblante demacrado de su marido y la mirada terrible que le dirigía al pequeño.

Él, pausadamente, dijo:

—Lindo gurí... ¡Lástima que se parece a Marcos!

Enseguida alzó con violencia el brazo izquierdo, aferrando con los grifos de sus dedos al tierno niño. Lo miró fijamente unos segundos, sin escuchar su llanto. Favorecido por la caída del poncho, llevó la diestra a la cintura y cautelosamente, sin ser visto, fue desenvainando la daga.

Doña Jacinta permanecía inmóvil. El miedo la había hecho enmudecer y corríale un frío por la garganta. A pesar de todo, no perdía de vista a su marido; estaba atenta, pendiente al más mínimo gesto o ademán.

Cuando él, fuera de sí, pretendió hundir la daga en el pecho de la criatura, ella, cual si fuera una tigra, dio un tremendo salto y de un zarpazo, le arrebató la presa. Entre ellos se cambiaron unas miradas trágicas, con las facciones descompuestas.

Ambos pechos estaban en suspenso; ambas lenguas estaban como trabadas; ámbos, estaban como petrificados.

Inesperadamente sonó una voz lánguida de la otra pieza:

—¡Mama, traigameló!

—Ya voy, m'hija.

Doña Jacinta, antes de dar la espalda a su esposo, le dijo en voz baja, ahogada por la emoción:

—¡Bárbaro!... ¡Qué ibas'hacer!

—Nada, mujer... ¡Jué una broma!... — respondió. Jué pa asustarte.

Enseguida se marchó doña Jacinta a la pieza de su hija, cantando un arroró al niño que lloraba en la cuna de sus brazos.



Pasaron varios años. Nadie se enteró de esa escena bárbara. Con el tiempo, el carácter adusto de don Floro se fue trocando poco a poco en una bondad sin límites y en un acendrado cariño hacia todos los suyos. El niño crecía al calor de los mimos de la madre y de los abuelos. Ya estaba próximo a cumplir los cinco años.

Con todo, doña Jacinta no cesaba de vigilar a su marido, pues aún no le merecía toda su confianza. Temía ser sorprendida el día menos pensado con un arrebato de su cólera. Él, por su parte, también se había dado cuenta de la vigilancia de que era objeto.

Cierta vez, don Floro dijo a su mujer:

—No tengás miedo... No le voy'hacer nada. ¿Qué culpa tiene el pobre inocente? En cuanto a Marcos... ¡ese sí que me las pagará tarde o temprano!

—¡Pero Floro!... ¿entuavía tenés malas ideas dispués de tanto tiempo? ¡Andá a saber qué será de la vida de Marcos! ¡A lo mejor ha muerto!

—Ya me lo he jurao... Tarde o temprano... — rumió él.

—Dejáté de sonseras, ¿querés?... Estás chocho, ni sabés qué hacer con el gurisito. Si no juera rubio, sería tu mesmo retrato. Tiene la nariz repingada y los ojos encapotaos como vos.

Hubo un silencio y al rato él dijo:

—¿Sabés una cosa, vieja?

—¿Qué?

—El otro día me dijeron que Marcos estaba empleao de guarda por la frontera.

—¡Floro!... ¡Sé prudente!... ¡No vayás hacer un disparate!

—Tené pasencia. Hace cinco años que lo ando campiando. Ya lo he jurao...

—¡Floro!...

—Tené pasencia... — dijo y calló.

Hacía mucho tiempo que don Floro vivía alejado de todo centro de reunión. No visitaba a nadie. Si alguna persona conocida llegaba a "las casas", él trataba de "sacarle el cuerpo". A veces, cuando doña Jacinta le instaba para que concurriera a tal bautismo o casamiento a realizarse entre sus amistades más íntimas, él siempre respondía de mala gana:

—¿Pero vos te crés mujer, que yo tengo cara de presentarme delante de la gente, dispués de lo que ha pasao con m'hija?..

En el pago se iba a realizar unas carreras de importancia. Don Floro había resuelto presenciarlas. Hacía varios años que no experimentaba las emociones de esa su diversión favorita.

Llegó al fin el deseado día. Don Floro ensilló su "pingo" y se marchó con el cinto repleto de "doradillas".

La mala suerte quiso que, un par de leguas antes del punto de reunión donde se iban a celebrar las carreras, se encontrara con Marcos. Ambos, al verse, sofrenaron los caballos a corta distancia, cruzándose una mirada llena de asombro.

Don Floro, encogióse de hombros, desfrunció el ceño, adoptó una sonrisa, y le dijo con bastante dulzura:

—Marcos...

—¡El mesmo! — contestó con altivez el mozo.

—Pero... ¿sos vos, Marcos? ¡Cuántos años que no te véia! Te créibamos muerto. ¿Qué es de tu vida muchacho? ¿Pa onde vas?

El gauchito bastante desconcertado ante tan humildes palabras, no supo que contestar. Al rato, sin darse cuenta, dijo:

—Voy pa las carreras.

—Pá ya mesmo voy yo.

—¿Va pa'ya?... Entonces...

—Vamos... Parece que van a'star muy lindas.

—Asigún las mentas...

—Vamos diendo pues...

—Vamos — dijo el mozo.

—¡Qué Marcos éste!... Parece que nos olvidaste del todo. Dend'el día que te juiste la pobre Nicasia quedó sufriendo; entuavía no te ha olvidao. La vieja y yo, con frecuencia nos acordamos de vos.

—¿Qué quiere?... ¡Cosas del destino, don Floro!

—¡Qué destino, ni destino! Decí locuras de muchacho. ¿Vos te crés que yo también no hice locuras de mozo? Tuitos hemos hecho nuestras diabluras. Si vos me hubieras hablao como hombre, las cosas se hubieran arreglao de otro modo. Yo les hubiera hecho hacer unos ranchos, les hubiera regalao un pedazo e campo y una cuantas ovejitas pa que lo poblaran...

—Reconozco, don Floro, que m'he portao con ustedes puercamente.

—¡Cosas de muchacho sin cabeza, nada más! Si hubieras sido franco, hoy serías el hombre de mi confianza. Ya voy pa'viejo y necesito una güena persona al lado mío.

—Don Floro... ¡qué güeno es usté!

—¡Si vieras que lindo gurisito tuvo Nicasia! Es tu mesmo retrato. Tiene el pelo a lo inglés como vos; los ojos bien azules... Es tu figura en pinta.

—¿De veras, don Floro?

—¿No sabías nada?

—Malisiaba...

—Vos hiciste las del tordo... hiciste las mesmas locuras que hemos hecho todos. Mirá... — díjole de pronto, deteniendo la marcha de su caballo. — ¿Vamos a no dir a las carreras? ¿Te animás a venir conmigo hasta casa? Asina conocés a tu hijo. No te van a recebir mal... ¡En medio de todo, ya hace tantos años!... Tuitos te han perdonao. Vení, da güelta; vamos pa mis ranchos.

—¿Qué van a decir de mí, don Floro? ¡Yo me he portao tan mal con ustedes!

—Dejá que todo corra por mi cuenta. Ya vas a ver como tuito se va'arreglar.

Desandaron el camino y llegaron a "las casas", ante la estupefacción de todos.

***

Aparentemente, todo parecía haber quedado en la más perfecta armonía. Marcos los visitaba con frecuencia, y era tratado igual que antes, como cuando era novio de Nicasia. No tardó en hablarse de casamiento. Un buen día el mozo trajo sus "cacharpas", hizo abandono de su empleo y se quedó en la estancia. Las tareas a realizarse requerían muchos brazos. Todo permanecía en el más completo abandono. Don Floro había perdido hacía tiempo, hasta las ganas de trabajar.

Allí todo era desidia. El potrero estaba lleno de abrojales. Al fondo del campo, por donde pasaba el camino, límite de su heredad, enseñoreábanse las chilcas y los cardos.

Las cañadas estaban lampiñas, huérfanas de agua. Se habían perdido muchas ovejas ese año y el ganado vacuno se moría, sin que se tomara medidas para evitar el mal. Solamente en una extensa hondonada, en la que había un poco de verdor, pacía el ganado, cuanto cuanto, como para mantenerse de pie. Los rigores del verano amenazaban con una sequía interminable a toda la hacienda.

El campo asemejábase entonces a un inmenso poncho de vicuña extendido sobre la tierra. Tal era la impresión que daban los pastos resecos, los que, a la menor pisada, quebrábanse como si fueran varillas.

Cierta tarde, don Floro, aprovechando la ausencia de su familia, convidó a Marcos para hacer una recorrida por sus dominios. Ensillaron y partieron al tranco, conversando sobre cosas triviales del ambiente en que vivían.

Don Floro, en silencio, contemplaba con tristeza el panorama yermo que ofrecían las tierras con sus pastos resecos. Luego, díjole a su acompañante pausadamente:

—Año malo va'ser éste... ¡Qué pena, cómo muere el ganao!...

—¡Devera, es una lástima! — contestó Marcos.

—Ni tiene miras de cáir agua. El arroyito se ha secao hace más de un mes... En las cañadas no hay ni una gota... ¡Hasta el pozo va en camino de secarse!

—Me parece que áhura, don Floro, ta soplando un vientito medio cargao... ¿no s'estará armando el tiempo?

—¡Qué va'llover! ¡Ni que metan veinte San Antonios cabeza pa abajo n'el pozo!

Y así, unas veces silenciosos y otras "prosiando". emplearon varias horas, en la recorrida, bajo un sol ardiente. La palabra se les hacía cada vez más pesada y salía de sus labios con intermitencias. Los caballos iban casi juntos; muchas veces chocaban los estribos. Solamente se detenían para reconocer algún animal muerto, exclamando condolido el dueño:

—¡Lástima no poder evitar esto! ¡La muerte se va colando por mi campo como si juera viento!

Llegaron al fondo, al codo formado por el camino. Revisaron varios postes del alambrado, cerraron una potrera y luego, lentamente, fueron atravesando el inmenso chilcal. Don Floro iba ensimismado; aparentaba estar poseído por una idea fija. Varias veces Marcos le dirigió la palabra, y él apenas si le contestaba con monosílabos, o con uno que otro movimiento de cabeza. Su rostro habíase tornado de pronto intensamente pálido; la mirada era torva, y, de vez en

cuando, apretaba las mandíbulas hasta hacer rechinar los dientes. También oprimía con violencia el pesado "talero" que llevaba en la diestra. De pronto sofrenó el caballo, irguió el cuerpo y señalando un bulto a lo lejos, le dijo al mozo:

—Mirá pa ya... El torito pampa n'el suelo.

—¿Onde?

—Áhi nomás... Entre esos cardos...

Cuando el mozo dio vuelta la cabeza, don Floro enarboló el "talero", y con todas sus fuerzas, le asestó en la nuca un golpe brutal.

Desplomóse Marcos del caballo sin pronunciar palabra. Cayó boca arriba, sin sentido. El agresor, con gran presteza apeóse. Después de contemplar breves instantes al caído, desenvainó la daga con la idea de "despenarlo".

—¡Yo me lo había jurao que tarde o temprano me las ibas a pagar! — dijo pausadamente.

Con la daga empuñada y el sombrero en la nuca sostenido por el barbijo, miró al largo camino que se extendía a su frente. De un vistazo, a la redonda, fue escrutando las lejanías, para convencerse si realmente estaba solo.

Nuevamente contempló a Marcos y en tono áspero, dijo sentenciosamente:

—¡No merecés morir asina!... ¡No!... ¡Vos me has hecho sufrir mucho más!...

Paseó aquella su mirada de lince por el vasto chilcal, y uniendo a una idea repentina la acción, comenzó a cortar chilca con su filosa daga.

A cada golpe que daba, una mata caía al suelo. Fue así, amontonando chilca hasta formar un gran promontorio. Después, a grandes brazadas, comenzó a desparramarla sobre el cuerpo de Marcos, que perma-

necía inerte. Lo cubrió totalmente con un espesor de más de un metro. Enseguida le encendió fuego por las cuatro puntas, como si fuera a velarlo. La chilca comenzó a arder rápidamente, lo mismo que algodón. Crepitaban las ramitas en medio de aquella fogata que tomaba impulsos en complicidad con la fuerte brisa que empezaba a soplar. Algunos cardos resecos también ardían y sus alcachofas explotaban al igual que cohetes.

Don Floro, se vio obligado a retirarse unos cuantos metros, pues el calor era intenso y sofocante.

Allí permaneció enhiesto, con los brazos cruzados, contemplando su obra con una serenidad pasmosa. Pero en su faz de un amarillo mate, no se reflejaba la sonrisa macabra del bandolero vulgar qne contempla satisfecho el fruto de su perversidad.

Los caballos ensillados, huyeron despavoridos sin rumbo; y uno de ellos, pasó rozando las llamas, dando enormes corcovos, como si sintiera el peso de la muerte, enhorquetada sobre el lomo.

La quemazón se iba extendiendo en proporciones alarmantes, amenazando incendiar todo el chilcal. Grandes torbellinos de humo denso dilatábanse y ascendían en caprichosas formas para luego ser arrastrados por el viento. La atmósfera se hacía cada vez más ardiente, sofocante, como si aquello fuera la boca de un enorme horno. A lo lejos, el sol iba escondiendo su testa cercada por nubes rojizas. En el horizonte, parecía que estaban estampados los reflejos del incendio.

Nuevamente don Floro, se vio amenazado por el fuego y tuvo que retirarse a gran distancia para no ser víctima del voraz elemento. Con los brazos cruzados seguía contemplando aquel espectáculo con una sere-

nidad imponente. Su esbelta silueta parecía alargarse a medida que el tiempo transcurría al lado de aquellos fantásticos resplandores. De pronto todo su cuerpo experimentó una sacudida y por su piel le corrió un erizamiento.

Como si despertara de un sueño, Marcos incorporóse en medio de aquella hoguera. Don Floro le vio dar varios saltos, echarse a correr entre las llamas con los brazos abiertos, como si se hubiera desclavado de una cruz. Después de unos pasos inseguros le vio caer con horribles contorsiones entre las brasas. Todo esto lo contempló con los ojos desmesuradamente abiertos, impávido, aterrado. Al rato el aire quedó impregnado con el olor pestilente de la carne quemada.

Fue entonces cuando don Floro hizo una mueca repulsiva; descruzó los brazos y miró las llanuras que en ese momento estaban amortajadas por las sombras de la noche. Levantó la cabeza para observar el cielo, y sus pupilas se cansaron de "campiar" estrellas. Luego miró a lo lejos, al noroeste, donde los linternazos sucesivos de los relámpagos de plata, iluminaban un lejano horizonte, el cual, por momentos parecía rasgarse en caprichosas formas.

Y llegaron los truenos unos encima de otros, como si fueran la disparada de una gran tropilla de caballos dotada de poderosos cascos. Cuando las descargas eléctricas de la atmósfera abrían un paréntesis de silencio, de las hondonadas llegaba el mugido de algunos toros bravos y los balidos desesperantes de las ovejas, que corrían dispersas de un lado para otro, sin saber qué dirección tomar.

Mientras tanto, el chilcal ardía impetuosamente. El alambrado de cinco hilos, que quedaba sobre el camino, estaba completamente enrojecido en una gran

extensión, asemejándose a un pentagrama fantástico. Algunos postes rotos, carbonizados ya, pendían como si fueran en él, las notas musicales.

De pronto, comenzaron a caer, de trecho en trecho, unas gotas gordas de agua. Varias golpearon en el rostro de don Floro, y otras fueron escurriéndose entre los hilos grises de su barba.

—Esta agüita, viene como aniyo al dedo, — dijo para sí el criollo, al mismo tiempo que contemplaba aquella enorme masa ígnea, que se debatía en una lucha desesperante, entre densas humaredas y chirridos, contra el agua que caía a torrentes.

Ensimismado y cabizbajo, disponíase don Floro a salvar la distancia que mediaba hasta "las casas", en medio de aquella oscuridad, cuando fue sorprendido por los gritos desesperantes de un "terutero" que avanzaba en dirección a las llamas con las alas extendidas, azonzado por el humo y la quemante atmósfera.

En ese instante, todo el cordaje del alma simple de aquel viejo gaucho experimentó un estremecimiento. Todo su ser llenóse de una gran piedad por aquel animalito que irremediablemente sería achicharrado por las llamas. Don Floro no vaciló. Exponiendo su vida, corrió a salvar al "terutero". Cuando estiró el brazo para cogerlo, una lengua de fuego le envolvió el rostro, quemándole parte de la barba y las cejas.

El agua seguía cayendo imperiosamente, dominante. El incendio se extinguía con mansedumbre.

Don Floro estaba aún allí, teniendo entre sus manos al "tero", el que agitábase en un continuo temblor. Mientras le prodigaba caricias, poseído de una ternura infinita, más de una lágrima, salió de sus ojos para caer y luego resbalar sobre aquel sedante plu-

maje; y también más de una vez, murmuró entre sollozos:

—¡Pobre bichito!... ¡Cuasi que pagás las culpas d'ese hombre malo!... ¡Yo me lo había juıao que tarde o temprano!!...

COMO LOS GÜEYES *

Al fuerte "pulpero" del "Alto alegre", don Francisco López, cuando llegó a estas tierras hospitalarias traído por su tío desde una oscura aldea de Galicia, recién le comenzaba a despuntar un bozo rubio, ralo, representando entonces, a lo sumo. unos veinte años.

Apenas llegado, le dijo su tío: —"Yo te quiero formar al lado mío. Aquí tienes un gran porvenir. Para eso, habrás de trabajar y llevarte al pie de la letra de mis consejos. Si algún día muero, serás el único heredero de mis bienes y del buen nombre que gozo. Trabaja... trabaja siempre, que encontrarás tu recompensa".

Después de doce años de una labor común y continua de sol a sol, el tío murió de una bronconeumonía, y, como lo había manifestado, instituyó único heredero de sus bienes al sobrino.

El comercio bien acreditado y un pedazo de campo que servía de pastoreo, constituyeron el legado.

El sobrino, ya encaminado en el riel del trabajo, supo hacer honor al buen nombre dejado por su tío. Pasaron los años y la figura de don Francisco López fue acrecentándose por su hombría de bien y por su honradez probada a carta cabal.

El negocio, a su vez, siguió prosperando cada vez más. Le fueron hechas, de tiempo en tiempo, algunas mejoras y muy pronto aquello se transformó en una importante casa de campaña, punto obligado de reu-

---

* **Salvaje.** Montevideo, 1927, págs. 100-153.

nión y compras de todos los comarcanos, en diez leguas a la redonda, por la admirable posición que ocupaba.

Se explotaba allí el más heterogéneo comercio: la casa era almacén, tienda, bazar, ropería, ferretería, droguería, y, además, un buen despacho de bebidas, y él sólo atendía a la numerosa clientela. Si alguna vez tomaba un empleado, éste duraba poco porque a él le parecían todos cachacientos y exigíales, a cada día, más trabajo. Nunca le fue posible encontrar la persona depositaria de su confianza. Era económico, ahorrativo al extremo. Jamás supo lo que era tomar una "piona" para la lidia de la casa. Después de cerrar el negocio, al atardecer, aprovechaba las horas de la noche en preparar algunos surtidos "al por mayor" para el día siguiente. Tan pronto desgranaba maíz como se le podía ver a altas horas de la noche, cosiendo a máquinas maletas de lienzo asargado, armando catres de lona, o bien fabricando bolsas de papel de embalaje.

Él se bastaba solo, y no daba de ganar a nadie. Y así fue, con la escuela de su tío, como llegó a tener "el riñón bien forrado".

En los veinticinco años que llevaba en aquel lugar, jamás estuvo enfermo. Tenía una salud de hierro. Pero he aquí que, un día, de pronto cayó con una fiebre altísima. Armó un catrecama y lo puso tras el mostrador. Desde allí dirigía el negocio mientras los propios clientes, bajo su mirada controladora, despachábanse las mercaderías, trayéndoles unos las libretas para anotar los gastos, y otros, al "contado contante y sonante" le entregaban la plata que él guardaba en el cajón del mostrador que estaba a su alcance.

Durante esos días de enfermedad, fue cuando dio en pensar más que nunca, que necesitaba una persona de confianza, a quien encaminar en el negocio, como había hecho su tío con él.

Pensó mucho en su lejana Galicia, en su pueblo natal. Cuando vino a estas playas, era huérfano de padre, no tenía hermanos, y su madre falleció poco antes de morir su tío.

Pensó en algunos amigos de su infancia; ¿pero cómo dirigirse a ellos? ¿Acaso podía saber si estaban aún en su pueblo, o si, como él, también habrían venido a la América? ¿Traería algún conterráneo para encaminarlo? De pronto desistió de este propósito. Pensó que bien podrían robarle en pocos años el fruto de su trabajo y "fundirle" el negocio en el cual había puesto todas sus energías de hombre activo y laborioso. Pensó también en vender todos sus bienes y con el producto de ellos irse lejos de aquel lugar, a su España querida, a la que nunca más había vuelto a ver.

Hacía cálculos mentales de lo que podía sacar una vez vendida la hermosa propiedad de material en que tenía establecido el comercio; balanceaba, mentalmente, el valor de la mercadería existente; y con toda precisión recordaba el saldo a favor de su cuenta con el banco. Sólo le quedaba por avaluar el campo, que, ahora, no era la pequeña fracción heredada de su tío, sino mil cuadras de un "campo flor", el que le producía buena renta.

De pronto, sus pensamientos tomaron otro camino, un sendero áspero, intrincado para él. La noche era larga, y su inactividad lo llevaba a pensar... Y pensando, se acordó de Manuela, aquella novia que dejó llorando al partir.

¿Qué sería de la vida de Manoliña? Sin duda estaría casada y con una sarta de hijos. ¿Quién sería su marido? ¡Si al menos hubiera continuado sus amores por correspondencia, tal vez se habría casado con ella, y, entonces, no estaría tan solo!

Recordó que fue su tío quien influyó para que dejara tales relaciones. —"No se puede repicar y andar en la procesión" — le dijo más de una vez. Y así, poco a poco, fue sepultándola en las regiones oscuras del olvido.

Nunca tuvo un "querer" en América, en estas tierras vírgenes, llenas de amor y de fuego. Jamás latió su corazón por ninguna mujer nativa. Se había pasado la vida amontonando pesos sobre pesos y nadie le conoció jamás en el pago ni la más ligera aventura amorosa...

Pensó luego en su edad. La pareció que ya era tarde para enamorarse, y que se expondría a la risa de todos. Y si por casualidad encontraba alguna mujer que lo atendiera, sería — reflexionó — por el interés. Entonces se creyó un ser desgraciado y exclamó para sí:

—"¿Para qué quiero ese campo, esta casa y mi dinero, si vivo sacrificado día y noche, sin compartir un momento de alegría con nadie?".

"¡Qué hermoso debe ser hallarse al lado de una mujer, colmado de caricias!... ¡Ah!... ¡Qué lindos han de ser los besos!".

¿Pero sus labios habían besado alguna vez?

Nuevamente evocó a la novia lejana, a su Manoliña. —¡Oh!... ¡sí!... — recordó —. ¡El había experimentado la dulce sensación del beso! Manoliña y él se habían besado en más de una ocasión, a escondidas. Habían sido aquellos unos besos puros, besos castos...

Pensó entonces en escribirle al cura de la aldea. ¿Viviría? ¿No lo habrían trasladado acaso del lugar? De todos modos la carta llegaría a la parroquia y podrían darle informes de su Manoliña... ¡Pero, no! Eso sería un desatino. —"No soy tan viejo — contrapensó. — Aquí, en estas mismas tierras, donde he hecho la América, puedo encontrar una novia".

Él no era despreciable, tenía un buen trato y no era "mal parecido" con sus ojos profundos y serenos de un azul intenso. Con sólo aceptar las invitaciones de sus vecinos y hacer un poco de sociedad, podría elegir entre las hijas de ellos la que más le agradara y de seguro que sería atendido, a pesar de todas las charlas de las "comadres", y de sus cuarenta y cinco carnavales.

—"Cuando esté bien, cambiaré de vida — se dijo —. Tomaré uno, dos dependientes si fuera necesario... Pagaré una "piona" para la lidia de la casa, y yo sólo me limitaré a dirigir los negocios. Si encuentro algún compatriota, o un muchacho que sea "dispuesto", lo "formaré", le daré una habilitación para que trabaje con la misma fe con que yo comencé al lado de mi tío, y, después... un viajecito con toda tranquilidad a mi pueblo soñado; ¡eso sí!... ¡volver!".

En fin, esa noche tuvo mil proyectos y se prometió a sí mismo cambiar de vida. Recién, aunque algo tarde, vino a darse cuenta que el hombre necesitaba, por fuerza, tener un cariño como aliciente para seguir viviendo.



Durante su enfermedad, era atendido con toda solicitud y desinterés, por su vieja lavandera, una criolla ya entrada en años, robusta, "retacona", de caderas

anchas y modales humildes. Doña Matilde, que así la llamaban, era una verdadera criolla: servicial como ninguna, y de gran estimación en el pago. Medio curandera a fuerza de la práctica adquirida en aquellos salvajes lugares, conocía los efectos asombrosos de los yuyos, curaba con el agua fría, y también sus "venceduras" tenían el poder de sacar "los males" a pesar de no haber nacido con "la cruz en el paladar", don divino que dicen tener algunas pitonisas de nuestros campos. Esta mujer, como si fuera un macho, realizaba con toda desenvoltura gran parte de la tarea de él. Temprano abría el negocio; con la regadera de lata de forma cónica regaba "haciendo ochos", barría a punta de escoba toda la casa, con el plumero sacaba el polvillo del mostrador y de la vidriera, ordenaba las pesas y medidas, limpiaba la lámpara llenándola de petróleo, lavaba los vasos en la media cuarterola que estaba bajo el mostrador, le daba de comer a los chanchos y a las gallinas, ordeñaba a la vaca y traía al ternero para que mamara un poco y lo llevaba al corralito. Después iba al arroyo en busca de agua para el consumo diario, y por último mataba un pollito gordo para hacerle un buen caldo al enfermo.

Luego de una semana de convalescencia, don Francisco fue recuperando sus fuerzas. Cuando estuvo bien del todo, la llamó y le dijo:

—Bueno, doña Matilde. Yo ya me encuentro bastante restablecido, y no quiero molestarla más. Usted desatiende sus lavados por mí, y eso no es justo. Yo estoy muy conforme como se ha portado, así que vamos a arreglar nuestra cuenta.

Ella en ese momento sacaba unos vasos del agua de la media cuarterola para secarlos. Al sentir las pa-

labras de su patrón, se le cayó uno al suelo de entre las manos y se rompió:

—¡Pucha!... — dijo ante el destrozo y en seguida agregó: — ¿Y qué cuentas quiere arreglar conmigo, don Francisco?

—Pues... todos estos servicios que me ha estado prestando y la cura de la enfermedad.

—Ta güeno... ¡Qué don Francisco éste!... ¡Valiente cura y gran trabajo dir al campo a juntar unos yuyos y hacer unos teses! En cuanto a los servicios, si usté me los paga, ya dejan de ser servicios... ¿no es verdá?... Pa éso semos las amigas: pa las ocasiones. Ahura, quien está en deuda con usté, soy yo, don Francisco. ¿Mire, ve?... Yo he roto arrecién ese vaso .. Jué por atenderlo; pero... no deja de ser un destrozo. Usté no me lo cobra, y asina estamo a mano.

Él insistió, extendiendo la mano hacia el cajón del mostrador para sacar dinero, pero ella lo detuvo y le dijo en su lenguaje sencillo:

—¡Pero parece mentira, don Francisco, que usté me salga con esas cosas! ¡Tantos años de residiencia en el pais, y entuavía no sabe que los criollos no estilan cobrar nengún servicio!

Y lo dejó con la palabra en la boca, mudo, absorto, mientras salía rápidamente, por la trastienda, haciendo sonar en sus talones los "suecos-descalzos".



Esa noche le tocó a él cerrar las puertas del establecimiento. Estaba solo. Nunca se había dado cuenta que después de aquel duro trajín diario, quedaba solo otra vez... ¡solo en medio de aquella que ya era soledad campesina!

Se hallaba de pie, junto al catre. La escasa luz de la lámpara, desdibujaba los contornos de los objetos envolviéndolos con una densa penumbra. Recorrió de un vistazo y con marcada lentitud, el negocio. Miró la tranca de la puerta principal; estaba bien colocada. La ventana con rejas de hierro, estaba cerrada y tenía bien puestos los pasadores. La puerta que daba al patio estremecíase a veces, oyéndose insistentemente el ulular del viento.

Sentíase, por momentos, un forastero en su propia casa. Parecíale que era la primera vez que veía todo aquello. Poco a poco fue adueñándose de su espíritu cierta nerviosidad, lo que atribuyó al estado débil en que había quedado.

Un tirante primero, y luego una tabla de la estantería crujieron. Al oírlo, experimentó un estremecimiento. Poco después notó algo así como si estuvieran arañando en una de las puertas — "Será un ratón" — pensó. Enseguida creyó ver sombras que se movían como si fueran cuerpos humanos, entre las pilas de bolsas de azúcar y los cuartos de yerba. Tosió una, dos, varias veces, fuertemente... y la tos se perdió en el silencio. Lanzó al piso un esputo, vestigio éste de su bronquitis. Lo miró, pensó en una tuberculosis... Luego fue a contemplarse al espejo que estaba colgado en la puerta tapiada que daba a su dormitorio.

—"¡Qué pálido estoy y cómo he envejecido!" — díjose.

Se arregló los bigotes y con la palma de la mano izquierda frotóse distraídamente la barba. Al darse vuelta en dirección al catre, experimentó la sensación de que alguien le rozaba muy levemente los hombros, y, mientras el corazón latíale con violencia, su mirada

se incrustó instintivamente en la ventana del fondo, que siempre permanecía con los postigos abiertos. Allí le pareció ver un rostro, un bulto, una sombra... Sus ojos se dilataron. Sintió en el cuerpo un escalofrío que le recorrió velozmente desde la columna vertebral a los hombros y pasando por la nuca, le envolvió el cuero cabelludo.

—¿Quién es? — gritó despavorido.

Pero nadie le respondió. — Afuera sólo se oía el ulular del viento; nada más... sobrecogido se acostó. De un soplido apagó la luz de la lámpara por la boca del tubo y el tufo del petróleo se extendió en torno suyo. Con un estremecimiento se tapó bien con la frazada hasta cubrirse la cabeza y apretando los párpados fuertemente, como para no ver nada, se entregó, poco después, a cavilar.

La escena y el bello gesto de su lavandera, lo habían conmovido de tal modo, que no se apartaba un instante de su mente aquella criolla buena, de sentimientos tan humanitarios. Se acordó mucho de ella, y de Clemencia, su hija, una criollita que contaría a lo sumo veinte años; linda y apetitosa como la "pitanga". Más de un paisano "taita" rondaba su rancho para conseguir su cariño. Por sus ojos negros y su boca roja, varios cuchillos gauchos se habían cruzado.

"Esto no puede continuar así — se dijo. — Mañana mismo le mandaré avisar a doña Matilde que se venga a vivir en mi casa; sí, que vengan ella y su hija. La casa es grande, cómoda, y sobra el pan. El arroyo les queda cerca; pueden seguir lo mismo con sus lavados y entonces yo tendré una buena compañía".

Y se quedó largo tiempo pensando en Clemencia.

—"Si Clemencia me aceptara como novio, — mur-

muró — si me quisiera de verdad... yo me casaría con ella".

Y se durmió pensando en Clemencia.

Tuvo un sueño dulce, tranquilo. Veía por todos los rincones de la casa a Clemencia con su pollerita corta de percal y su bata clara, trabajando alegre, sonriente.

Y entre sueños, suspirando, aquel hombre decía:

—"Déme un beso... déme un beso, no sea mala... Yo tuve una novia que se llamaba Manoliña, ¡qué buena era! me besaba... pero déme un beso... un beso, nada más".



Efectivamente, en pocos días, don Francisco realizó, en parte, su firme propósito. La vieja y querida lavandera aceptó gustosísima la oferta.

Ya estaban en su casa, ella y su hija. Además, un muchachón, traído del pueblo con muy buenas recomendaciones, desplegaba por su parte sus actividades como dependiente. Don Francisco sintióse otro hombre en poco tiempo.

Metodizaba su vida. Estaba alegre. Sonreía a todos.

Hasta podía darse el lujo de charlar largamente en el negocio con algunos vecinos que eran a la vez clientes. Estos le enseñaron a jugar al "truco" y, con los naipes en la mano, emocionábase hondamente cuando los contrarios le ganaban una "falta" o un "vale cuatro".

Alguien le aconsejó que debía poner una o varias mesas de juego para que la gente pasara el rato, y, a los pocos días, aparecieron tres mesas de juego con tapete verde.

A pedido de alguien, también, mandó hacer una cancha de bochas.

Clemencia, contribuia por su parte con su trabajo, atendiendo el despacho de bebidas y a determinadas personas, servía el clásico "mate amargo".

La gente, "caía como moscas". Aquella criolla joven, era cual una carnada en aquel comercio, el que cada vez tenía más "entradas".

Clemencia se mostraba amable con la clientela. Todos se llevaban algo de ella: unos, una frase afectuosa; otros, un apretón de manos; y los demás, miradas o sonrisas que eran para muchos como el comienzo de un idilio, tejido por la araña blanca de la ilusión.

En poco tiempo se propagó en el pago la noticia de que Clemencia, la codiciada paisanita, hacía vida marital con el fuerte "pulpero" del "Alto alegre".

En el almacén, entre los parroquianos, se comentaba el caso con frases como éstas:

—No jué zonzo "el gaita" este...

....

—Animal suertudo, el nación...

....

—Por la plata baila la mona.

....

—¡Qué oveja la madre!

....

—No eligió al cuhete esa lavandera.

....

¿Se han fijao cómo se le van los ojos al gayego, cuando eya viene a prosiar con alguno de nosotros?

....

—Cría zorros, pa que te roben las guascas.

*
**

Serían como las diez de la noche. Doña Matilde ya se había acostado hacía más de dos horas. El empleado también se fue a descansar. Clemencia estaba sentada, cosiendo maletas en la máquina. Ya había terminado once; le faltaba una para dar fin a su tarea.

La lámpara comenzó a menguar su luz. El petróleo se extinguía del todo.

De la boca de Clemencia, salió un bostezo. Alzó los brazos oblicuamente, desesperezándose; llenó el pecho de aire, y soltó un suspiro. Restregóse los ojos. En ese instante, acercábase a pasos lentos don Francisco, quien venía del escritorio. Éste con gran dulzura la dijo:

—¿Está rendida, Clemencia? Deje para mañana, y vaya a descansar. No corre apuro...

—Enseguidita termino; me falta esta sola — contestó ella doblando a lo largo el metro y medio de lienzo en partes iguales, con el revés para afuera. Y luego de revisar el "bote" de la máquina para cerciorarse de si tenía suficiente hilo como para terminar la maleta, comenzó la costura sin levantar la vista. Al "rematar" la boca de la alforja, alzó la cabeza y, con gran sorpresa, pudo ver a don Francisco que la contemplaba extasiado, con los codos apoyados en el mostrador. Una extrema palidez invadía su rostro, la que ahondaba más aún las dos zanjas de sus orejas. De sus pupilas azules, mansas y buenas, salía una luz extraña; luz llena de un amor recóndito no revelado aún. La timidez lo hacía enmudecer y su lengua trabada era como un pedacito de tabla, por donde la palabra no podía rodar porque tropezaba siempre con la muralla de los labios endurecidos, apretados.

Clemencia conocía muy bien la expresión de aquella mirada honda, taciturna, suplicante; mirada de buey

cansado en el yugo del trabajo; mirada que la seguía noche y día, despertando su compasión.

Ella, en ese instante, sintió miedo frente a aquel hombre que permanecía mudo, rígido como una estatua.

Luego, inundada de un sentimiento de piedad, le dijo:

—¿Stá enfermo?

Él no contestó nada. De su pecho salió un suspiro tremendo, parecido al de un enorme fuelle de fragua en función.

—¡Qué cara de ternero asustao que tiene! — dijo ella, en tono de broma.

—¡Clemencia!... ¡Ah! ¡Clemencia!

—¡Por Dios!... ¿Qué tiene, don Francisco? ¿Qué le ha pasao? ¡No hace más que mirarme y suspirar!

—¡Clemencia!... —repitió él con voz temblorosa y enseguida agregó: — ¡Usted es tan linda!... — Al decir esto su rostro se iluminó de pronto con una sonrisa dulce, su faz cambió de color. — ¿Sabe una cosa, Clemencia? El otro día soñé con usted.

—¿Conmigo?

—¡Sí!

—¿Y qué soñó?

—¡Ah!... no puedo decírselo.

—¿Por qué? ¡Valiente!... Ni que juera un "gurí".

—Me da vergüenza. ¿No se ríe?

—¡Valiente!... No se por qué me voy a rái de usté.

—Por... ¡Qué sé yo! Sí; la otra noche soñé con usted. Soñé que éramos novios, y que usted me besaba mucho... mucho, como Manoliña.

Sorprendida ante tal declaración, ella se puso de

pie y con la curiosidad característica de toda mujer, le preguntó:

—¿Y quién es ésa?...

—Pues... Manoliña, era una novia que yo tuve, allá, en mi tierra.

Él se fue acercando a ella, poco a poco, mientras la muy ladina criollita se iba retirando, retirando...

Luego él, acompañado de varios suspiros la dijo:

—Bien podía suceder eso... — Y alzando los brazos, suplicante, añadió: — Déme un beso, Clemencia... ¡Déme un beso, no sea mala! ¡Tenga piedad de mí! — Sus ojos tomaron aquí un brillo de "Cachimba" — ¡Ah!... ¡qué buena era mi Manoliña! Pero déme un beso... ¡un beso solamente!

La luz de la lámpara se iba extinguiendo cada vez más. Estaba ya en los últimos parpadeos. La criollita, que conocía el amor rudo, salvaje, de nuestros campos, quedó indecisa; estaba absorta, no sabía qué hacer ni qué decir. De pronto, sintió lástima de aquel hombre mendicante de amor y estuvo a punto de darle un beso, un beso de piedad. Pero disimuló y dijo, rápidamente, por decir algo:

—Ahí tiene prontas las maletas.

Él se acercó más aún, y ya junto a ella, la tomó de una mano suavemente. Y mientras buscaba con sus taciturnos ojos de buey cansado, los ojos de ella, — que en ese momento esquivaban su mirada — repitió muy bajito, casi rozándole al oído:

—¡Clemencia!... ¡Yo la quiero! Déme un beso... un beso...

En el preciso instante en que iba a poner sus labios temblorosos, ateridos, llenos de una emoción extraña, sobre aquella boca caliente y pulposa, la luz de la lámpara se apagó, quedando en plena oscuridad la estancia.

Con un suave escurrimiento de felina, de lagartija, la criollita se alejó por la trastienda, y franqueó el corredor, haciendo sonar en sus talones, con acompasado ritmo, los "suecos-descalzos".

Él la siguió a tientas. Clemencia al levantar el picaporte de la puerta que daba al patio, se quedó parada unos segundos, mientras él le repetía siempre su estribillo:

—Déme un beso... ¡No sea mala!... Déme un beso...

Ella respondió entonces:

—Mañana... áhura es tarde, don Francisco. ¡Qué pase güena noche!

Y bajó los escalones del patio, alejándose de prisa, mientras hacía sonar apenas en sus talones, los "suecos-descalzos", acompañados de un arrastre en el piso de tierra.

Entre tanto, sonaban, violentamente, como si fuera una campana sorda de madera, en medio del silencio solemne de una noche americana, los latidos del corazón en el pecho de aquel hombre que era extraño a fuerza de ser ingenuo.



No bien llegó Clemencia a su aposento, despertó a su madre, con unos sacudones, diciéndole toda novelera:

—Mama... ¿sabe una cosa? Don Francisco si'ha enamorao de mí. Se mi ha declarao... ¡Pobre!... ¡A la vejez vigruela!

—¿Qué decís?... — preguntó doña Matilde incorporándose en el lecho al tiempo que se restregaba los ojos con una mano.

—¡Que'stá enamorao de mí! Me lo dijo ahurita mesmo.

—¡No digás, m'hijita! ¿Devera?...

—Sí, mama... ¡no la engaño!

—Pero... ¿y a vos te gusta?

—¡Qué me va'gustar un gayego, mama! Será muy güeno... todo lo que quiera, pero a mí no mi agrada; y... dispués... es bastante madurito pa mí.

—¡Pero sos pava, muchacha! ¿Vos te dás cuenta de lo que decís?

—¡Ta claro que me doy cuenta! Si a mí no me gusta, ¿qué quiere que le haga?

—¡Ya quisieran muchas copetudas pescarse a don Francisco que es tan güeno y formal! ¡Mirá qué sos pava!... ¿Será con güenas intenciones, ché?...

—Clavaíto mama.

—Reflesioná m'hijita; nosotras somos unas pobretonas, no tenemos ni dónde cáirnos muertas, y eso sería una lotería.

—Pero, mama... ¡si a mí no me gusta! ¿Usté quiere que sea tuita mi vida una disgracida? A mí no me gustan los gayegos. Yo quiero a un hijo del páis, uno d'esos que cantan "flor y truco"...y aunque sea pobre, no m'importa. Quiero uno que sea gaucho, ¿compriende mama? Uno d'esos que si haga rispetar con su daga como lo hizo tata; uno que no me venga a yorar... ¡eso de yorar, es pa las mujeres! ¡Los hombres como don Francisco, han de ser flojazos pa' el amor! ¿Y que habilidá tiene pa'que una s'enamore? Nenguna, a no ser la de haber amontonao plata... Si juera medio agauchao, si tuviera una linda estampa a cabayo, si tuviera una daga bien filosa pa vengar cualquier ofensa a su china, si hubiera domao alguna vez un potro duro'e boca, si supiera tro-

piar, cueriar, hacer un asao, y de jogón en jogón anduviera cantando "vidalitas" y "estilos" sacados de su cabeza,... si juera payador como lo era tata que hacía yorar con las cuerdas de su guitarra encintada porque tenía el corazón en la garganta como los mirlos de la sierra,... si su habla juera linda, triste, como el arruyo de la paloma... si juera asina, mama..., ¡puede que entonces m'enamorara de él, o de cualquier extranjero!

—Tuito lo que me decís, es muy lindo, m'hijita. Yo m'enamoré del finao tu tata por lo mesmo que me acabás de contar... Pero, no hay que ser ya tan "güenas noches"... Los tiempos hoy han cambiao y hay que mirar un poco las convenencias.

Pero la hija, ladina, halló muy pronto el modo de ponerse de acuerdo con la madre, diciéndole melosa:

—Las mesmas convenencias tengo, mama, si me pesco a Timote, el hijo de aquel ricacho don Silvera, ¿si acuerda? — y, sonriendo, agregó: — Mi'anda arrastrando el ala...

—¿Sí? ¿Y cómo no me habías dicho nada? — respondió doña Matilde sorprendida.

—¡Pues asina es! Ése sí que me gusta, mama. ¡Si lo oyera tocar la guitarra!...

Pero doña Matilde no quiso darle importancia y, aunque se moría de curiosidad por conocer "eso", cortó la conversación.

—Güeno,... mañana será otro día. Acostáte y apagá la vela, qu'es tarde.

Clemencia enmudeció a pesar suyo. Medió un silencio.

—Que pase güena noche, mama — dijo al final.

—Gracia... igualmente, m'hija — le contestó la otra.

Habían pasado varios días y don Francisco no cesaba de recordarle a Clemencia lo prometido.

Ella siempre le decía: —"Mañana".

Ese "mañana" pronunciado por los labios de Clemencia tenía para don Francisco, tanta dulzura como el mejor beso.

Otras veces le objetaba la criollita: —"Nos están bombiando; luego será más mejor".

Y él esperaba, esperaba siempre... Tenía confianza en la palabra de ella y por eso no desmayaba en sus propósitos.

Por lo demás, aquel estribillo: "déme un beso", sonaba a hueco en el corazón de Clemencia, la que ya estaba cansada de tanto oírlo. Una vez ella lo puso en apreturas diciéndole:

—¿Y pa qué quiere un beso mío?

Él quedóse mudo, absorto, sin saber qué responder, mientras sus ojos azules la miraban con aquella expresión honda, taciturna, suplicante; mirada de buey cansado en el yugo del trabajo, mirada que despertaba su compasión y que le hacía bajar los párpados.

Al verlo, ella llegó a sentir piedad, miedo, y a veces hasta indignación por los ojos de aquel hombre que no cesaban de mirarla, observando todos sus movimientos.

Sería imposible describir la expresión de dolor de aquel rostro, — ¡cómo sufría! — cuando la encontraba entretenida con alguno de los parroquianos. Y ese dolor se acentuaba más aún los domingos, día éste en que, desde hacía algún tiempo, Timote Silvera llegaba acompañado de varios amigos, y, en rueda, tomando su guitarra, volcaba toda su emoción de artista criollo en aquellas cuerdas bien templadas, arrancando notas heroicas unas veces, y otras, dulces, blan-

das, sentimentales, empapadas con el hálito de las tristezas de nuestros campos.

Con los codos apoyados en el mostrador y ambas manos en las mejillas, permanecía Clemencia durante ese tiempo admirando la postura de aquel paisano, para cuya palabra era toda oídos.

Así era como Silvera iba conquistando el corazón de la nativa. La guitarra suplía con elocuencia al lenguaje.

Mientras tanto, el pobre don Francisco, el "gayego", sufría... ¡sufría!



Y llegó otra noche. Clemencia estaba cosiendo en la máquina unas maletas de apuro. Él se quedó en el escritorio de exprofeso para luego hablarla. Ella presentía, por momentos, los pasos de él a sus espaldas.

No se hizo esperar mucho. Cuando todo era silencio en la casa, llegó tímidamente y la dijo:

—¡Clemencia... tenga piedad de mí! ¡Yo no le voy a hacer ningún daño! Solamente le pido un beso... ¿le cuesta mucho trabajo darme un beso?

Ella respondió secamente:

—¡Sí!

—¿Y por qué?... ¡Dígamelo!

—Porque a usté no lo quiero.

—¡Qué mala es usted, Clemencia! ¡Parece mentira! ¿No recuerda?... La otra noche me había prometido darme un beso. Han pasado los días, las semanas, y todavía no ha cumplido con su palabra. ¡Ah!... ¡Si yo fuera como esos otros hombres!... y se puso a llorar como un niño.

Ella alzó la cabeza con soberbia, púsose de pie, fijó en él sus grandes ojos negros y haciendo un gesto despreciativo dijo:

—¡Parece mujer!... Los hombres d'esta tierra no yoran, ni menos piden besos asina... ¡Los roban sin que una se dé cuenta!

El se quedó por un instante algo turbado al oír tales palabras. Bien pronto, serenándose, avanzó unos pasos, y pretendió abrazarla. Pero ella, con toda su indignación, con toda la rabia y la fuerza de su juventud, le aplicó en el rostro una bofetada terrible.

Ni un gesto, ni una palabra, ni un ademán hizo el gallego por repeler semejante afrenta. Pero aquellos ojos azules, empapados de lágrimas, de mirada honda, taciturna, suplicante, mirada de buey cansado en el yugo del trabajo, se encargaron de vengarle, porque muy pronto el alma de aquella criolla se inundó de un sentimiento piadoso.

Clemencia, al darse cuenta de la bondad sin límites de aquel hombre, sinceramente arrepentida de lo que acababa de hacer, se fue llorando con los brazos abiertos hasta él y con un acento triste, apagado, doliente, le dijo:

—Perdonemé, don Francisco... no golveré hacerlo. ¡Besemé..., besemé hasta que se canse!

—¡Clemencia!... ¡Qué buena es usted! ¡Cómo la quiero! — exclamó él y de su pecho salió un suspiro profundo.

La tomó frenético en sus brazos y comenzó por besarla en la boca, luego en los ojos, después en las mejillas, con sed insaciable, con ímpetu de fiera. Sus brazos de bruto, acostumbrados a abrazar a las bolsas de azúcar y barricas de yerba, sin darse cuenta apretaba, apretaba tanto, que parecían una tenaza sobre

el cuerpo de aquella mujer. Y así siguió besándola en los ojos, en la boca, en las mejillas, con ímpetu salvaje.

—No me aprete tanto, don Francisco; me va'deshacer — dijo ella, mimosamente, porque ante la rudeza de aquel hombre, sentía arder ya su sangre joven, mientras sus mejillas iban coloreándose de un tinte rojizo. Al final ardía ya en deseos. Tenía los párpados entornados; estaba blanda, entregada por entero a las caricias de él. Un ligero temblor extendióse por su cuerpo y por momentos, sentía flojedad en las rodillas.

El gallego seguía sólo besándola, y de vez en cuando, descansaba para suspirar hondo, largamente, diciéndole luego muy bajito, con palabra confusa:

—¡Ah! ¡Clemencia! ¡Cuánto la quiero!

Y así permanecieron mucho, mucho tiempo, hasta que la criollita sintió de pronto en todo el cuerpo como si un frío la fuera helando lentamente.

—¡Sueltemé! — dijo con violencia y siguió repitiéndolo al tiempo que hacía supremos esfuerzos por desasirse de él.

Él la soltó. Y mientras en el rostro de aquella hembra americana en celo se le agolpaba la sangre, mostrando sus ojazos negros que parecían saltar fuera de las órbitas inyectados de rabia y de lujuria, sus labios escupieron esta palabra insultante al rostro del extranjero:

—¡Machorro!!!

Y enseguida se alejó lentamente por la trastienda, haciendo sonar en sus talones los "suecos-descalzos".

La palabra que acababa de pronunciar Clemencia con todo desprecio, siguió sonando en los oídos de don Francisco como un eco latente. Zumbaba en torno de su cuerpo, que tenía en ese instante la misma rigidez de un poste de piedra.

En su gesto, lentamente, se fue esbozando una mueca de dolor. Aquellos ojos azules, de mirar taciturno, tuvieron en ese instante un resplandor trágico que revelaba la lucha horrible, desesperante que había en su interior. Todo un pasado lejano se agolpó en su mente. Recordó la vida de bruto que había estado haciendo. ¡Cuánto mejor hubiera sido quedarse en Galicia con su Manoliña! Y en un arranque de iracundia, apretando los puños con todas sus fuerzas, maldijo entre dientes a su finado tío:

—¡Bestia!... ¡Animal!... ¡Me convertiste en un buey desde muchacho! ¡Con mil promesas realizaste tu vil propósito, haciendo de mí un ser despreciable y desgraciado para toda la vida!



Pasaron varios días y don Francisco no se había atrevido a levantar la vista para contemplar a Clemencia. Ambos hacían por desencontrarse. Sólo se miraron aquella tarde cuando ella estuvo junto a Silvera. Él, dirigióle su mirada honda, taciturna, suplicante. Ella, con la sonrisa en los labios y la luz alegre que destilaban sus ojos, lo miró largamente, como si le dijera a gritos: —"¡A éste sí que lo quiero!".

Esa tarde trabajaba él maquinalmente. Un anonadamiento se esparcía por su cabeza, haciéndole cometer continuamente equivocaciones con sus clientes. Todo le salía mal. Uno le dijo:

—Mire, don Francisco, me dio mal el güelto; cuente bien.

Él contó el dinero una, dos, hasta tres veces y tuvo que excusarse:

—¡Ah!... Disculpe... Me equivoqué.

Con otro le aconteció algo parecido:

—¿Esto es pa mí?

—Sí.

—¡Pero si yo le pedí yerba, don Francisco!

—¿Cómo?... ¿no le di yerba?...

—¡Si me ha dao azúcar! ¿No ve?

Y un tercero le dijo:

—¿No me apunta el gasto en la libreta?

—¡Caray... me olvidaba! Pero es que, ¿sabe? hoy ando medio mal de la cabeza.

—¡Don Francisco! — gritó Silvera imperiosamente. — ¿Me quiere trái una prima de acero pa la guitarra?

—No quedan más — le contestó secamente, con encono, el "pulpero".

—¿Cómo?... ¿ya las vendió tuitas? — insistió el criollo. — El otro día quedaban unas cuantas... Busque bien; no se enriede en las cuartas.

—¡Para usted no tengo nada! — volvió a decir colérico don Francisco haciendo sonar el mostrador con la palma de la mano.

—¡Güe!... ¿áhura si ha güelto torazo? — respondió el criollo con dejos de ironía. — Asina me gusta que tire y no afloje... — Luego, con elástico ímpetu púsose de pie, volcó una silla, dio un salto con la agilidad de un gato montés, abrióse cancha con sus ojos chispeantes y al mismo tiempo que desenvainaba su daga, desafiante, agregó: — ¡Salí pa juera, gayego!... ¡Te voy a cortar las guampas!

—¡Mándese mudar!... ¡Váyase de acá! — gritó don Francisco.

—Deme la cuerda pa la guitarra, o sinó se la voy a sacar de sus mesmas tripas!

Varios concurrentes intercedieron logrando apaciguar los ánimos encendidos. Clemencia trató de calmar al paisanito, diciéndole en voz baja:

—No t'ensuciés con tan poca cosa... ¡Es un máula! Andate nomás que ti'haré el gusto... En cuantito oscuresca, t'espero en la portera.

Silvera, poco después, salía callado, airoso, haciendo sonar sobre el piso de pino blanco las "nazarenas", mientras quedaban los presentes comentando el caso; unos en pro del "pulpero" y otros, en contra.



Atardecía. El campo se iba colmando con su habitual tristeza. El sol escondía lentamente su pupila de fuego, dorando con su encrespada luz el lomo de las cuchillas, mientras se llenaban con misteriosos lampos las lagunas de los llanos. De vez en cuando los "teros" dejaban oír su alertante grito desde los matorrales. Todos los pájaros del pequeño bosque indiano, callaban para escuchar el cadencioso canto del "sabiá". Sonaba rítmicamente un cencerro colgado en el pescuezo de una yegua "madrina"; y el balido de un corderito perdido de la majada, hacía más liviano el silencio de la tarde.

En el almacén estaba don Francisco solo, próximo a cerrar las puertas del negocio. Antes de hacerlo, se detuvo en la puerta principal de entrada, cruzó los brazos, y miró al campo vagamente. Recorrió con los ojos la ancha curva del camino de un gris violáceo y luego detuvo su mirada en la portera. De pronto descruzó los brazos, llevó la mano izquierda a la frente a modo de visera para librarse del tenue resplandor del sol, y estupefacto, pudo contemplar todos los movimientos de la pareja gaucha.

—¡Silvera y Clemencia! — dijo, con entrecortada voz — ¡Y se van!... ¡se van!...

Pudo observar toda la escena. Vio cuando ella le alcanzó a Silvera un atadito. Vio cuando él la ayudó a montar en el anca del caballo. Los vio partir al tranco, luego al galope. Los vio finalmente alejarse hasta perderse entre las densas sombras que envolvían al camino...

Aquellos ojos azules se agrandaron entonces cada vez más, más. Aquella boca tomó la forma de un cero, como si hubiese tenido en el maxilar inferior un enorme peso. Así, con la mano en la frente, la mirada siniestra, y la boca abierta, permaneció largo rato, hasta que doña Matilde, sacudiéndolo de un brazo, nerviosa toda, le dijo:

—¡Güe!... ¡Don Francisco!... ¡¡Don Francisco!!...

Él apenas movió la cabeza y, al tiempo que señalaba con el índice el campo amortajado por las sombras, solamente dijo:

—¡Allá van!... ¡¡Allá van!!...

Ella se asustó, y creyéndole enloquecido retrocedió unos pasos.

—¿Qué hay po ayá? ¡Diga, pues!...

—¡Allá van!... ¡¡Allá van!!

—¿Quiénes?... ¡Diga, pues!...

—¡Silvera... y Clee...mm...mencia!

—¡Madre, santa! — dijo ella, a la vez que llevaba ambas manos a la cabeza.

Después corrió como una poseída, llamando a gritos a su hija por todos los rincones de la casa.

—¡Clemencia!... ¡¡Clemencia!!

Pero nadie le respondió. En el aposento donde dormían pudo ver el baúl abierto, vacío totalmente. Lo

contempló un instante, y, de muy adentro, le salieron estas palabras mezcla de dolor y de rabia:

—¡Y se juyó, la indina!



Doña Matilde, la buena y servicial criolla, sufrió mucho al principio, con la huída de su hija. Después de algunos días, conformóse al pensar que Clemencia no fue zonza del todo, pues había sabido elegir una persona adinerada: nada menos que el hijo del "ricacho" Silvera. ¡Con seguridad que la tendría "de punto en blanco" y con todas las comodidades: muebles recién comprados, ropas finas, buenos perfumes y plata a "rolete"!

Ella, como toda criolla, estaba acostumbrada a ver cómo más de un hacendado rico se había "enganchao" con una pobretona. Primero vivían "amachembrados" un tiempo... Luego venían los hijos, esa manea que ata para siempre haciendo indisoluble en el campo los concubinatos.

—Semos casao po atrás di la iglesia; — dice con orgullo más de una criolla — pero tenemos cría. El çura nu'ha pasao po'estos lugares. Cuando si ayegue, nos ayuntaremos.

Los nativos, de sentimientos nobles, en estos casos, por consejos de unos y de otros, se casan. Y siguen siendo igualmente felices con la invariable collera del amor que los liga y la manea que no se rompe: los hijos.

En estas cosas pensaba doña Matilde, mientras sonreía augurando venturosos días a su hija.

—¿Yo mesma, — se dijo — no me juí de casa, siendo una gurisa? Es la lay que se cumple: hija e tigra...

Y se dejó arrastrar poco a poco por los recuerdos que, cual si fueran un "peludo" metido en la cueva de su mente, iban escarbando en la tierra negra de su pasado.

Por sus años de moza sonreía y suspiraba aquella buena criolla, ya madurada por los años.

*
**

Una mañana, muy tempranito, mientras estaba haciendo fuego en la cocina, se encontró inesperadamente al volverse con don Francisco, parado en el umbral de la puerta. Ella le dio los consabidos "güenos días". En cambio él, apenas si despegó los labios, sin contestar el saludo. Solamente movió la cabeza, quedando su barba pegada al pecho, mientras mostraba aquellos sus ojos profundos agrandados por el dolor, de mirada estancada, "ojos de carnero cuando va para el gancho".

—Don Francisco... — dijo ella — ¿cómo ha pasao la noche?

Él tampoco contestó esta vez y siguió mirándola con ojos extraviados. Doña Matilde se armó entonces de valor y fue junto a él. Lo tomó por un brazo, y acercándolo al fogón, posole un banco, en el que le hizo sentar, diciéndole con un acento maternal.

—Asientesé... Vamos a prosiar un rato los dos. Yo sé por qué usté anda asina. Ya lo veo venir. Usté me quiere contar algo desde hace días, y le cuesta desembucharlo. Lo he léido en sus mesmos ojos. Usté stá medio tristón porque Clemencia nos ha dejao solos... ¿M'equivoqué?

Él sentóse maquinalmente. Sentado, semejaba un muñeco de palo o de cartón; estaba inmóvil, con am-

bas manos sobre las rodillas y los ojos fijos, vidriosos, casi sin pestañeos.

La criolla le habló nuevamente.

—Eya me contó tuito la mesma noche, cuando usté se le declaró. Yo... que no soy lerda, me había dao cuenta que usté staba flechao por m'hija... Pero... ¡ah!..., ¡si eya se hubiera yevao de mis consejos, don Francisco, le juro por este puñao de cruces, no hubiera pasao nada d'estas cosas! Las madres nunca acaban de comprender a sus hijas: "tienen más güeltas que el río Negro".

Nadie hubiera podido decir que don Francisco había estado escuchando realmente todo el rosario de palabras de la buena mujer. ¿Pensaba acaso en algo él en esos instantes con su mente atormentada?...

Con voz quebrada, tenuísima, con una voz que parecía no ser la de él, exclamó al fin pausadamente:

—Hace... seis noches... que no duermo.

—¿Qué dice?

—Hace... seis noches... que no duermo.

—¡Pero... don Francisco! ¡Usté debe'star equivocao! ¿Cómo?

—Las llevo... bien contadas.

—¡Usté se vá'enfermar!... ¡Seis noches!

—Seis... Ayer eran cinco... Desde que se fue Clemencia... no he podido dormir. Y es horrible, sí... El insomnio es un buitre que se come los sesos al hombre... por eso se ven tantas cabezas vacías. ¿No sabe un remedio para dormir?

—Usté'stá un poco nervioso, don Francisco, — respondió apenas la vieja criolla. — Le vi'hacer un tesito de tilo áhura mesmo, y a la noche le ví'a dar otro. ¡Va'ver que bien le va'sentar!

—No... no duermo; no puedo cerrar los ojos; mis párpados parecen de goma. Yo me voy a morir doña Matilde — dijo él con tristeza. Y luego de una pausa, agregó quedamente:

—¿Y Clemencia?...

—¡No mi'hable d'esa hija desorejada que mi ha hecho sufrir lo que no está escrito!

Y un silencio siguió.

—Yo me voy a morir — repitió don Francisco, moviendo la cabeza.

—¡Usté!... ¡Mire qué gracia!... ¡No va'quedar pa semiya! ¡Tuitos vamos a morir! ¡Tuitos se mueren! A cada santo le llega su hora. Pero usté es muy joven entuavía. ¿Qué no diré yo, que ya m'empieza a blanquiar la cabeza?

—¿Entonces no muero? — preguntó él con ingenuidad de niño.

—¡No me hable de cosas tristes, por Dios, don Francisco! ¿No ve que usté es más juerte que un ñandubay? — respondió la criolla sonriendo forzadamente, mientras extraía, de lo alto de un mueble, un envoltorio grande que colocó sobre la mesa y desató con rapidez, rompiendo el piolín. Un enjambre de paquetitos se desparramaron: los cuales contenían yuyos de todas clases. Buscó y rebuscó hasta dar con el tilo.

Mientras preparaba el té, don Francisco permanecía en la misma posición, con las manos en las rodillas, salvo los ojos que tenía fijos contemplando la mano izquierda. A veces levantaba esta mano a la altura de la nariz, y la observaba durante largo tiempo, como si fuera un objeto raro. Después volvía a colocarla en el sitio de antes, sin perderla de vista como

no fuera para echar una ojeada a la mano derecha, cual si las comparase.

Cuando estuvo pronto el té, doña Matilde quedóse sorprendida al verlo en ese estado. Para sus adentros dijo: —"Si no ando errada, debe di'star medio trastornao. Talvez tenga el diablo en el cuero. ¡Pobrecito!... ¡Tan güeno!... ¡Quién iba a pensarlo!...

—Tome el té don Francisco; le va'sentar bien — dijo en voz alta.

Él levantó mecánicamente la cabeza y las manos, como si fuera un títere.

Ella tuvo que hablarle de nuevo y con una falsa sonrisa, dijo:

—¿Qué'stab'haciendo?

—¿Yo?... — contestó don Francisco sobresaltado — ¡Ah, sí!... Miraba esta mano... Observe... fíjese bien... Está un poco torcida. ¡Me parece que la izquierda es más grande que la derecha!... ¡Mire qué grande es!... ¡mire cómo se agranda!... ¡qué manopla que tengo!... ¡qué manopla de goma! ¡Qué horror!... ¡qué grande!... ¡mire qué mano!

Doña Matilde tuvo miedo. Hubiera querido huir, pero le salió un grito inmenso, imperioso, acompañado de un manotón:

—¡Deje esa mano quieta! ¡Tome ese té!

Don Francisco recogió la taza y se puso a contemplarla con gravedad a los ojos, permaneciendo indeciso ante la orden.

Viendo ella el buen resultado dado por el tono imperioso, dijo nuevamente:

—¡Tome ese té, prontito!

Él alzó entonces la taza a la altura de los labios y la mantuvo en suspenso por largo rato sin resolverse a ingerir el contenido.

La criolla, al mismo tiempo que se la sacaba de las manos, agregó con dulzura:

—Traiga... yo se lo voy a dar. Tómelo de un tirón.

Al ponerle la taza en la boca, se dio ella cuenta de que tenía las mandíbulas apretadas. De pronto, con voz tenuísima, mirándola por entre los párpados a medio cerrar, la dijo él:

—¿Y por qué me pega?... ¿Por qué me reta, doña Matilde?... Déjeme solo... ¡Yo lo tomo solo!

Y se bebió el contenido en pocos sorbos. Enseguida le alcanzó la taza, limpióse los bigotes y se quedó pensando. ¿Pensando? ¿Estaría pensando don Francisco?



El negocio era atendido solamente por doña Matilde, pues el muchacho se había marchado. Como era mucho el trabajo para él por tan poco sueldo, diez "pesos" nada más, solicitó un aumento y no le fue concedido. Pero aquella criolla suplía suficientemente la falta del empleado. Conocía el precio de casi todas las mercaderías. No obstante, el trabajo mermaba mucho. Algunos asiduos concurrentes dejaron de ir, prueba evidente que faltaba la "carnada": Clemencia.

Si alguna persona le preguntaba a doña Matilde por don Francisco, limitábase ella a decir que estaba enfermo. En el pago, no se sabe cómo, se propagó la noticia de que don Francisco estaba "trastornao". Muchos llegaban por mera curiosidad. Algunos le habían visto pasearse de un lado para otro, con vacilante andar, contemplándose de vez en cuando la mano izquierda. La buena criolla, por su parte, había llegado a familiarizarse con su avanzado estado de desequilibrio mental. Sin embargo, había días en que experi-

mentaba una leve mejoría y parecía sonreír interiormente conversando con toda seriedad. Eso acontecía cuando había dormido toda la noche anterior.

Pasaban los días y don Francisco no experimentaba la mejoría que aquella buena mujer esperaba, a pesar de sus remedios caseros y de sus "contra males". Le había colgado en el pecho para que se le fuera el mal, una bolsita blanca, conteniendo una "fuerte" oración gaucha, acompañada de una crucesita de "ruda", todo cosido a mano con aguja e hilo "sin pecar". Al hacerlo, le dijo que cuando aquello se tornara negro, quedaría completamente curado.

Muy a menudo, él contemplaba a escondidas aquello. Cierta vez, en un mal momento, perdió la fe, la esperanza de verla negra, y se la arrancó de un tirón, después de haber vacilado un largo rato.

Si ese hombre no se hubiera arrancado el amuleto, tal vez se hubiera curado. Aquella bolsita blanca, sería el reloj, la marcha de su enfermedad. Negra, con el tiempo, tendría que ponérsele, o, por lo menos sucia. Obraría en él la sugestión... una auto-sugestión. ¿Acaso en este sentido no tienen algo de psiquiatras las humildes curanderas de nuestros campos?

Una tarde, don Francisco, se presentó de improviso ante doña Matilde. Tenía los párpados entornados. Con aquella su voz apagada, tiernísima, que parecía salir envuelta en algodón, díjola:

—Yo me quiero ir.

—¿Pa donde?

—Para España.

—¿Qué va'hacer por España? Primero tiene que curarse.

El calló. Pero al rato, después de mucho tiempo, haciendo un gran esfuerzo para hablar, dijo:

—Doña Matilde...

—¿Qué quiere, don Francisco?

—Yo... yo le quiero decir una cosa.

—¿Qué cosa?

—Yo... yo... estoy arrepentido.

—¿De qué?

—Yo les he robao la plata a los clientes. Yo... a todos les robo en el peso cuando les vendo. A veces les cargo de más a los que tienen libretas. ¡Yo me arrepiento de eso, doña Matilde! Yo soy un ladrón y me van a llevar preso. ¡Mi tío fue quien me enseñó a robar!

—¿Y a mí me robaba cuando le hacía compras? — preguntó ella con ironía.

—¡No, a usted, no! ¿No se acuerda que a veces le daba la "ñapa"? Y, estremeciéndose, agregó: — ¿No vendrá la policía a buscarme, doña Matilde?

—¡Pero qué cosas tiene, don Francisco! No haga caso d'esas pavadas. ¿Onde no ha visto "pulpero" ladrón?

Luego, prosiguió don Francisco con infinita tristeza:

—Yo no aprendí solo... ¡Fue mi tío que me enseñó! ¡Ah, mi tío! ¡Más valía que me hubiera dejado allá en España, con Manoliña! Hoy sería más feliz... Él me hizo dejar los amores. ¡Era muy bruto mi tío!...

—¿Y esa Manoliña, era su novia? — inquirió la criolla.

Él no contestó palabra. De pronto quedóse como sordo y mudo. Después llevó ambas manos a la cabeza, y comenzó a restregarse fuertemente contra las sienes. Al rato dijo:

—Doña Matilde.

—¿Qué quiere?

—Yo no quiero nada... ¿sabe una cosa? Mí tío cuando yo recién llegué, me dijo que me llevara de sus consejos. Y yo le hice el gusto en todo.

—Hizo bien... asina jué como lo hizo rico.

—Yo le voy a decir un secreto... — agregó en voz baja. — Mi tío una noche me dijo que no precisaba amores ni aquí, ni en España. Que yo iba a ser muy enamorado y que las mujeres me iban a arruinar. ¡Yo soy como los bueyes, doña Matilde! ¡Soy castrado! ¡Él mismo me castró una noche mientras yo dormía! ¡Después me dijo que así yo sería rico y muy feliz!

Ella lo miró, y después de soltar una sonora carcajada gaucha, díjole.

—¡Usté divaría, don Francisco! Vaya'acortarse, que ya está dentrando la noche.

—¿Es de noche ya?

—Sí. Ya le ví'a prontar el tilo.

—¿Dormiré hoy, doña Matilde? ¿El buitre no me comerá otra vez los sesos?

—¡Cómo no va'dormir! Anoche juí a bombiarlo a eso de las dos y usté staba roncando a pierna suelta.

—¿Y si no duermo?

Por el cerebro de este atormentado pasaba rápidamente una serie sin fin de pensamientos, durante todo el día. La noche producíale tal depresión en el espíritu que andaba como un ente, como un perro faldero tras de aquella mujer, la que no llevaba mayor atadero a los disparates que decía. Su rostro apergaminado de momia, sus ojos azules, de párpados cansados por el peso de las malas noches, aquella su voz de ultratumba y las palabras incoherentes, hubiera infundido miedo al más valeroso. Pero la criolla resistía a todo, con abnegación sin igual, sin esperar la más mínima recompensa. Trabajada sin cesar, de sol a sol, solamente

por satisfacer el imperioso mandato de su conciencia, que era el de practicar el bien. Se devanaba los sesos, durante el día, pensando sobre la resolución que debía de adoptar. Pasaba el tiempo, y sus remedios caseros carecían de eficacia para curar al enfermo. Estaba dispuesta a esperar un poco más. Ya había consultado a un vecino entendido quien la aconsejó.

Mandaría avisar al juez, a la policía, y que aquellos tomaran las medidas pertinentes.

—Más no puedo hacer — decíase con frecuencia doña Matilde.

Una vez, don Francisco la abordó, haciendo gestos de dolor:

—Yo no puedo llorar, doña Matilde... ¡Mis párpados son de goma! ¡Si yo llorara!...

Ultimamente, mostrábase hosco y agresivo. Una noche al pretender darle un baño de pie, caliente, con cenizas, se resistió y no hubo forma de ponerlo en el agua. Erguido, con los ojos fuera de las órbitas y con mano amenazante, la arrojó del cuarto gritándole con toda la fuerza de su voz:

—¡Fuera de aquí, asesina!... ¡Fuera!... ¡Fuera bruja!...



Intervino la policía. Intervino el juez. El comercio fue clausurado. El médico, por su parte extendió un certificado de insanía y se corrieron los trámites respectivos. Cuanto antes sería llevado don Francisco al manicomio de Montevideo. Los vecinos aconsejaron a la criolla que le diera un baño caliente al enfermo, antes de partir y todos se fueron, dejando sola a la valiente mujer con aquel loco.

Después de varios días, de mañana, llegó un mensajero con una orden. A la madrugada el pobre gallego sería llevado a la estación en un "break" acompañado de un sargento y un guardia civil, ambos forzudos, por si llegaba a hacer resistencia.

Llegó la noche. Doña Matilde fue al cuarto del enfermo para despertarlo, pues le había ordenado que descansara unas horas.

Al llegar lo encontró sentado al borde de la cama. Con la mano derecha, apretaba contra el pecho, — como si fuera una garra — a las sábanas revueltas, mientras contemplaba la mano izquierda bien abierta, en todas formas, como a un objeto raro.

—¡Don Francisco!. ¿Qu'está haciendo?

—¡Eh!... ¡eh!... — dijo, al verse sorprendido —. Miraba mi mano de goma.

—¡Güeno... venga, acompañemé! — le dijo ella con cierto imperio.

Él se puso de pie, vacilante, y la miró con aquellos ojos azules, de párpados entornados, mirada de buey cansado en el yugo del trabajo; mirada vaga, incierta. Con voz tiernísima, que parecía salir envuelta en algodón, díjola:

—¿Adónde voy?

—Tengo que darle un baño y mañana tempranito vamos a dir juntos a la estación.

—¿A la estación?...

—Sí, pues.

—¿A qué estación?...

—La del fierrocarril.

—¡Ah! ¿Me llevan preso por ladrón, verdad?

—¡No!... ¡Nada d'eso! Está envitao pa dir a la... ¿sabe?... pa dir... al fierrocarril. — Es un paseíto muy lindo, se va' distrái mucho. Dicen que Montevi-

deo es muy divertido. A lo mejor s'encuentra de una topada con aquella novia... con Manoliña. Pero venga prontito. ¡Vamos!.

Él no dijo nada, ni oyó nada.

Doña Matilde lo tomó de un brazo y lo quiso atraer, venciendo su resistencia.

—¡Vamos, camine! ¡Venga pa'ca! — le ordenó.

Varias veces se detuvo en el trayecto y ella tuvo que hacer sonar de vez en cuando su falsa voz de sargento de caballería.

Ya en el baño, lo ayudó a desnudar.

Don Francisco parecía en ese instante un hipnotizado, un idiota. No se daba cuenta de nada. No sin grandes esfuerzos logró la pujante criolla meterlo en la bañera. Al soltar la cabeza del gallego sonó contra la lata. Con las manos enjabonadas, fue ella lavándolo bien desde la cabeza a los hombros. Con una esponja le frotó lentamente el pecho, luego el vientre... Enjabonó de nuevo sus manos y, de pronto... se quedó contemplando horripilada los órganos genitales mutilados de aquel hombre. Miró un largo rato atónita y después, llevándose ambas manos con espuma de jabón a la cabeza, con los ojos agrandados por el terror, exclamó:

—¡Qué horrible! ¡pobrecito!... ¡Lo mesmo que los güeyes! ¡Capao!... ¡¡capao!!...



Temprano llegaron a la estación. El tren no tardaría mucho en partir. La mañana era fresca. El cielo de un azul purísimo. Era un cielo limpio, sin el pecado de las nubes.

Don Francisco estaba como una momia pegado a los vidrios de la ventanilla. Sus ojos permanecían a medio cerrar, la boca entreabierta...

Sonó un silbato. Rugió la locomotora, y el convoy se puso en marcha, llevándose aquel loco.

Y la criolla lo vio alejarse, perderse allá lejos, en la curva ancha, mientras el monstruo negro, iba dejando un penacho de humo, ensuciando el cielo diáfano, y con sus rugidos graves, ponía a prueba el dinamismo de sus pulmones de hierro.

Poco después, doña Matilde, se llevó el delantal de cretona a los enrojecidos ojos, llenos de lágrimas. Y mientras caminaba lentamente de espaldas al convoy, llena aún de espanto y de dolor, murmuraba:

—¡Pobrecito!... Vino al mundo pa sufrir... Y era lo mesmo que un güey... ¡Era como los güeyes!

EL "ESTAQUIAO" *

En una "pulpería" de las afueras de mi pueblo, de muchacho, entre pestilencias de "caxaça" y fuerte humo de tabaco brasileño, escuché absorto, en una rueda al finalizar una partida de "truco", esta narración que vuelco con visos de verdad, palabras más, palabras menos, al papel, evocando un personaje real, que, para el caso no interesa el nombre.

Con gran llaneza, mi hombre comenzó así:

—"Cuasi al amanecer, el ejército había acampado cerquita'el arroyo, el que estaba bastante panzón de tan crecido. Dende temprano andaban consiguiendo "pipas" y tablones pa' hacer una balsa. Nos tráia medio apurao l'enemigo; nos venía pisando los talones. La retaguardia nuestra venía tiroteándose con las avanzadas contrarias.

Esto que les vi'a contar, aconteció en una de aquellas guerras di'antes, entre orientales, dejuramente. Yo no sé si ustedes saben, o si han óido contar que en más di una ocasión me' "limpiao" a más di uno en tiempos de guerra, y no porque estuviera cebao, ¡no!. "Limpiaba" por órdenes superiores. En un redepente me ordenaba un sargento, un teniente... y ¿qué diba' hacer? ¿no, eh?... Por gusto nunca "toqué el violín". A veces, dispués de terminar una pelea, ustedes saben, asigún venga la cosa, si no hay puerta pa disparar, el redotao se la ve fea y deja el tendal d'heridos. Ayicito nomás, como caranchos, cae la recua de "carchado-

* **Pilchas.** Montevideo, 1943, págs. 11-14.

res". Hay que haber servido en nuestras guerras pa dispués hablar y saber lo qué es la necesidá.

"Si yo he "despenáo" a más de uno, por cuenta mía, creanmeló que ha sido pa'hacerles un favor, pa no verlos sufrir, ¡pobrecitos! Unos, locos por la sé, dispués que se enfrían las heridas, piden: ¡matemé! ¡peguemé un tiro! y otros, a juerza de tanto verlos "boquiar" nu hay más remedio que ser caritativo, había que "despenarlos".

"Dispués, sí... era cuando me fijaba si el finao tenía algún relos o cadena di'oro, algún puñal de plata novecientos, algún aniyo de valor... Ustedes saben lo qu'es la prática n'estas cosas; la esperensia enseña mucho. Uno véia si estaba mal baliao, el lugar de la herida, si aquello no tenía más remedio. Fuera o no compañero, pa mí era igual. ¡Cuántas veces, uno de "nuestro pelo" cayó en la voltiada! La prática, la esperensia. ¿Y yo qué diva'hacer? ¿no, eh?... Es cuestión de coraje y tener güen corazón n'esas ocasiones".

. . . .

—"Güeno... como yo les diba diciendo, tábamos acampao cerquita'el arroyo que ni lo nuembro porque el ricuerdo me tráe tantas cosas a la cabeza que aveces me viene hasta ganas de yorar y me acosa una tristeza por una sinfinidá de días. Yo cumplía órdenes de mis superiores, ¿no, eh?... ¿y que'iba hacer? ¿no, eh?

"Ahura me doy cuenta porque me tenían aquel rispeto y hasta miedo más de uno; tendría fama, no hay duda, de "tocar" muy bien el "violín", como dicen. ¡Miren si me abré limpiao cristianos! Si habré escucháo veces los alaridos d'esas pobres gentes, sobre todo cuando me daban órdenes, y en cuantito véian desenvainar mi "refalosa" de cuasi tres cuartas, sin probar filo, con los pelos erizaos por el miedo y los ojos como

el carnero cuando va p'al gancho del galpón: "¡Por su madre, no me degüelle! ¡no! ¡no! ¡no! — ¡Perdonemé, — y de vez en cuando algún viejo: — "mi ñetita queda solita n'el mundo!"

"Y ansina, me los diba despachando, p'al otro mundo, siempre apurao, pa no escuchar lamentaciones. Al fin ya estaba tan cansao d'esas cosas que las palabras me dentraban por un óido y me salían por el otro. Les desiba, eso sí, como si estuviera muy apenao: ¡Es la orden, hay que cumplirla! ¡Tené pasencia! Y cuando alguno me pedía que le metiera un plomo en la cabeza, yo le contestaba: — mirá m'hijito, la munisión hay que guardarla pa las peleas, áhura no hay necesidá. Y yo seguía con mi oficio, no les véia "pelo ni marca".

"Aveces, de lástima nomás, asentaba el cuchiyo, que siempre estaba ensangrentado, n'el caño de mi bota, pa que la cosa anduviera más pronto y el cristiano sufriera menos. Y no es que crean que yo no tenía corazón y güenos sentimientos como áhura, es que yo era, — y esto va en secreto — algo así como el degollador más diestro del ejército. Más de una vez, me dentró pena n'el alma al agarrar a más de un prisionero de las barbas si las tenía, de los pelos de la cabeza, o si no bien afirmao los dedos de mi surda en el hocico pa que no me apretara el gañote y se me escurriera con el cuerpo llenito de temblores. ¡Mire que hace juerza un cristiano n'ese trance!"

....

—"Pues sí... uno no es culpable d'esas cosas... ¿no, eh?... Si a uno le ordenan hacer algo, hay que hacerlo... ¿no, eh? Pues... miren: yo, cierta vez, desobedecí una orden, naides lo supo, y áhura, dispués de tantos años, les viá contar como jué, pero crean que

entuavía cuando mi acuerdo me dentra una pena n'el alma que me dura varios días, y me persigue día y noche, vayan sabiendo, los ojos de un negro que habían ordenao el "estaqueo" en plena marcha en esa ocasión, y con seguridá que sería comido vivo por cuanto bicho; por los zorros, por los caranchos. Taba mesmito bajo unos talas junto al arroyo. Si sería grande mi fama, entonces, de "tocar el violín", que cada vez que pasaba cerquita'el negro (yo siempre andaba apurao, no le daba cortesía a naides) me miraba con tremendos ojazos sin decir, esta boca es mía. Sin duda el negro me conocía bien y pensaría pa'sus adentros que lo diba a limpiar de un momento a otro. Por dos veces me preguntó al pasar: — ¿me va degoyá, don? — y yo, como siempre, no l'hice caso. Pero me quedó adentro, como pegao en los ojos, la mirada de aquel negro, mirada de unos ojos que daban en verdá, lástima. Mi acerqué y le pregunté por qué estaba "estaquiao". Me contestó:

—"Por robo".

—"¿Y qué robaste, tizón?"

—"Unas garras".

—"¿Nada más?"

—"Sí, señó. — Nada más".

—"Y vide otra vez aquellos ojos grandotes de aquel negro y cuando me juí de su lao, vide las guascas que temblaban al mismo tiempo que su cuerpo, cuasi desnudo, tapao apenas por un chiripasito, bien maniatao a las estacas. Cuando me alejé de su lao, yo me decía: ¡Por robar unas garras! ¡Por robar unas garras!... ¡en tiempos de guerra! ¡Esto no es justicia! ¡No es justicia! Y han de creer ustedes, entoavía me seguía persiguiendo como luz mala los ojos del negro; aquellos ojos grandotes los véia por tuitos laos y tamién

los temblores de su cuerpo, los temblores de las guascas...

"Efectivamente, averigüé poco dispués y me dijeron que se había apoderado de un apero viejo y que lo había vendido por unos riales nomás, en una pulpería cercana.

"Jué entonces cuando yo me dije: "viá hacer justicia una vez aunque masno sea". Como les decía, tábamos acampao, juntito al arroyo que estaba crecido. Ya habían empezao a construir la balsa pa que pasara el ejército: taba ya oscureciendo, naides podría saberlo. Taba oscurito mesmo. Entonces, decidí hacer justicia una vez en la vida por mi propia mano. Yegué junto a los talas. Me diba acercando despasito, ricién acababa de armar "un chala". diba "pitando". A unos veinte pasos más o menos divisé al negro, le relumbraba lo blanco de los ojos en medio de la oscuridá. Y yo diba despasito, diba con el cuchiyo, picando el "naco" pa convidar con "un chala" al pobre negro. El, sin duda, dende lejos me vio llegar, paso a paso. Yegué. Taba bastante oscurito. Naide lo sabría..."

—"Ché... tizón, ¿querés "pitar" antes? — le dije, con segunda.

—¡Me va'... degoyáááá!!!

Y vide otra vez el relumbre blanco de los ojos del negro que daban espanto en medio de la noche, vide cómo temblaban otra vez las guascas, vide los temblores de su cuerpo cuasi desnudo...

—Tomá, tizón — le dije nuevamente al tiempo que yo le ponía en la boca "el chala" prendido, y, en seguida, de un tajo certero corté... ¡epa!... compañeros, no se asusten... corté... las guascas que lo maniataban en las estacas... y el cuerpo del negro había cesado ya de temblar. Dispués dándole una patada

le ordené: Sentate, ¿tas envarao? — Me corrí a los pieses y le corté los tientos.

—¡Tás en libertá, tizón ¡juyite! — Y han de creer ustedes, qu'el negro ni se movió, taba durito, estirao n'el suelo, y entuavía me seguía mirando fijo, sin pestañar. Ya ni temblaba, las guascas habían sido cortadas...

—¡Tás en libertá, paráte pués!... — repetí. — ¡Y vean ustedes! lo que son las cosas; taba con "el chala" en la boca, echando humo. Y, nostante, ¡taba muerto!...

Y yo siempre he pensáo, ante el recuerdo de los ojos di aquel negro, que se había muerto de susto... ¡de susto!... ¿no, eh?... de purito susto nomás... ¡Vayan viendo lo qu'es la fama de los hombres!... Tamién... es cierto que yo tráia en la mano mi cuchiyo...".

UNA VENGANZA *

Allá por los suburbios de un pueblo fronterizo del Brasil, en una casa pobrísima de paredes de ladrillo sin revocar y techo de paja brava, estuvo instalado hace algunos años un modesto negocio de peluquería Mauricio Fontes, en la esquina de la plaza, que todos los del lugar, llamábanla "de las carretas".

El aspecto que presentaba el interior de ese negocio era por demás miserable y antihigiénico. Constituían el mobiliario un desvencijado sillón con cuero de baqueta que estaba frente a un espejo antiguo de ancho marco negro y en cuya luna de gastado azogue los rostros se veían desfigurados por un tinte azulado; medio metro más abajo dos veladoras sostenían una plancha de mármol que servía para poner los útiles del oficio; del techo bajaba un retorcido alambre del cual pendía una lámpara grande a petróleo; un par de sillas de esterillas rotas, una repisa, un almanaque de "taco" clavado en la pared y una mesa con unos diarios y revistas. Todo denotaba el más completo abandono. Las telas de arañas, el polvo y las secreciones de las moscas revestían a los objetos que estaban en el interior de aquella pieza, dándoles un aspecto repugnante. Cuando llegaba algún cliente, una cotorra desde una jaula de lata, colgada de un clavo muy cerca de la puerta de la calle, anunciaba alborozada al patrón repitiendo hasta el cansancio: "Hay gente"... "Hay gente"... "Hay gente"... de inmediato Fontes

* **Pilchas.** Montevideo, 1943, págs. 43-48.

levantábase de su asiento, dejaba sobre la mesa el mate y la caldera y atendía con toda solicitud al cliente, sin apuros, con esa cachaza tan proverbial en los peluqueros de nuestra campaña.

Al rato abríase la puerta que daba al dormitorio y aparecía una mujer rubia y flaca, quien, mirando primero al recién llegado y luego a su marido, decía: "¡Ah!... ¡tenés gente!" — agregando al irse en seguida: — "Güenas"...

Poco después, con cierta cautela iban apareciendo, de a uno, los hijos del peluquero. Eran éstos, cuatro rubitos desgreñados y sucios, de ojos tan azules como los de la madre.

Solía colarse también un perro negro y feo, el que daba unas vueltas olfateando por los rincones como si anduviera buscando un hueso, y luego se marchaba por donde había entrado.

Cierta vez Mauricio Fontes ya estaba próximo a cerrar el negocio, cuando se presentó un criollo en demanda de sus servicios.

—Ta medio oscurito — díjole el dueño al recién llegado — pero no se aflija paisano. Voy a prender esta luminaria y lo sirvo en seguida. Tome asiento nomás.

Aquel hombre, al sentir la voz del dueño estuvo a punto de retroceder, quiso hablar algo, y, vacilante, acató la orden tomando asiento.

Mientras tanto el peluquero parado sobre una silla, encendía la lámpara, quedando, por momentos, la atmósfera impregnada con un tufillo a querosene.

Y, desde la calle llegaba el anuncio de la cotorra, la que estaba casi afónica de tanto repetir: "Hay gente"... "Hay gente"... "Hay gente"... Esta vez, también, como en tales ocasiones, abrióse la puerta

contigua y apareció la señora rubia, la mujer de Mauricio. Al rato los muchachos fueron desfilando uno por uno, con esa curiosidad característica a sus edades, y tanto más aún al ver que el padre trabajaba con luz, pues siempre había sido costumbre cerrar el negocio al anochecer.

—Un tuse a media cabellera y dispués, si le sobra tiempo me afeita, Don — dijo el recién llegado.

—Lo que guste, pa servirlo estoy, — contestó amablemente Mauricio y abriendo un cajón de una de las mesitas, extrajo un lienzo de dudoso color, y poniéndoselo al cliente en torno del cuello tuvo especial cuidado que el pecho y los brazos quedaran cubiertos. Luego entregóse de lleno a la tarea de cortarle el cabello.

Mientras tanto, como todos los de su oficio, le fue dando "gusto a la sin güeso" y enterándolo de las últimas novedades del pueblo. Hablóle largamente, con todo lujo de detalles, sobre el contrabando apresado por la policía, la pelea que ésta sostuvo con los contrabandistas, quiénes eran los heridos, el contenido de lo apresado y su monto. A esto siguió un sinnúmero de noticias a cuál más novedosa, lo que el forastero aparentaba oír con gran atención permaneciendo callado, sin haber despegado una sola vez los labios durante ese tiempo.

Mauricio ya tenía pronto los útiles para empezar la tarea de afeitarlo. Enjabonábale el rostro cachacientemente, dejando el bigote para recortárselo al final.

Después de un largo silencio, sin saber ya qué tema abordar, de improviso preguntóle:

—¿Usted no es di'acá, paisano?

—Asina parece.

—¿Viene con alguna tropa?

—Es verdá.

—¿Y de muy lejos?

—De Tacuarembó.

—De Tacuarembó... — dijo Fontes, pausadamente, y guardó breve silencio, mientras por su mente fue cruzando una tropilla de recuerdos.

Al rato agregó:

—Yo tengo algunos conocidos n'el Paso de los Toros. ¿Diga, Don, no conoce a los Gutiérrez?

—Los he óido nombrar.

—Pues ellos me criaron.

Hubo nuevo silencio entre ellos y al rato el peluquero continuó:

—Pues sí... Los Gutiérrez jueron los que me criaron. Dispués que me juí del lao d'ellos, ya mocito, comencé a rodar por el mundo. Me conozco cuasi media República. Conozco también algo por el Brasil. En Bagé y Pelotas, tuve negocio por mi cuenta y en Yaguarón, trabajé de oficial. Este oficio, es bastante perro; apenitas si se gana p'al puchero, cuanto cuanto pa vivir. A veces me dan ganas de levantar los petates y dirme dejos; dirme pa Montevideo donde dicen que se gana tanta plata. Yo he tenido algunos compañeros del oficio que se han ganao allá un fortunón. ¿Pero qué va a hacer uno, con tantos hijos? ¿No le parece? ¿Cómo me muevo yo di acá con esta catervada?

—De vera — se limitó a decir el forastero.

Ya había terminado la "primera pasada", había estado asentando de nuevo la navaja muy despacio y disponíase a darle una nueva jabonada, cuando le preguntó:

—Disculpe mi curiosidad, Don... ¿Cómo es su apelativo?

—Mi apelativo... ¿Es polecía usté?...

—No señor. De preguntón nomá... — contestó Mauricio.

El forastero vaciló un momento; tuvo ímpetus de disparar de aquel sillón.

Miró por el espejo el rostro del peluquero que tenía una mirada extraña y le vino un calofrío que le recorrió todo el cuerpo. Por la frente comenzaron a brotarle unas gotas de sudor frío y sintió además un enorme peso sobre las piernas como si estuvieran paralizadas; quiso mover las rodillas y sintió gran flojedad.

El peluquero ya tenía nuevamente la navaja en la mano y la pasó varias veces por la palma de su izquierda haciendo sonar la hoja.

Esto lo estremeció más aún, estando a punto de perder el conocimiento. Fontes, con una calma chicha díjole medio sonriente:

—Si viera qué parecido enorme tiene usté, ahora que lo veo con la cara limpia, a un tal Salcedo que jué novio de una hermana mía...

En seguida comenzó a darle la "segunda pasada", muy suavemente y al mismo tiempo en tono confidencial, siguió hablándole de su hermana.

—Pero es parecido mesmo a Salcedo. ¡Le juro que ni que jueran hermanos se parecerían tanto! Pues sí... ese tal Salcedo, jué novio de una hermana mía, la única hermana que tuve. Nosotros habíamos quedao güerfanos de chico y nos recogió Gutiérrez, ése del que arrecién estábamos hablando. Yo no había nacido pa la lidia del campo, ¿sabe?, y de gurí juí aprendiendo en la estancia, solito nomá, este perro oficio.

Y mi hermana, ya señorita, dentró en amores con ese Salcedo... ¡pero lo miro a usté y me parece que lo veo a él, paisano!

Y tras breve pausa continuó:

—Pues, como le iba diciendo, dentró en amores con él. Salcedo visitaba la estancia de los Gutiérrez, y ya todo el mundo créiba que se iban a casar, cuando el pájaro dispués de hartarse de su presa, alzó el vuelo nomá, sin dejar rastros. Y mi hermana desesperada, se tiró n'el pozo de la estancia. Cuando la sacaron pa juera, ¡pobrecita! — Dios la tenga en la gloria — taba, ¿sabe? con un tremendo vientre... allí había algo más que agua, la había dejao el muy perro en mal estao. Y yo juré vengarme... Mire que lo he campiao a ese hombre. Me habían dicho que andaba por el Brasil, y pa ya me juí; que estaba por el Durazno, y pa ya rumbié. Al final me cansé de andar trotiando, y lo dejé nomá. Yo me decía: "No hay matrero que no caiga". Ya vas a cáir mansito nomá. ¡Y d'esto hace una puntita di años!

Vaya uno a saber por dónde estará el hombre. Mire si por una d'esas confusiones, creyera que usté fuera Salcedo...

A esta altura, Mauricio Fontes, soltó una risotada, y luego, uniendo a la palabra la acción, con el rostro intensamente pálido y mirada terrible, continuó:

—...Y... en venganza, me lo cazara a usté de los pelos y con esta navaja... no tendría más que hacerle asina, ¡asina!

El tropero que hasta entonces había permanecido mudo, aterrado, profirió un nombre entrecortado, que fue como un grito, una exclamación salvaje:

—¡Mauri...cio!

Y aquella cabeza se fue doblando lentamente hacia la izquierda hasta quedar la barba pegada al pecho, mientras el cuello dejaba al descubierto una ancha y profunda herida con las arterias vitales seccionadas, por donde manaba sangre en abundancia.

Entonces, Mauricio Fontes se limitó a decir con íntima satisfacción para sus adentros:

—¡Caíste lindo, mansito nomá! ¡De juro que ya no te reirás más de ninguna mujer!

Y, distraídamente, preso de un temblor convulsivo, seguía pasando la navaja ensangrentada sobre la palma de la mano izquierda, como si estuviera en su tarea habitual...

En esos momentos, la luna del espejo, de gastado azogue y de extraños reflejos, fue azulando el rostro del muerto.

EL "EMPACHO" *

Vivían en una casa de inquilinato; en uno de esos viejos caserones españoles del "centro", en las inmediaciones del puerto, con paredes de piedra que parecían murallas, de patio amplio y piezas corridas que dan a un pasillo, con ventanales de grandes rejas donde florecían malvones y claveles, rodeado de fuerte baranda de hierro, que al mismo tiempo servía de resguardo y de balcón para los habitantes de las plantas altas, lugar éste, preferido para toda clase de "comadreos", y desde donde se veía cordeles con ropas colgantes de todos los colores, al sol, y que el viento agitaba como si fueran pequeñas banderas. Ella era gorda y alta. Tenía el cabello muy negro y ondulado. De tez muy blanca y grandes ojos claros. De pómulos salientes y nariz bastante achatada. Labios muy finos. Tendría tal vez unos cuarenta años pero representaba más de cincuenta. Jamás reía. En su rostro estaban estampadas las líneas que caracterizan el dolor. Era una mujer grandota y buena, sobre todo muy cordial. De caderas muy amplias y fornidos brazos. Trabajaba a todas horas del día. Todos decían que era una esclava de su marido y de los hijos. Era un ejemplo de bondad. Jamás inmiscuíase en asuntos que no tuvieran atingencia con su hogar. Detestaba la maledicencia y toda clase de "comadreos". Nunca se le oyó hablar mal de nadie. Para ella todo estaba bien. No era amiga de llevar la contra.

---

* **Pilchas.** Montevideo, 1943, págs. 51-59.

Doña Luisa, la llamaban todos con igual cariño. Cuando había cualquier trifulca en aquel "conventillo", entre vecinos, era ella la encargada de restablecer la calma. La palabra de doña Luisa era sedante, apaciguaba todo. Se las arreglaba de manera que todos quedaran satisfechos. Le daba primero la razón a una parte, luego a la otra, y así, oficiando de pacificadora, concluía siempre por reconciliarlos. Es una santa doña Luisa, — decían cada vez que de ella se hablaba.

Atilio, su marido, tendría unos cincuenta años. Trabajaba como peón desde hacía dos décadas en uno de los depósitos del puerto. Era "otro pedazo de pan". Lástima que es tan afecto a la bebida — decían los más allegados.

Era un bebedor empedernido. Cuando llegaba ebrio, su mujer trataba de no contradecirle, pues a la más nimia disparidad de pareceres, no le costaba mucho irritarse, y todo lo resolvía a golpes de puño, a puntapiés o gritos. Esto, naturalmente, exasperaba a su mujer, la que cerraba la puerta de entrada y muy calladita, soportaba todo con resignación, para no dar motivo a comentarios entre los vecinos y tener que afrontar la vergüenza que le causaban todas las acciones intempestivas de su marido producidas por los efectos del alcohol. Tenían cinco hijitos. Los muchachos huían de su padre en cuanto lo veían entrar tambaleante, en estado de ebriedad. Escurríanse como lagartijas, afinábanse tras las puertas o muebles, achatábanse bajo las camas. Algunas veces al infeliz de Atilio, la bebida solía ponerlo alegre, por demás festivo, deshaciéndose entonces en ternura y cumplimientos con todos. Reunía a sus hijos, llamaba a grandes voces a su mujer y reía estrepitosamente, sin cesar. Decíale al mayorcito que contaba entonces siete años, con voz temblorosa, pero

muy almibarada, haciendo recalcar la letra "u" de su nombre.

—"Vení Lu-u-u-isito vamos a jugar. Montá a caballo sobre el lomo. Vení, no tengas miedo... ¡Hoy estoy alegre!".

Apenas dicho esto, poníase inmediatamente de rodillas y con ambas palmas de las manos sobre el suelo, oficiaba de cuadrúpedo. Entonces el ambiente era propicio a la jarana, había diversión para todos. Los muchachos iban acercándose paulatinamente, algo desconfiados al principio, y después de un buen rato, todos querían subir encima de las espaldas del padre. Así, imitando a los caballos, recorría las dos únicas piezas de un extremo a otro, relinchando, corcoveando, hasta quedar extenuado, rendido.

—"Agarrate bien de los pelos Lu-u-u-isito, mirá que vamos a galopiar" — decíale al mayorcito.

Y todos participaban del juego encantados. Luisito, Carlos María, Atilito, María del Carmen y el más pequeño, el que apenas contaba unos quince meses, muchas veces desde los brazos de la madre, agitaba sus manitas haciendo supremos esfuerzos para reunirse al grupo. La madre solía también solazarse, reía... Y solamente limitábase a decir: — "Lástima que no vengas siempre así, alegre, después de tus borracheras".

En otras ocasiones maullaba, y "hacía de gato", dando vueltas y más vueltas alrededor de la mesa del comedor. Tan pronto trepaba sobre el destartalado sofá, como sobre las camas o sobre la mesa del comedor, y desde donde, las más de las veces, llevaba un soberano porrazo. Entonces, desde el suelo, decía a sus espectadores, babeándose, riéndose estrepitosamente:

—"Este gatito está medio mareado porque se comió un ratón sin cola". — Todas estas ocurrencias, desde

luego provocaban gran hilaridad y alboroto entre sus pequeños hijos. Hasta la propia doña Luisa que no reía nunca, festejaba aquellas excentricidades, aquel buen humor, viéndolo "gatear" por todos lados, mientras lanzaba tremendos maullidos, siempre en persecución de alguno de los pequeños, haciendo ademán de atraparlo. Cuando esto, colgábale de sus labios hilachas de baba, las que limpiaba pasándose por la boca la manga del saco, y entre tanto, reía, reía estúpidamente.

El efecto de las borracheras en Atilio, variaba de acuerdo con la bebida que escanciara. Cuando bebía "grapa" o "caña" con seguridad que llegaba a su casa de mal talante, irascible. Cuando ingería vino — según él — su "psiquis estaba alegre".

En tales casos, algunos de sus pequeños vecinos, amigos de sus hijos, más de una vez venían a divertirse acoplándose a aquel coro de gritos y risas infantiles, aumentando así la algarabía de aquel apartamento.



Serían las once de la noche. En aquella casa grande dilatábase el silencio por los pasillos, corredores y escalinatas. Las sombras se hacían cada vez más densas y prietas a medida que la hora avanzaba. La luz del farol del ancho zaguán, como la del patio, extinguíase poco a poco, estaba en sus últimos parpadeos. Doña Luisa no hacía más que pasearse de un lado para otro, con el más pequeño de sus hijos en brazos, que estaba enfermo desde hacía una porción de días. Una luz exigua, luz amarillenta de lámpara a petróleo, alumbraba la alcoba. Durante el día siempre tenían visitas. Todos venían a preguntar por la salud del enfermo y al mismo tiempo darle una "manito" a doña Luisa, en las

tareas de la casa. Desde que el chico se agravó, tanto la madre como Atilio pasaban en vela la mayor parte de las noches. Los dos tenían los rostros desencajados por las vigilias del sueño. Ella siempre le decía:

—Andá a acostarte Atilio, que mañana tenés que ir a trabajar. Te podés enfermar. ¡Ay! ¡Dios mío! ¿Qué sería de mi vida si me llegaras a faltar vos? ¡Con esta catervada de hijos! Andá, viejo, y acostate, estarás muerto de sueño. Y él, entonces, comportábase de otra manera, era más amable, redoblaba los cariños, era más digno, y sobre todo, bebía mucho menos, casi nada.

El chico estaba en manos de doña Gertrudis la "médica del barrio", una buena mujer que oficiaba de curandera. Ella había diagnosticado primero "mal de ojo" y luego "un empacho". Todas las tardes venía con sus tizanas y ungüentos. Desnudaba al chico sobre la cama matrimonial, le daba unos cuantos tinguiñazos en el estómago el que sonaba a bombo, y masajeábalo un buen rato con "unto sin sal".

Después de esto, ponía el cuerpecito boca abajo, y con los dedos a manera de garras lo tomaba con mucho cuidado por la piel que cubría la parte de la columna vertebral, levantándolo ceremoniosamente tres veces, y mientras mascullaba una oración, percibíase claramente el sonar de las vértebras. A esto la curandera le llamaba "quebrar la cola". Luego ordenábales un baño caliente con hojas de malva y todas las noches infusiones de borraja. En ayunas un tecito de "guampa amanecido". Había encargado especialmente a doña Luisa, que marcara con "hilo negro sin pecar" en forma de cruz, todas las ropitas que pusiera al enfermito, cosa que se cumplió al "pie de la letra", pues según

ella tenía suma importancia durante la "vencedura" del mal.

—"¡Qué empacho perro éste!... — dijo la curandera. — Si habré curao en mi vida empachos, doña Luisa. Esto va muy mal. Si esto no cede, no tendrán más remedio que conformarse con la suerte. ¡Qué lástima, un nene tan lindo! "Mal de ojo" primero, después "empacho" y de hoy a más no tardar le vendrá la "menengites". Esto, si se cura, con seguridad que se vuelve idiota. Más vale perderlo doña Luisa. Yo he salvao a más de uno de esa enfermedá perra, y le aseguro que los padres son unos desgraciados, es un continuo sufrir, concluyen por mandarlos al asilo. Más vale perderlo doña Luisa. ¡Qué enfermedá más perra la "menengites"!.

Enterados ya del mal del enfermo y agotados los recursos de su ciencia, se despidió la curandera.

Por indicación de una vecina llamaron a un médico. Este aconsejó que cuanto antes llevaran al pequeño al hospital de niños. Era un caso de una gravedad extrema. Todos estaban como atolondrados, no sabían qué hacer. En el "conventillo" se corrieron las voces, y todos esperaban de un momento a otro la muerte del chico. Durante las noches anteriores, mientras todos dormían, en medio del silencio de aquella casa de inquilinato, sólo oíase las quejas y suspiros de la madre, y de cuando en cuando un cántico de cuna, lleno de ternura, arrullador.



Atilio no se ha levantado de la mesa para nada después de la cena. Estaba entredormido. Le acosaban sueños raros a cada instante, y despertábase sobresaltado. De pronto, fijó la mirada en la botella de vino

que tenía por delante, Sirvióse un vaso bien colmado, luego otro y otro... y así, hasta vaciar el contenido de la botella. Momentos después dormitaba, cabeceaba con los codos apoyados sobre la mesa, y ambas manos sobre la faz.

Entre sueños sentía a su mujer que se paseaba de un extremo a otro en la pieza contigua, diciendo al hijo enfermo: — "Duérmase mi híjito; pronto se va a poner sanito, si Dios quiere. Duérmase"... Y eso fue apagándose en su oído poco a poco; fueron borrándose formas siniestras de su imaginación, fruto de los vapores del vino, hasta caer sumergido en un profundo sueño. De su garganta solían escaparse agudos ronquidos, cuando no estremecimientos seguidos de un hipo que le obligaba a abrir los ojos desmesuradamente.

Ella tenía en brazos al hijo en la otra pieza donde también dormitaba y cabeceaba a ratos en el sillón. Hacía muchas noches que ambos apenas dormían unas pocas horas.

Vivían en un continuo sobresalto.

De pronto, asomóse Luisa, su mujer, a la puerta con el hijo en brazos, poseída por una rara sensación de miedo y con un gran cansancio y flojedad en las rodillas, dijo a su marido:

—¡Atilio!... ¡por favor vení, Atilio!

—¿Qué querés?... ¿qué pasa?...

—¡No!... nada... escucháme Atilio... no te vayás a enojar. ¿Por qué no vas a buscar a otro médico, o le explicas al farmacéutico, a Don Cosme, lo que tiene el nene?; puede que le haga algún remedio, y lo salve... Andá, viejo querido... ¡tengo mucho miedo! Si vieras... tiene una fiebre altísima que

vuela... delira, se le van los ojos p'atrás. ¡Hoy hace quince días que está enfermo!

—Pero... mujer... escuchame... atendeme, Luisa... son las doce de la noche. Tené paciencia... Todos están durmiendo a estas horas. La farmacia de Don Cosme estará cerrada... después... ya sabés lo que ha dicho Doña Gertrudis, la mejor curandera... De "menengitis" nadie se salva... ¡Tené paciencia Luisa!... No hay más remedio que conformarse con el destino!

—¡Es que tengo miedo de es'ar sola!... ¡Mirá que le rechinan los dientes al pobrecito! Tiene una fiebre que quema... le tiembla todo el cuerpo... ayudame... agarrámelo ¿querés?... aunque sea por un ratito...

—Dámelo mujer... ¡Pobrecito el nene!... ¡Cómo tiembla, mismo!... ¡Le rechinan los dientes!... ¡Es la fiebre!...

Momentos después agregó:

—Escuchame Luisa, no hay más remedio, no nos queda otro recurso... tan pronto amanezca, hacemos lo que nos aconsejó el médico. Lo llevamos al hospital.

—¡Ah!..., ¡eso sí, que no!, ¡Atilio! ¡Mi hijo al hospital, sin los cuidados de su madre! ¡Eso, nunca!

—Pero si no hay más remedio, mujer. ¿Qué vamos a hacer? Vos estás muy nerviosa. Andá a acostarte, yo ya dormí un poquito, ahora te toca a vos, Luisa, andá a acostarte. No hagás ruido en la pieza que los nenes se pueden despertar. Acostáte tranquila, y dejá al nenito por mi cuenta, yo lo cuidaré, velaré por él esta noche.

Fue necesario que Atilio repitiera a su compañera muchas veces lo mismo y prometerle formalmente que

no se lo llevaría al hospital, para que aquella buena madre se dispusiera ir a descansar algunas horas.

Quedóse él, con el niño en brazos y luego sentóse en el sofá. Serían más de las tres ya. A veces le pasaba la mano por la frente y mejillas afiebradas, y por momentos experimentaba estremecimientos, temor, al sentir en brazos aquel cuerpecito convulsionado; ya no le rechinaban tanto los dientes. Poníase cada vez más pálido, con la nuca tensa, echando para atrás la cabecita. De a ratos aplicábale un pañuelo empapado en agua y vinagre sobre la frente. De pronto la mirada de Atilio incrustóse en la botella de vino que tenía sobre la mesa, aún tendida. Vació el resto de su contenido en un vaso y lo bebió con avidez. Con el hijo en uno de los brazos, muy apretado contra el pecho y en puntillas, llegó hasta el aparador y de la parte de abajo, posesionóse de una damajuana de vino. Llenó la botella de cristal, extrajo un trozo de queso y se sentó dispuesto a esperar el día, con el hijo en brazos. Así Luisa podría descansar. Mientras tanto, habíase despertado en Atilio una enorme hambruna. De continuo devoraba trocitos de queso con pan mojado en vino. De este modo bebió muchísimo. Ya bastante alcoholizado tuvo una idea repentina que la puso de inmediato en ejecución, soliloquiando, y con los ojos mojados por las lágrimas, decía:

—Pobrecito mi nene, tiene "nana". ¡Me lo quieren matar de hambre estos canallas! ¡Hace muchos días que no come este angelito! Tome un poquito de esto... esto le va a sentar bien. Pruebe este vinito, es de pura uva, lo va a poner alegre... ¡Le va a levantar el espíritu!... ¡Le va'a hacer mucho bien m'hijito!

Y en este estado de ebriedad, de inconciencia, Atilio pasó las horas restantes. De tiempo en tiempo, poníale

al hijo moribundo, un vaso de vino en los labios hasta atragantarlo, o bien pan impregnado en el mismo líquido. Después Atilio, quedóse profundamente dormido.



Por la mañana, muy temprano, cuando vino su mujer a relevarlo para que fuera al trabajo, se encontró con el hijo muy pálido... Parecía un muñeco de cera, con los ojos entreabiertos, estirado a lo largo de la mesa, rígido: ¡estaba muerto!

A los gritos desgarradores de la madre, acudieron algunos vecinos.

Mientras tanto, el padre, con la cabeza entre los brazos, sobre la mesa, junto al cadáver, dormía... Dormía profundamente una de sus grandes borracheras.

CANCION DE CUNA *

—...Este ruido... este ruido que hace temblar los vidrios..., que hace temblar las casas... ¿Qué es?... ¡Callen por Dios!... Se despierta mi niño, mi chiquitín... pobrecito mi nene, ¡llora! No lo dejan dormir... También ese ruido... ¡Ah, infames!... Me lo han despertado... ¡Llora por culpa de ustedes!... No llores, nenito; duérmete, soy tu madrecita... duérmete:

Arroró mi niño
Duérmete mi sol;
Duérmete, pedazo
De mi corazón...

....

—...No llores... el cuco ya se fue. ¡Fuera Cuco!... ¡Fuera!

Ya se fue el cuco, nenito mío, no tengas más miedo; ya nunca más vendrá. El cuco es una gran mentira, no creas en él. Es para asustar a los niñitos malos. Pero tú eres muy buenito, tú eres un ángel... ¡Fuera cuco!... ¡Fuera! No creas en el cuco. A los niños malos, sí, que les pega y les hace daño; pero tú eres bueno, mi santito, tú no tienes por qué temerle. ¿Verdad que no has visto a ese hombre grande y peludo, oscuro como una sombra, con alas de murciélago?

* **Pilchas.** Montevideo, 1943, págs. 61-63.

¿Ese que da tremendos saltos como si fuera una pelota de goma, ese de los grandes cuernos, que viene echando chispas por los ojos y la boca? ¿Verdad que nunca lo has visto? ¡Fuera cuco pavo, cuco zonzo!... Mire que venir a asustar a mi nenito. No llores, no tengas miedo... duérmete:

Arroró mi niño
Arroró mi sol,
Duérmete, pedazo
De mi corazón...

....

—...¿Pero otra vez llorando? ¡Tal vez llora de hambre, pobrecito! ¿Quieres tomar papa? Tome el pechito, venga... También hace tanto tiempo que no mama... ¿Por eso llora mi tesoro? Tome, chupe bastante; tome hasta hartarse. Su madrecita quiere que sea bien gordo y redondo: quiere que sea la envidia de todas las madres y que cuando lo vean por las calles, jardines o playas, se detengan a mirarlo y que digan que es una manzanita. No me muerdas, ¡pícaro! Te pego, ¡eh!... Conmigo no se juega... ¡Pórtese bien! Pobrecito, hace pucheros cuando lo reto... Todo ha sido jugando, su madrecita lo ha retado en broma. Bueno, mi nenito, no llore más... ¿Ya está llenito? ¿Bosteza? Tiene sueño el angelito... ¡Ah, pero ese ruido... ese ruido que viene de la calle, que hace temblar los vidrios, que hace temblar la casa y esa pitada larga que rompe los tímpanos... ¿qué será? ¡Malditos!... Me despiertan al hijito; ¡Canallas!... Duérmete... ¿No quieres más papa? Haga nonó, nonó:

Señora Santana,
¿Por qué llora el niño?
—Por una manzana
Que se le ha perdido.
Ven hasta mi casa
Yo te daré dos:
Una, para el niño,
y otra para vos.

....

—...Tiene la nariz respingada... la boca es un puntito y los ojos dos bolitas azules. Ahora sonríe... ¡qué divino! Es igual a mi Enrique, a mi novio. El nos ha raptado y nos ha encerrado en esta torre. ¡Qué casa más limpia, qué paredes tan grandes y claras! Hay sólo una arañita muy simpática de patitas muy largas, que pasea todo el día por el techo y de noche se esconde para que yo no la vea... ¡Ah!, pero ese ruido que hace temblar los vidrios... que hace temblar la casa, y esa pitada maldita, despiertan a cada rato a mi nene... no lo dejan hacer nonó. ¡Infames!... ¡Dejen que le cante! ¡Dejen que le arrulle!... ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!... ¡Enrique!, ¡Enrique!, ¡es mi querido hijo! ¡Nuestro hijo! ¡Míralo qué lindo es!... ¡Míralo!



Así se expresaba aquella joven y bella muchacha de quince primaveras, recluida no hacía mucho, en una de las celdas del manicomio, clamando sin cesar por un novio imaginario... Hablaba, hablaba a todas horas obsesionada siempre por su instinto maternal. A veces, de su garganta desprendíase un grito largo, desgarrador, entremezclado con gruñidos que partían el alma.

Paseábase de un lado a otro, acunando en sus brazos un montón de trapos.

Su rostro intensamente pálido, acentuaba el extraño fulgor de sus ojos desorbitados. Una mata de cabellos pendíale de su frente como si fuera un ala oscura, sombría...

Afuera, el sol, con el oro de su violenta luz, hacía sonreír a las cosas y a la vida.

JOSE PEDRO *

La noche era profunda en el apartado barrio de la ciudad. Gran silencio imperaba en la calle desierta. La luz exigua de los focos eléctricos esparcidos de cuadra en cuadra parecían estar velando el sueño de un enfermo. De trecho en trecho, las sombras jugaban a las escondidas y las más de las veces, se apretaban, empujándose unas con otras.

En el firmamento ni una estrella. No hacía mucho que el guardia civil de ronda había pasado al trote en su caballo, dejando oír un lento redoble sobre el afirmado de hormigón. Algunos perros ladraron en son de protesta.

José Pedro llegó temeroso como en otras ocasiones junto a la ventana de su ex-amante. En el dormitorio vio la misma luz verdosa amortiguada por la pantalla del quinqué. El postigo entreabierto, permitía ver lo que pasaba en su interior.

Muchas veces se había plantado frente a esa ventana. Cada vez con propósitos distintos. Y como había llegado se había ido. Siempre con las manos en los bolsillos, paso a paso, cortando sombras, cortando el silencio de aquella calle desierta con sus silbidos tristes, hondos...

Haría más o menos un mes que un desconocido lo había sacado a empellones de aquel lugar. El se fue esa vez pronunciando algunas palabras ininteligibles contra su agresor, apretó los puños, escupió con rabia

---

* **Pilchas.** Montevideo, 1943, págs. 65-67.

un insulto, le maldijo, pero todo esto casi a la sordina. ¿Y para qué iba a protestar en voz alta si con ello no arreglaba nada?

Para él era lo mismo; todo estaba bien. Era uno de esos seres que, derrotados en la vida por su propia desidia, concluyen por someterse a todo, en un penoso relajamiento de la voluntad, dejando a un lado la integridad moral.

Después de haber meditado largamente dio unos golpecitos menudos con los dedos en los vidrios. Nadie le respondió. Compúsose el pecho y tosió una, dos y más veces. Al rato, llenándose de coraje dio un golpe de puño con alguna violencia y dijo en seguida algo enojoso:

—¡Abrime, Chela, soy yo!

—¡Mandate mudar, sinvergüenza! — contestáronle desde adentro. — ¿Estas son horas de venir a una casa?

—Abrime, dejame entrar. ¡No tengo dónde pasar la noche!

—Andá a pasarla con tu mujer, ¡con tu hija si querés!

—Abrime, Chela, ¡no tengo dónde pasar la noche!

—Andate, ¡borracho! — gritáronle.

—Abrime, Chela, no estoy borracho. Hace tiempo que dejé la bebida.

—¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!... — fue la respuesta de su ex-amante.

El insiste, ruega:

—Abrime, Chela, no tengo dónde pasar la noche...

—Andá a trabajar ¡atorrante!

El abrió tamaños ojazos ante ese calificativo y alzando la voz, dijo:

—¡Yo!... ¡Atorrante!...

—¡Sí!... ¡Atorrante!...

Entonces él, con mansedumbre, como si lo tuviera aprendido de memoria, repite en parte, lo que ya había pronunciado más de una vez:

—Tenés razón... ahora soy un atorrante. Antes, cuando nadaba en la plata, no me decías eso. Por culpa tuya vivo como un arrastrado. Por vos perdí mi fortuna, mi hogar, mis amigos. Todos hoy me sacan el cuerpo. Ayer no más vi a mi hija Zulema por la calle, la miré como para saludarla, y me dio vuelta la cara. Esto te parece muy lindo, ¿no? ¿Quién tiene la culpa de todo eso? "Vos, nadie más que vos", me dirás. —¡Claro! Y todo por mi mala cabeza. Todo por haber sido tan mano abierta con las mujeres.

—¿Le estás hablando a la pared? Siempre con la misma música, para terminar pidiéndome plata, así podrás emborracharte a gusto con tus amigotes, ¿no?

—Abrime, Chela, no tengo dónde pasar la noche. No te voy a "pechar" nada. Acordate que esta casita te la regalé yo, alhajada de arriba a abajo. Acordate de aquellos "pesitos" que te di para pagar los gastos del entierro de aquel hijo tuyo, que no era mío, y que tú querías tanto... acordate, Chela...

—¡Mándese mudar, antes que lo saque a patadas! —dijo una voz gruesa con estridencias, desde el interior de la alcoba.

Era un nuevo amante de Chela.

Al rato, abrióse la ventana y apareció un hombre corpulento en "pijama", diciéndole a José Pedro:

—Tome este "peso"; se lo manda ella.

—¿Quién es que lo manda, se puede saber?

—Ella. Vaya a divertirse con sus amigos y no vuel-

va a hablarle más de su hijo. ¡Por culpa suya está llorando!



Rompiendo nuevamente el silencio de la noche profunda, se alejó José Pedro paso a paso, cantando, inconscientemente, "La Marsellaise", con su voz aguardentosa.

Poco después, su silueta se perdía entre las sombras de la calle desierta.

¡Y SE JUE NOMAS! *

Don Eulogio Menchaca supo labrarse poco a poco una desahogada posición a fuerza de grandes sacrificios en sus primeros años de ruda labor campesina. Favorecido más tarde por la suerte, que se le acollaró en un "cruce" del "camino real" de la existencia, fue conquistando un lugar preferente en todo el pago por sus buenas acciones.

Como no hay hombre bueno sin sus defectos, don Eulogio tenía también los suyos como cualquier "cristiano".

Nunca mantuvo intimidad con nadie en la comarca. El paisanaje lo respetaba pero no sentía la más mínima estimación por él, a causa de su carácter altanero y dominador. Nunca se equivocaba según sus entendederas.

Si alguien se tomaba la libertad de contradecirle cualquier cosa, por nimia que fuera, tenía que soportar con resignación todas las consecuencias de su carácter arrebatado, y con razón o sin ella, a nadie daba el brazo a torcer, así tuviera por delante "al más pintado". Sometidos todos a su voluntad omnímoda e irrevocable, sólo se hacía lo que él ordenara sin preámbulo alguno, fuera "tuerto o derecho".

No obstante, la única persona en toda la casa con quien nunca estaba de acuerdo, era con su hijo Manuel, que se había hecho mozo, contando entonces, a lo sumo, veinte años.

---

* **Tacuarí.** Montevideo, 1943, págs. 81-84.

Como su padre, resultó un soberbio ejemplar gaucho, dotado de una vigorosa contextura física, capaz de aguantar el "tirón en seco" de un novillo de cuatro años.

Contenían mucha verdad las palabras del viejo capataz don Paulino, al afirmar en más de una ocasión a sus camaradas que el día menos pensado el patrón iba a tener un serio disgusto con Manuel, debido a las frecuentes disputas, que la mayoría de las veces, si no trajeron graves consecuencias, fue por la oportuna intervención de algún miembro de la familia o persona de confianza, quienes, después de mucho batallar, conseguían apaciguar los ánimos encendidos.

—El patrón es muy güeno, — solía decir el capataz, zorro viejo; — pero hay que saberle ganar el lao de las casas. El que le lleve la contra está amolao.

Y así fue.

Un día en que había gente extraña, se suscitó una acalorada discusión entre padre e hijo, con consecuencias fatales. Todos los presentes, sin excepción alguna, le hubieran dado la razón de inmediato al muchacho, pero era tal el temor que infundía el dueño de casa que nadie, sin embargo, levantó una voz de protesta; nadie se atrevió a decir lo más mínimo; se cuajaron las palabras en las gargantas; se cerraron las bocas; callaron todos.

El gauchito, tal vez envalentonado por los allí presentes, poseedor de un orgullo y un amor propio heredados de su progenitor, no quiso soportar la afrenta de callarse, humillarse, como en otras ocasiones.

Llegó a tal extremo la discusión que don Eulogio, "perdiendo los estribos", en un tono casi amenazante, rugió:

—Güeno, ¡basta! ¡Te cayás la boca, querés?

—No digo... — respondió despectivamente el muchacho. — ¡Usté siempre quiere tener la razón en todo!

Aquellas palabras salidas de los labios de su hijo y el gesto que hiciera al pronunciarlas, produjeron el efecto de un explosivo en aquel viejo gaucho, jamás doblegado por nadie. Encolerizado como nunca, se desbordaron todas sus altiveces, y enceguecido por la ira, con los ojos fuera de las órbitas, pálido de emoción, avanzó unos pasos, alzó bien alto su rebenque de plata y le asestó en el rostro un golpe terrible, abriéndole una herida en la frente, por donde manó sangre en abundancia.

El primer ímpetu de Manuel, al recibir el golpe, fue el de lanzarse sobre su padre y arrebatarle el rebenque, pero obedeciendo a no sé qué fuerza o ley extraña, conmovido tal vez por la penetrante mirada y la descomposición de las líneas del rostro paterno, doblegó la frente sin pronunciar palabra. En tanto, don Eulogio, con el brazo tendido en línea recta y el rebenque a manera de índice, le señalaba la puerta abierta por donde se veía el inmenso campo, al tiempo que gritaba con su voz de trueno:

—¡Juera de casa!... ¡Juera! ¡¡Juera!!

Hubo un grave mutismo después de esa dolorosa escena, en toda la estancia. Durante ese tiempo. Manuel permaneció con la cabeza gacha, sin atreverse a levantar la vista, doblegado por el peso brutal de la bochornosa humillación de que fuera objeto.

Dando pesadamente media vuelta, salió para afuera, en silencio, dejando en pos de sus pasos algunas gotas de sangre sobre el piso de pino blanco que quedó salpicado de lunares rojos.

Tras él, presa de una convulsión nerviosa y anegada por el llanto, salió la madre con el corazón desgarrado. Luego, poco a poco, los visitantes se fueron retirando; primero uno, luego otro, y otro, y así todos, sin despedirse, sin proferir palabra alguna, absortos, hasta dejar a don Eulogio solo, quien se paseaba de un extremo al otro, con las manos atrás, erguido siempre, mientras iba sumergiéndose lentamente en un mar de reflexiones.

***

Una hora después, poco más o menos, apareció en la puerta Manuel, con su caballo ensillado, pronto para partir.

Don Eulogio, al verlo llegar empezó de esta manera:

—¡Entoavía vos acá! ¿No te da vergüenza presentarte delante mío dispués de lo que ha pasao?

—Era solo pa decirle que me voy.

—Ya lo sé.

—Antes de dirme, quería decirle...

—¡No! no tenés nada que decirme; yo no te almito más en mi casa porque sos muy rebelde y retrucador. Vos me has avergonzado delante de la gente y eso no se debe di'hacer con su tata, qu'es güeno como la malva, asigún dicen las gentes.

Manuel, anonadado, le daba vuelta y más vueltas al sombrero que tenía entre las manos, y, permaneciendo con la cabeza baja, apenas pudo coordinar estas palabras:

—Tá bien; yo quería... yo...

Don Eulogio, desprendiendo su ancho cinto de piel de lobo, como para vaciar su contenido, díjole:

—¿Querés plata?

—¡No!... ¡No es eso! — respondió con altivez el gauchito, al tiempo que levantaba la frente y hundía la mirada en los paternos ojos. —¡No vengo en procura d'eso, tata! — y doblando una rodilla en tierra, agregó con humildad: — ¡La bendición!



Y partió con la bendición no sé para qué lejanas comarcas; partió con aquella solemne ritualidad gaucha, herencia dejada por España en nuestras tierras. Junto al rancho de terrón, firme como poste de coronilla permaneció largo rato don Eulogio, en una muda contemplación hacia la curva gris, viendo cómo su hijo se alejaba entre una nube de polvo.

Una loma borró la silueta del jinete.

Fue entonces cuando dos gruesas lágrimas surcaron el rostro de aquel viejo gaucho jamás doblegado por nadie. Al darse vuelta, mordido por el dolor, encontró al lado suyo a su mujer que se pasaba la punta del delantal por los enrojecidos ojos, cansados de llorar en silencio.

La tomó en sus brazos, la besó emocionado, y desde muy adentro, desde el fondo de su alma, mirándola fijamente, le brotaron a los labios estas palabras:

¡Y se jué nomás!...

LOS HORCONES *

A unas cincuenta varas del camino, entre dos insignificantes ramificaciones de una cuchilla, había un rancho de enmohecida techumbre de paja brava que tenía como únicos moradores a un matrimonio gaucho. Los dos eran viejos... muy viejos; ya habían perdido la cuenta de los años vividos, pero si se les juzgaba por los relatos que hacían, con lujo de detalles, sobre algunos hechos históricos acaecidos en los tiempos de sus mocedades, tal vez fueran octogenarios.

Hacía más de dos horas que habían apagado las luces. Los dos, acurrucados en el lecho, permanecían silenciosos sin poder conciliar el sueño.

Afuera, la lobreguez de la noche era intensa. El viento aullaba con tenacidad al pasar por entre las ramas de la arboleda cercana. La lluvia caía torrencialmente, castigando sin piedad uno de los flancos de las paredes de terrón, la que amenazaba derrumbarse si aquello persistía. Sucedían a los relámpagos el estrépito de unos truenos llenos del alma de Lucifer, los que a su vez comunicaban una especie de miedo a los viejos moradores que permanecían inmóviles en el lecho.

Con voz agridulce, la viejecita repetía fervorosamente hasta el cansancio esta antigua oración gaucha la cual, según los moradores de nuestros campos, tiene un poder especial para aplacar las tormentas:

---

* **Tacuarí.** Montevideo, 1943, págs. 97-99.

Santa Bárbara bendita
Que en el cielo estás escrita...
Guarda pan, guarda vino,
Y gente del peligro.

El armazón de la cumbrera del rancho seguía cimbrándose cada vez más. La tranca de la puerta de entrada parecía ceder al empuje del temporal.

Hubo un cambio repentino de viento; luego, poco a poco, fue restableciéndose la calma. Las descargas eléctricas en la atmósfera fueron perdiendo sus fuerzas hasta agotarse. El viento, al colarse por algunos intersticios de las derruidas paredes se trocó muy pronto en un prolongado plañido, confundiéndose con el acento quejumbroso de la anciana que seguía rezando su rezo.

¡Oh!, ¡cuánta soledad!

—Si no juera por la oración que m'enseñó la fináita mama, tal vez se nos hubiera cáido el techo — balbuceó ella.

—¡Entoavía están juertes los horcones! — contestó él, pausadamente.

Ella, atraída por un lejano recuerdo, en blando tono interrogó:

—¿Ti'acordás, Nemesio, cuando juntos los dos comenzamos a costruir el rancho?

—Sí... ricuerdo.

—Vos... cuando yo hacía los aujeros en la tierra pa'enterrar los horcones, me decías: "ya'stá... ¡basta!... mirá que si los enterrás mucho, el rancho va'quedar chato como tortuga". Y yo... ¡cava que te cava!... ¡mirá que güena ocurrencia tuve!

El, abstraído, con el pensamiento fijo por otra idea:

—Deveras... ¿Y vos, Natalia, t'encontrás con

juerza en los brazos como p'abrir un hoyo grande en la tierra?

—¿Pa qué?

—Pa enterrarme.

—¡Te callás la boca, querés, zonzo! — dijo ella, al tiempo que le tapaba la boca con el horcón de su descarnada mano.



Y se arrullaron como dos palomas.

En ese instante, la tierra recibía la caricia de una lluvia fina.

EL COCHERO *

Otoño. — Los plátanos de la plaza fueron poco a poco desvistiéndose de su pomposo manto de verdura, y apenas unas pocas hojas amarillas, quedaron como manos descarnadas, prendidas a los brazos extendidos de las ramas, las que en actitud beatífica, parecían implorar algo al infinito.

La tarde, bajo un cielo plomizo, moría entre los densos vapores de la bruma.

Hacía mucho frío aquella tarde en la plaza.

Los cocheros charlaban entre ellos sobre temas banales, oyéndose de vez en cuando alguna carcajada estridente, la que disonaba con la monotonía del paisaje gris.

Los caballos, prendidos a las volantas y "coupés", yacían con las testas inclinadas; unos olfateaban la superficie del asfalto, y otros lanzaban resuellos al aire, cansados de soportar la carga de sus arreos.

Solo, sentado en un banco frente a su "coupé" y envuelto en una recia bufanda, estaba el decano de los cocheros de la plaza, el que contaba en su haber más de cuarenta años en su oficio. Llamábanle "Chirú"; el tiempo fue el encargado de borrarle el patronímico. Era de mediana estatura, regordete, algo encorvado, de cara ancha, con pómulos salientes y de aspecto semi-idiota. Continuamente era objeto de burlas de sus compañeros, sin que jamás tomara represalias por las

---

* **Tacuarí**, Montevideo, 1943, págs. 121-126.

ofensas que le inferían a diario. Era tímido como una liebre; con su risita estúpida, inspiraba lástima.

De vez en cuando, levantábase del banco, daba unos fuertes golpes con los pies sobre los mosaicos para desentumecerse del frío que lo helaba, frotábase las manos, iba y venía con paso incierto, pensando insistentemente en lo duro y mal remunerado que era su trabajo.

—Hoy, — se decía — los autos nos van desalojando; llegará el día que no haremos falta; el progreso nos sacará el pan.

Y así, discurriendo, fumaba con avidez su pipa, a la espera de algún cliente que solicitara sus servicios.

Aquella tarde, sus camaradas, quien más quien menos, habían ganado lo suficiente para llevar a sus hogares el sustento y además los gastos demandados por los animales; pero el pobre "Chirú", como en otras tantas ocasiones, había perdido el tiempo.

—¿Hiciste algún viaje, "Chirú"? — díjole uno de los cocheros.

—¡Eh!... ¡Eh!... ¡Eh!... ¡Hace frío!... ¡el tiempo es malo!... ¡la gente anda a pie!...

Dijo esto con un gesto agrio; luego dio vuelta la espalda a su interlocutor, soltó un montón de palabras ininteligibles, y anduvo vacilante, de un lado para otro, como aquellas hojas de Otoño desprendidas de los plátanos que el viento agitaba en macabras danzas.

Como de costumbre, antes de marcharse a su casa, fue al "bar" de la esquina de la plaza y tomó una copa de alcohol para "entrar en calor y despertar el apetito" — como decía. A su regreso, cuando ya iba a dar por terminada su tarea cotidiana, con la tristeza encima de no haber hecho ni un solo viaje, vio venir, en el preciso momento en que iba a ponerse en mar-

cha, al mismo joven que días pasados le había hecho ganar el pan, y de quien recibiera una buena "propina". Este hablóle a "Chirú" haciendo algunos ademanes:

—Vamos... como el otro día, ¿oyes?... Cuando suba ella, no te dés vuelta.

Por los labios del cochero resbaló una vaga sonrisa, pasando rápidamente por su memoria el lugar de cita de aquella pareja de enamorados, y al tiempo de levantar el látigo, gritáronle del interior del coche:

—¡Muévete, que se me hace tarde!

Y al poco rato, ya en marcha:

—¿No le das de comer a tus caballos?... ¡apúrate, ya es de noche!

El desvencijado "coupé", rodaba por el asfalto con una velocidad no acostumbrada; marchaba cabeceando de un lado para otro, como con desgano, con pereza. Los animales, azuzados por el látigo de "Chirú", lanzaban por las fauces espuma blanca; temblaban de miedo.

La niebla, mientras tanto, fue convirtiéndose en una garúa fina. La ciudad prendía sus focos amarillos, los que manchaban de trecho en trecho, con reflejos escarlatas, la gran avenida húmeda. Los pocos transeúntes iban de prisa envueltos en sus abrigos.

Uno de los caballos resbaló en el asfalto mojado, dando un brusco sacudón a la caja del coche. El viajero, irritado, sacando la cabeza por una de las ventanillas abiertas, dijo:

—¡Pedazo de animal, ten cuidado!... ¿Vas dormido?

—¡Eh!... ¡Eh!... caballero, está resbaladizo... el tiempo es feo... el tiempo...

—¿Todavía falta mucho?

—Ya llegaremos señorito, no se aflija.

—¡Bueno, apúrate, si no no hay "propina"!

Y así, entre gritos y rezongos, pacientemente soportados por el pobre "Chirú", llegaron al mismo lugar en que habían estado días anteriores. Abrióse la portezuela del coche en una calleja oscura; luego subió una mujer embozada con muestra de gran nerviosidad. Mientras tanto, "Chirú", permanecía como clavado en el pescante, parecía de palo; sólo esperaba la orden de marcha.



En el interior del coche se besaron ardientemente. Ella díjole de pronto:

—¡Carlos, perdóname... son las ocho! Papá debe de llegar de un momento a otro. Iremos otro día a la cita... déjame... ¡no puedo!

—Susana mía...

—Déjame... vamos a casa... prontito, ¿sí?

—¡Susana!

—¡Carlos!



Nuevamente la voz imperiosa del joven resonó en el coche:

—¡Sigue por la carretera, y después del puente, dobla la primer boca calle a la derecha; pero muévete, no seas marmota!

Al sentir esa orden el cochero tuvo un sobresalto, púsose de pie, vaciló un instante, y luego, descargando el látigo despiadadamente sobre los lomos de los animales, repetía sin cesar:

—¡Por la carretera, del puente a la derecha!

—Sí,... sí,... — contestábanle desde adentro.

—¡Por la carretera, del puente a la derecha! — seguía "Chirú" repitiendo maquinalmente de pie sobre el pescante, con las facciones alteradas, agitado por extrañas convulsiones, lanzando al aire, a la lluvia y al viento, su queja de bestia herida.

¿A qué motivo o causa obedecía aquella actitud? "Chirú" había escuchado el diálogo sostenido en el interior del coche; aquella voz femenina le era familiar. Quedó indeciso por un instante, luego, frente a sus presentimientos, le faltó valor; era sumiso, era manso con todos. Acostumbrado a obedecer sin preámbulos las órdenes desde su asiento, castigó duramente a los caballos y aflojándoles las riendas, como si disparara de sí mismo, enloquecido, se lanzó a la fuga por la carretera. Las bestias parecían estar poseídas del mismo mal.

Después de esta repentina crisis, la lluvia fue refrescando el afiebrado rostro del cochero y poco a poco hizo las veces de calmante ante sus excitados nervios.

Mientras tanto, el vehículo rodaba velozmente por la carretera que conducía al puente. "Chirú" como si despertara de un sueño, blandamente recordó todo lo pasado. Estuvo varias veces a punto de detener el coche, de tirarse a tierra y convencerse con sus propios ojos; pero flaqueábanle las piernas ante semejante idea. Era tímido como una liebre; él no podía rebelarse contra nadie.

Lleno de mansedumbre, engañándose a sí mismo, monologaba:

—¡No!... ¡mi hija, no puede ser! Ella, después de la fábrica, se va en seguida para casa. A estas horas la pobrecita estará haciendo la comida. ¡Qué malo soy! ¿Verdad que estás en casa, Susana? ¿Verdad

que sólo quieres en el mundo a tu padre y que nunca lo has engañado? ¿Verdad que eres buena?...

Y así, entre esas distintas reflexiones, continuaba el largo trayecto rumbo al puente, cerca, muy cerca de su propia casa.

Varias luces rojizas, en medio de la carretera, anunciaban peligro inminente.

El viajero gritó:

—¡Cuidado!... Acorta la marcha. ¿No ves las luces rojas?

—Es el puente en reparación — contestó.

Un sonido sordo, hueco, anuncióle a "Chirú" que atravesaba el puente. Por un momento lo atrajo el abismo; sintió deseos de precipitarse sobre aquella enorme boca rodeada por luces luciferinas, las que espejábanse sobre las aguas del anchuroso río.

Los caballos por su cuenta, acostumbrados, doblaron en la primer bocacalle, a la derecha.

—¡Párate!

"Chirú" quedó nuevamente como clavado en el pescante; parecía de palo.

Oyóse un rumor de besos y el abrir y cerrar de la portezuela del "coupé". En tanto ella alejábase presurosa entre las sombras, el viajero dio la orden de marcha:

—Vamos al centro... ¡rápido!



Una hora después regresaba el cochero a su casa, echando grandes bocanadas de humo por la pipa. Con el rostro lleno de satisfacción, besó a su hija; luego llevando las manos a los bolsillos del chaleco, extrajo

tres pesos de plata, los que al arrojarlos uno a uno sobre la mesa, sonaron con claro ritmo. Luego díjo:

—Hoy he tenido suerte, Susana. Mira... esa plata me la dio a ganar un joven en un viaje que hice hasta por aquí no más... cerquita de casa. Y en seguida agregó:

—¿Hiciste la cena?

Ella con gran nerviosidad, contestó:

—Todavía no está pronta... falta poco.

—Y... ¿a dónde fuiste?

—La vecina ha estado enferma... me mandó buscar...

—Hiciste bien... ¡pobre! — contestó bonachonamente "Chirú", y se fue a la pieza contigua, mordido aún por la duda.

Susana, en un completo abandono, sentóse junto a la mesa de la cocina alumbrada por pálida bujía. En su cerebro se agolparon las más inquietantes cavilaciones:

—¡Pobre papá!... — díjose — ¡qué infame soy! ¡Si él lo supiera... se moriría de pena!

Y con la cabeza entre las manos lloró en silencio, lloró amargamente. Poco después, ahogada por un sollozo, exclamó:

—¡Ay!... ¡Carlos de mi alma!

EL SUELDO *

El escenario es pobre... enfermizo.

Sobre una mesa tosca de pino hay un mantel extendido lleno de remiendos. Encima unos cubiertos de los más baratos, un jarro enlozado. un plato de sopa humeante, un trozo de pan, un botellón vacío que contuvo vino, y... nada más.

En el umbral de la puerta que da al largo corredor del "conventillo", está Luisa aguardando impaciente a su marido que no tardará mucho en llegar de la fábrica. Está pensativa, con el codo derecho en descanso sobre la palma de la mano izquierda, la que a su vez se apoya en la obesidad de su vientre, y la cabeza descarga su peso sobre el índice derecho que está entre los incisivos; en su rostro hay una expresión de dolor. Cerca de ella están dos chicos, uno de cinco años y el otro de tres; ambos con exiguas camisas, descalzos y sucios, muestran impúdicamente sus redondeces. Están relativamente quietos; no hacen barullo. El mayorcito permanece prendido de las polleras de la madre, y, el otro, tirado boca abajo, se entretiene en hacer globitos de saliva sobre el piso.

De pronto, en el corredor apareció la silueta ruda del obrero. Penetró callado, con el entrecejo fruncido; tiró la blusa azul sobre la camita de los pequeños, quitóse la gorra, y con las mangas de la camisa comenzó a secarse el sudor que bañaba su frente, y luego

---

* **Tacuarí.** Montevideo, 1943, págs. 127-129.

tomó asiento. Ella siguió en pos de él y en tono de reproche dijo:

—Ya no soy tu mujer... ¿para qué?

—¿Qué tienes? ¿qué te pasa?

—Llegas lo mismo que un animal... ya no hay besos para mí...

—¿Son celos? ¡Bah!... besos... besos... — hizo una pausa — "¡pesos", preciso yo!

Dicho esto, puso los codos sobre la mesa, y empezó a tomar lentamente la sopa, a grandes sorbos.

Hubo un breve intervalo, levantó con brusquedad la cabeza, y de una mirada abarcó todo lo que estaba en torno suyo, y, dirigiéndose a su mujer, preguntó:

—¿Qué hiciste de comer?

—Sopa... ¿no la ves?

—¿No hay otra cosa?

—No... queda un poco de pulpa del hueso para la noche.

—¿Por qué no le pediste algo fiado a don Manuel?...

—Tú bien lo sabes... hay una cuentita por pagar, me da vergüenza...

—¡Miseria!... — dijo, y dio un recio puñetazo sobre la mesa.

Ella se fue a la alcoba inmediata entregándose a la tarea de arreglar unas ropas viejas en el fondo de un baúl.

El, poco después, hacía cálculos mentalmente sobre su presupuesto mensual, pareciéndole que allí el dinero se malgastaba.

Se decía: "El mes pasado le dí cuarenta pesos... ¡Nunca le he dado tanto! De alquiler son veinte pesos; más diez de almacén son treinta; treinta... más

cuatro de carne, treinta y cuatro... leche y pan serán unos seis pesos... falta ahora la luz, el agua, el carbón, el verdulero... ¡Oh!... Mientras pensaba en esto, sus hijos fueron acercándose paulatinamente. El agarró al mayorcito, lo sentó en la falda y le hizo algunas caricias. El "pibe" al verse festejado por su padre le dio varios besos, sonreía... y, con todo desparpajo miró al sobrante de sopa que quedaba en el plato y luego preguntó:

—Papito, ¿qué es eso... es sopa?

—Sí, sopa... ¿mamá no te dio?

—¡Sí, me dio un poco! Era para usted casi toda... no hay más, se acabó.

—¡Miseria! — dijo nuevamente, y guardó un silencio, como si estuviera ordenando ideas. Después, con calma, se puso a dar el resto de sopa a los pequeños, haciendo supremos esfuerzos por contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

Al irse, su mujer, interponiéndose, le preguntó con toda mansedumbre:

—¿No cobraste, todavía?

—No, Luisa; mañana pagarán.

Al decir esto, ella poniéndole los brazos al cuello y colmándolo de besos, con los ojos humedecidos por el llanto, suplicó:

—¡Tráeme todo el sueldo! ¡No lo juegues!... ¡Mira tus hijos desnudos!



Poco después aquel rudo obrero atravesaba el corredor con seguro paso, llevando una pena recóndita y un propósito firme de enmienda, en dirección al trabajo.

LA "TORDA" O EL "LOBIZON" *

El comisario de campaña, don Laureano Montes, estaba en su despacho, sentado como de costumbre, tomando mate, cebado por un subalterno. De pronto penetró, intempestivamente, el sargento Lucas, arrastrando sus mal abrochadas espuelas y el pesado corvo, también mal sujeto a la cintura, con el cigarro de chala en la boca, e irreverente, sin cuadrarse, haciendo apenas la venia, le dijo a su superior:

—Señor comesario: se ha cometido un crimen bárbaro con una inocente criatura arricién nacida.

—¿Qué dice sargento?

—Como lo ha óido, comesario. Un crimen.

Esplíqueme el asunto. Vamo a ver de que se trata.

—Vide, comesario, el cuerpito del angelito. Yo diba pa la pulpería, en recorrida ¿no?, y me yamó l'atención, al cruzar el "paso", una bandada de caranchos que revoloteaba con miras de abajarse por allisito nomá. Enseguida me dije: deben de haber carneao alguna oveja sin permiso y los autores han escondido el cuero con achuras y todo, pa despistar el robo. Entonces tuve que hacer pininos pa llegar al lugar onde estaba el cuerpo del delito. Ya me ve todo embarrao. ¡Aquello era cuasi un tembladeral! ¡Las que tuve que pasar comesario!... ¡Dispués que diga nomá la gente que uno no se preocupa por la sesión!

---

* **Leyendas y Supersticiones del Uruguay**. Montevideo, 1957, págs. 6-18.

—Güeno... y diga, pué, di una vez, sargento, ¿qué jué lo que pasó?

—¿Y qué diba a pasar? ¡Un semejante crimen cometido con un angelito, del seso varón. ¡Pobrecito! ¡Si lo viera comesario! ¡Lindo "gurís"! Gordito; se veía que era "de tiempo". Presentaba señales de haber sido estrangulao; taba morao, con los ojos saltones, cuasi por reventar y con la lengüita de ajuera. ¡Pobrecito!

—¿Y por qué no trujo el cuerpo del delito?

—¡Y que diba a traerlo, comesario, si aquello gedía, gedía fiero!

—¿Taba en descomposición el cuerpo, quedrá decir?

—Asina mesmo era. ¡Si viera, comesario, las que pasé! La correntada trujo al angelito onde'staba lleno'e pajas bravas. Entonces "pelé" el sable y con la punta lo ensarté nomá al pobrecito. ¡Que Dios me perdone! y lo truje con el fin de darle sepultura... ¡Si gedería, comesario!

—¡Es, mesmo, un crimen! ¿Y no averiguó quién jué la madre desorejada que lo soltó al mundo?

—Mire, comesario... yo maliseo el asunto.

—Desembuche todo, sargento. Un crimen de esa naturaleza no puede quedar tapao y menos el de un angelito.

—Mire que si lo cuento tuito, el parte va'ser muy largo.

—Se lo decimo todo al juez, y él, que lo redate. ¿Y de quién malicea que pueda ser sargento? Desembuche nomá.

—Usté se cái d'espaldas si se lo digo, comesario; no lo he comprobao entoavía, ¿no?

—¿Son conjeturas, sargento?

—¿Qué dijo, comesario?

—¿Si son maliseos suyos?

—Con algún fundamento.

—Güeno... suelte el royo nomás. Pa eso estamo; no hay que andar con miramientos. La justicia tiene que proceder y hay que suministrarle tuitos los datos.

Luego de una pausa, agregó: ¿y dispués, sargento, de enterrar al angelito, no se le ocurrió trái algunos datos? ¿Cómo se le ha escapao "eso"?

—Verá, comesario. Usté sabe que pa esas averiguaciones no soy lerdo. Güeno... dispués de haber enterrao al angelito, rumbié pa la pulpería a indagar... ¿sabe?, con mucho cuidao, que no se me juera a escapar nada, por si los "cumples" estuvieran rondando el lugar, como acontece en la mayoría de los casos. Güeno... pedí una "caña doble" y me puse a "pitar", pegao al mostrador. Yo oservaba una rueda de forasteros que estaban jugando al "truco" en una mesa, al fondo del boliche. Había varios "mirones". Carculé que serían contrabandistas y "paré la oreja". En una d'esas se me acerca el "Tape", aquel que le suele dar una manito "en los contrabandos" a Betervide, su amigo, y me dijo: "Los hombres "esos" lo taban esperando. Parece que quieren hacer un negocio con usté, sargento".

—¿Y qué tráin?

—Un vocoy de caña en un carrito y dos cargueros con tabaco y otras menudencias. Dice que le diga cuánto les pide.

—Que me dean lo que quieran.

—Tome, sargento. Me dieron esta cédula de cien pesos para usté.

—Ta hecho el negocio, deciles. Y dales las gracias. Que hagan las cosas bien y que no me comprometan. Entonce, lo invité al "Tape" con una caña y encomenzamo a prosiar.

El comisario, con el entrecejo fruncido y algo más serio dijo:

—Pero... sargento, todo esto ta güeno... ¿pero el asunto del crimen del angelito?

—Ya verá comesario. Voy rumbiando pa ese lao. El "Tape" me preguntó si había alguna novedá de bulto por la sesión. Le contesté que novedá nenguna por el momento. Y en seguida agregué: este año se presenta bien pa la parisión...

¿Se ha fijao "Tape", que lunas güenas pal ganao... y que tiempo pa los campos?

—De veras... tiempo güenazo, me contestó. Y dicen que pa las mujeres que tan por tener familia, ¿las lunas tienen que ver algo?...

—Eso mesmo dicen. Será igual que pa los bichos, ¿no, eh?

—Y diga... don sargento; el otro día vide a "La Torda"; vino a buscar yerba y un poco de azúcar. ¡Taba pesadota!... Pa mi que a lo mejor ya debe de haber tenido otro hijo... Taba pesada... ¡y siempre linda! Tuve que ayudarla a montar en el petizo. ¡Viera que nalgas y que piernas! ¡Mire que es linda "La Torda"! ¿A quién regalará el hijo esta vez? Con razón le dicen "La Torda". Tiene los hijos, y dispués los regala a los estancieros ricos pa que los "hagan gente".

—¿Entonces "La Torda" habrá tenido ya familia a la fecha, no, eh?...

—Carculo sargento; taba tan pesadota mesmo y so-

bre todo con estas lunas tan güenas pa la parisión, como dicen...

Y apenitas me dijeron "esto" pegué la güelta de la pulpería. Al cruzar el "paso", entuavía quedaba el jedor del angelito. Esto es, señor comesario cuanto puedo decirle sobre el crimen. Si es "La Torda" la autora, ¿qué me cuenta?

¡Ah... me olvidaba, comesario... aquí tiene la cédula de cien pesos... No hay compromiso de nenguna especie... A lo mejor, a estas horas, el contrabando ya lo han pasao.

—¿No hay compromiso, dice?... güeno... dispués, cuando cambée esta cédula le daré unas "chalas"... Pero... escuche sargento: Coma tranquilo y descanse.

Mañana a primera hora, ensiya y me "priende" a "La Torda", si nota que "salió de cuidao". Un crimen con un angelito en esas condiciones no puede tolerarse en el desempeño de mi cargo. Un robo tampoco. Asina que mañana me trái a "La Torda". ¿Tamo?

El sargento se cuadró, hizo un simulacro de venia y se fue a su cuarto, a descansar.



Al otro día, muy temprano, el sargento Lucas ensilló su caballo "overo", y se dirigió al rancho de "La Torda" que distaba dos leguas de la comisaría. El sargento iba al tranco por el sinuoso camino, pensando, meditando... De cuando en cuando taloneaba a su "overo", era para mover y torcer de rumbo su pensamiento, pues, la decisión de apresar a "La Torda", ya estaba adoptada; tenía la orden y había que cumplirla. Tenía que proceder con cautela. Cuando dejaba de

galopar era porque nuevamente le invadían los mismos pensamientos, las mismas cavilaciones. A veces dulces, acariciadoras. "La Torda" que oficiaba de lavandera, la famosa "Torda" que tanto daba que hablar en el pago por su belleza, cuya vida íntima estaba circundada por un halo de misterio, pues no se le conocía amante, ni relaciones secretas con hombre alguno; siempre estaba solitaria en su rancho, o junto a aquella portera, de fuerte candado, pegada al camino. Era blanca, "achinada" por los quemantes soles nuestros. El sargento por momentos, se detenía en pensar en aquellos ojazos negros que cautivaban al mirar... Aquella sonrisa; su voz clara y murmurante como agua de manantial; sus trenzas renegridas en cuyas puntas, cuando no tenía grandes cintas, tenía claveles de adornos... Su cuello... Su busto... Sus caderas... ¡Y sus piernas! ¡Las piernas de "La Torda"! No se habían visto otras iguales.

—"Pero tengo que proceder, sea por las güenas o las malas". Y seguía pensando en "La Torda". De pronto le vino un pensamiento que destruía toda su pesquisa. ¿Y si "La Torda" se le ocurriera decir que el hijo lo tuvo "allí", junto al arroyo "antes de tiempo", que el "gurís" había venido ya, "así", al mundo, que vino ahorcado como dicen, que suele acontecer? —¡Qué "plancha", qué papel ante el comisario!... ¡Su prestigio! En esto pensaba cuando de pronto divisó el rancho de ella. Apuró a su caballo, y, al rato vio una silueta blanca que se movía en el cerco florido de su rancho. "Tará en camisa", se imaginó.

A medida que se acercaba, la figura de "La Torda" adquiría volumen, se agrandaba. Distinguía perfectamente que tendía ropas en el patio. De vez en cuando se acercaba a la portera y ponía la mano en la frente

a manera de visera como para descubrir quién era el que llegaba por el camino. El sargento pensó: "Carculará que soy yo, la polesía que la va a prender". ¡Caracho! me ha descubierto el overo; me olvidé de cambiar mi caballo. De improviso la vio penetrar al rancho y cerrar la puerta. De un galope, muy pronto estuvo frente a la portera. Un cuzco salió a recibirlo, ladrando furioso. Al rato un avestruz "guacho", enorme, se acercó al alambrado y lo miraba con sus grandes ojos y de cuando en cuando, soltaba, estirando su pescuezo, su silbido, casi lamento.

El sargento desmontó y maneó su caballo. Dio dos fuertes palmadas, llamando. El cuzco seguía ladrando.

La puerta del rancho se abrió casi en seguida y apareció "La Torda", pálida, algo sonriente, con su cabellera negra, suelta hasta los hombros, y con el peine en la mano.

—Güen día "Torda", — dijo el recién llegado.

—Güen día, sargento. ¿Qué le trái por acá?

—De paso nomá. Ando, como siempre, de averiguaciones. ¿No vido "Torda" pasar ayer po'acá cerca, un carro y dos cargueros?

—Ayer mesmo, de tardecita, sentí chiyar los ejes de un carro; taba oscurito yá, y vide varios cargueros, a más, diban cinco hombres a cabayo. Sería un contrabando ¿no?

—No ve usté. Dispué quiere el gobierno que uno se haga matar al cuete. ¿Voy a peliar a los cinco? Si haberá, mesmo escasez de melicos. El comesario siempre pide que rejuercen el personal, pa'cabar con los contrabandos, pero no hay caso. Por mí que pase lo que pase, no espongo porque sí el pellejo... ¿no, eh? ¿No le parece, doña?...

—¡Y, claro!... ¿pa'qué se va' esponer? La vida hay que apreciarla. ¡Pa lo que va'agradecer "el gobierno"!

—Y pasando a otra cosa, — dijo el sargento Lucas —, ¿tuvo ya familia?

Ante tan inesperada pregunta, quedó aún más pálida. Pero, sin inmutarse, contestó:

—Sí sargento, tuve un "contratiempo".

—¿Un contratiempo, dice? ¿Y quién hizo de "tatucera"?

—Yo mesmo, sargento. Taba en el arroyo lavando. Había trabajado demasiado, cuando me acosaron unos dolores de vientre tan juertes, que no tuve tiempo de nada.

No esperaba pa tan pronto; y yo misma me partié.

—¡Ah, gaucha linda y corajuda!

—¿Y qué más rimedio, sargento? Mire, ni me hable más d'eso que estoy entoavía delicada... ¿No ve qué flaca estoy? Cuasi ni tengo juerza pa nada. Ayer tuito el día me lo pasé de cama y eso que tenía varios ataos de ropa que entregar.

—Ta bien todo... Si es su gusto, no le hablo más del asunto. Y en seguida agregó: —Güeno... arreglesé doña; vistasé, emperifollesé si quiere, y acompáñeme hasta la comisaría, asina declara.

—¿Me lleva presa?, — dijo "La Torda", casi aterrada.

—¡No!..., ¡presa, no!... Es pa que declare lo que sepa sobre el contrabando.

—¡Ah!... si es por "eso", no hay inconveniente, sargento. Y diga... ¿en qué voy? El petizo ta'suelto y tengo que ensillarlo.

—¡No! La llevo en el anca de mi caballo. — ¿Qué más quiere el "overo" que llevar una prienda de su clase?

El rostro de "La Torda" se iluminó con su sonrisa llena de gracia y mostró sus blancos dientes de "pororó", ante el piropo del sargento.



El comisario estaba sentado en su poltrona junto a su escritorio, tomando mate y fumando un "chala". Sobre el escritorio habían varios expedientes, diarios, libretas y un viejo tintero de níquel, todo ferruginoso. Desde temprano había hecho barrer el piso lleno de "puchos" y escupitajos. Había hecho pasar el plumero por todos los rincones. Mandó colocar la biblioteca al frente de la puerta de entrada, enderezar el cuadro de Artigas, el fundador de la nacionalidad oriental, y también mandó poner un par de sillas, casi nuevas, tapizadas en cuero, que estaban guardadas para los días de visita que hacían algunas personalidades, como el Jefe de Policía, el Inspector de Escuelas, el Juez, o personas de algún relieve político o social.

Todo esto para recibir a aquella criolla, a "La Torda", mujer estupenda, bellísima, que jamás persona alguna se expresó mal de su conducta, y menos en asuntos relacionados con la policía. Don Laureano, el comisario, había hecho venir al peluquero, que era a la vez "zapatero remendón" y "sacamuelas", para que le hiciera una buena afeitada y un buen corte de pelo. Hasta se hizo poner en el cabello un extracto con aroma de heliotropo.

Hacía más de una hora que esperaba impaciente la llegada del sargento Lucas, su hombre de confianza,

"su mano derecha", como solía decir. Ya había dado la orden que le avisaran tan pronto fueran divisados. Casi al medio día, el "puerta" anunció la llegada.

El sargento fue el primero en entrar, conversó en voz baja con "La Torda" en el zaguán y, adelantándose, dijo a su superior, a media voz, y haciendo la venia:

—Comesario: la truje engañada. Le hice creer que tenía que declarar si había vido pasar el contrabando. Trátela con miramientos. Váyase derecho al grano.

—Ta' bien; deje la cosa por mi cuenta. Hágala pasar nomás.

Y penetró "La Torda" haciendo sonar los tacos altos de sus zapatos blancos en el piso de tabla. Se sacó el pañuelo de seda celeste que adornaba su cabeza, dejando ver su bello rostro.

Hizo un movimiento con las manos y trajo hacia adelante, junto a sus turgentes pechos, las dos cruceras de sus renegridas trenzas.

En los pocos pasos que dio pudo percibirse el ondulante ritmo de su andar, ese balanceo típico y gracioso de nuestras criollas, que sin ser voluptuoso es desafiante, tentador. El comisario estaba de pie, se dieron la mano y después de un "¿cómo está?", le dijo:

—Con un viaje tan largo y tan incómodo debe d'estar muy cansada. Tome asiento nomá; no haga cumplimiento; tá en su casa.

—Gracias, don Laureano. Y su gente ¿cómo está?

—Güena, gracias. ¿Y la suya?

—Y... mi gente, usté sabe, la tengo desparramada dende que murió mi mama. He andao rodando... rodando, y aquí me ve... Tantos hijos a una la consumen.

—¿Y... cuántos hijos ha tenido "Torda"?

—Seis machos, comesario.

—¿Seis machos, dice?

—Sí... seis. Y el último, un "contratiempo", también resultó macho, comesario.

—¿Siete hijos varones tuvo "Torda"! ¿Y no sería un lobizoncito el último?

—¡Cállese, Comesario, por favor!... ¡Si esto ya no es vida para mí!

Dende que quedé encinta, me lo he pasao pensando. ¡Siempre con ese pensamiento fijo si sería lobizón o no! ¡Ah!... ¡Las que he pasao, comesario, en todos estos últimos tiempos, durante el envarazo! Era un continuo sufrir. Y usté, comesario, ¿cree en los lobizones?

—¿Si creo en los lobizones? ¿Y cómo no voy a creer? Si he visto una sinfinidá d'ellos. Dicen que no le dentran balas ni tajos n'el cuerpo y he oído contar muchos cuentos d'ellos dende "gurís".

—¿Y usté, sargento, tamién crée? — dijo "La Torda".

—Y... tuitos los gauchos creemo en él. Dende chico nos enseñan a creer, ¿no e así, doña?

Y el comisario con blando acento le dijo a "La Torda".

—Pero al lobizón, que dicen qu'es un encarnao de "mandinga", hay que hacerlo "cristianar" por los hermanos mayores, asina el pacto que tiene, queda deshecho y el "gurís" sale un hombre güeno como todos.

De pronto "La Torda" escondió la cabeza entre sus robustos brazos, caracolearon las "cruceras" de sus trenzas negras en el escritorio sobre el que estaba apoyada, y prorrumpió en un llanto, desconsolador.

Y don Laureano casi paternalmente:

—¡Yore, m'hija, eso es güeno! ¿Ta arrepentida de alguna falta?

—¡Comesario! ¡Comesario! ¿Cómo diba a bautizar a este último hijo, si nunca tuve una hija mujer pa que juera madrina?

—¿Sabe m'hija, que tiene razón, mesmo? Diga, sargento: ¿qué le parece a usté este "caso"?

—¡Mesmo! Si era un lobisoncito el "gurís"... ¿qué diba'hacer la pobre?

De pronto "La Torda" levantó la cabeza. Sus ojos estaban algo desorbitados y empapados de lágrimas. Luego dijo con voz trémula:

—Yo también creo y seguiré creyendo, comesario. Escuchemé:

—La escucho m'hija.

—Dende chica a mi mama le he oído contar este cuento: Una vez, existió un estanciero muy rico, que tuvo siete hijos machos; tuitos "corridos". Primero había tenido tres mujeres. Pero como él era un hombre "contra las iglesias", no quiso cristianar a ningún hijo. Güeno... Decía mama qu'el "gurís" último, se jué criando bien; era juerte, tenía salú y era como todos. Cuando llegó a eso de los quince años, cuasi un mocito, comenzó a estar callao, ya no era tan prosa. A veces se ponía tristón y no comía; se venía cada vez más flaco. Solía salir al campo en noches de lunas y decían qu'en los días viernes, a las doce, tenía por costumbre de levantarse de la cama, y salir pa'juera, diba siempre como medio alelao. Y donde encontraba un animal echao, juera lo que juera: perro, gato, chivo, chancho, oveja, caballo, lo que juera, lo hacía levantar y se revolcaba en el mismo lugar onde el animal estaba echao. Al ratito se convertía en la clase de animal que había estao en el lugar. Y creciendo, llegó

a hombre. Tan es asina que llegó a tener novia. Ya taba próximo a casarse. Ella se había "aprontao" y él también. Taba todo prontito, convenido pal casorio. Güeno. Risulta que no faltó una "mala lengua" que le dijera a la muchacha qu'el novio era "lobizón". Ella sacó la cuenta de los hermanos del novio y risultaba mesmo, "lobizón". Entonces dicen que la novia se enloqueció y, a los pocos días, murió redepente. Y justito, el día que la velaban con el traje de novia, era la noche antes del viernes. El novio taba al lao d'ella; dicen que no se apartaba del cajón. Taba muy triste y no redamaba una lágrima, porque asigún dicen, los "lobizones" no lloran. Andaba como si juera mudo; no habló con naides esa noche. Al otro día, como tocaba, era viernes. El tuvo en el entierro y en "las casas" lo vigilaban con disimulo, los hermanos, la "mama" y los "piones". Dicen qu'en cuantito escureció, salió p'al campo, onde había un perro negro lanudo, se revolcó en el sitio d'el, y convertido en perro "tocó" rumbo p'al cementerio.

Los piones lo siguieron y dende lejos pudieron ver que llegó al lugar onde estaba enterrada la novia. Apartó las flores que tenía y comenzó a remover la tierra. Como dicen que los "lobizones" se alimentan con carne de muertos, vaya a saber si no se había comido a la novia. Todo eso me contaba "mama", comesario, dende chica y usté también lo habrá oído contar. Dispués que volvió a las casas, se transformó en "gente". La "mama" le preguntó por dónde había estao, dado que faltaba de las casas. Y le contestó cuasi medio "ido": —"No mi acuerdo"... Le sintió un aliento feo y le pidió que le abriera la boca... Y cuando se la mostró, señor comesario, ¿sabe?, tenía entre los dientes unas hilachas de los festones del traje de la no-

via. Vea, comesario, ¡qué disgracia es tener un hijo lobizón!

El sargento y el comisario se miraron, casi aterrados. Luego el comisario agregó:

—Ese cuento ya lo hemos oído contar y todo por no haber cristianao al "gurí", al "lobizoncito".

De pronto "La Torda" alzó los brazos, y con el rostro congestionado, exclamó:

—¡Comesario!... ¡Comesario! ¡No puedo aguantar más! El último "gurís" mío, lo maté yo mesma con estas manos.. ¡Que Dios me perdone! Lo ahorqué y lo tiré lejos, al arroyo! Taba llena de terror... No supe lo que hacía... Taba como loca... Dispué de "partiarme" agarré al "gurís"... no se si jué un delirio... agarré al gurís... vide que era macho y apenitas lo sostuve, temblando de fiebre, entuavía acosada por los dolores y bañada en sangre, lo miré fijo! Era un gurís algo cabezón; me pareció que en vez de yorar como hacen todos al nacer, se reía de mí, mostrándome dos grandes colmillos y me soltó una risotada grandota... Y ya no pude más, señor comesario, y ahí nomás me hice de coraje, le apreté el pescuezo, ¡tanto!, ¡tanto!, hasta que se puso negro. Entonces lo tiré lejos, a la correntada. Y yo vide clarito, comesario, que al caer al agua se formó un borboyón grande y el "gurís" se transformó en un bicho colorao con grandes cuernos; era como un "murciélago" enorme, que me miraba fijo con los ojos hechos dos brazas, y me gritó: —"me las vas a pagar". Dispués, no sé más, comesario. Me habré desmayao. Sólo sé decirle que todo esto aconteció de noche, con una luna grandota, colorada, y cuando desperté ya era de día; el sol taba calentando mis piernas. Diga, señor comesario: ¿esto es un crimen? ¿Soy asesina? ¡Priendamé, comesario!

¡Mándeme matar! ¡Esta ya no es vida! ¡Un hijo lobizón! ¡Qué sufrir de madre, comesario!

Y el comisario que estaba horriblemente impresionado, exclamó:

—¡Por favor, andate "Torda"! Eso no es un crimen. ¡Andate! ¡Andate! ¡Tas en libertá!



Y aquella criolla que descargó su atormentada conciencia en aquella comisaría de campaña, fue consolada y absuelta por el comisario y el sargento, ambos, improvisados jueces; dos rudos gauchos, dos criollos de ley.

PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION

En "El Narrador Gaucho", el relato campero, género en que se ha señalado la vocación de Valentín García Sáiz, llega a la plena sazón de aquellas facultades que ya dieran en "Tacuarí", en "Salvaje" y en "Pilchas", — a través de más de veinte años de labor fiel — sus libros anteriores, páginas tan verídicas y jugosas a nuestra literatura nativista.

El nativismo literario, es decir, el tema del campo — de sus paisajes, de sus caracteres, de sus tradiciones, de sus problemas — sigue siendo, como ya lo hemos hecho notar en otras oportunidades, la parte más rica, original y vigorosa de nuestra producción narrativa.

El género está experimentando, actualmente, una renovación de su interés, enriqueciéndose con nuevas faces, al ser abordado desde el punto de vista "social", cuestión esta fundamental para el país y para su arte, de palpitante realismo y humanidad, donde podrá demostrarse la garra del vigor — si la hay — en la nueva generación de novelistas y cuentistas vernáculos. Pero, como lo uno no excluye lo otro, García Sáiz sigue cultivando, de acuerdo con su personal temperamento artístico, la vena inexhausta del colorido y la poesía, planos en que ha logrado esta nueva obra, cuya frescura y novedad la hacen casi primitiva. Buen derecho tiene a esta calificación, puesto que todos los elementos empleados por el autor en sus relatos son directos, de primera mano, y su elaboración literaria la más simple.

La figura del Tío Tucú, el viejo narrador de cuentos que protagoniza y unifica, en su carácter de personaje legendario (que llegará a serlo), este conjunto de re-

latos originales, es una pintura felicísima, constituye un hallazgo y un acierto, destinado a quedar, desde ya, como un rasgo genuinamente representativo de nuestra tradición gauchesca, no captado hasta hoy por otro escritor del género. Viene gallardamente a completar el cuadro de la literatura típica rioplatense — de base folklórica — con un perfil inédito.

Cuanto hay — o ha habido... — de más auténtico sabor, en el ingenio, la fantasía y la gracia de nuestros viejos hombres de campo, ha sido apresado en esta serie de relatos autóctonos, — mitad crónicas de realismo pictórico, mitad fabulación imaginativa de un prístino y mágico primitivismo — independientes entre sí y entre sí unidos como las cuentas de un collar que podría irse siempre enriqueciendo con nuevos relatos — puestos en boca del viejo indio Tucú, encantador de su auditorio ingenuo de "gurises".

La infancia es la patria de toda leyenda; y todo mito florece en aquello que el hombre conserva de infancia. Todos, niños y hombres, de aquí y de allá, en el país y en el extranjero, se dejarán encantar, seguramente, por estos relatos que brotan de la creación poética de este nuevo tipo de payador en prosa; y que, mediante la pluma amorosa del escritor sincero y directo que es García Sáiz, vuelven a incorporarse definitivamente a la vida del pueblo, de donde salieron, para andar errantes hasta encontrar su libro. Porque el pueblo es la tierra de donde todo arte perdurable sale y a la que todo arte perdurable vuelve. El autor de este libro de re-creación folklórica es — en tal sentido — un escritor esencialmente popular.

Alberto Zum Felde

Montevideo, octubre de 1945.